Julio de 1978 $ 800,00

Selecciones del Reader's Digest

¿Pueden matarnos las emociones?

CHARLIE CHAPLIN el hombre

De la Mafia a la Supermafia

Sección de libros



TOMO XVI No. 90 JULIO DE 1978

Revista mensual publicada por Reader's Digest México, S.A. de C.V.

DIRECCIÓN EDITORIAL
Apartado Postal M-2455
México 1, D.F., México

Directora: Ana Kviat
Redactores: Audón Coria, Patricia Grosvenor, Sara Slim, Guadalupe López, Ramón González
Secretaria de Redacción: Magdalena Cortés
Asesor Editorial: Alfonso Castaño

Director de Arte: Víctor Magallón; *Asistente:* Mónica Carrillo

Directora de Libros: Julia Ortíz

READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.
Sucursal Argentina
Cerrito 146, 1er. piso, Buenos Aires

Operaciones Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay
Director: Roberto Marina
Gerente de Ventas: José Alvarez; *Gerente de Circulación:* César Pérez
DISTRIBUIDOR: Distribuidora Intercontinental, S.A.
Santa Magdalena 451-R-33, Buenos Aires

HISPANOAMÉRICA
Insurgentes Norte 1090
México 15, D.F., México

Presidente: David Estrello Mangin
Vicepresidentes: Carlos de Heredia *(Ventas y Publicidad)*, Evelio Oliva *(Procesos y Sistemas)*
Directores: Alberto Tapia *(Mercadotecnia y Estadísticas)*, Roberto Benítez *(Finanzas)*,
Allan Olsen *(Producción)*, Agustín Solís *(Discos y Libros)*,
Robert Adam *(Administración Revista)*; *Subdirector:* Gustavo Vergara *(Producción)*
Asistente de la Presidencia: Socorro López
DEPARTAMENTOS: Sergio Garcés *(Circulación)*, Armando Cruz *(Contralor)*,
Enrique Branson *(Discos)*, Roberto Mercadé *(Exportación)*, Pedro Guerra *(Libros)*,
Alfonso Esparza *(Libros Condensados)*, Sylvia Pérez Suárez *(Promoción)*,
Francisco J. Camargo, Francisco J. Herrera, Javier Durán, Sergio Cardoso *(Ventas Publicidad)*,
Luis F. Ibargüengoytia *(Ventas Internacionales)*

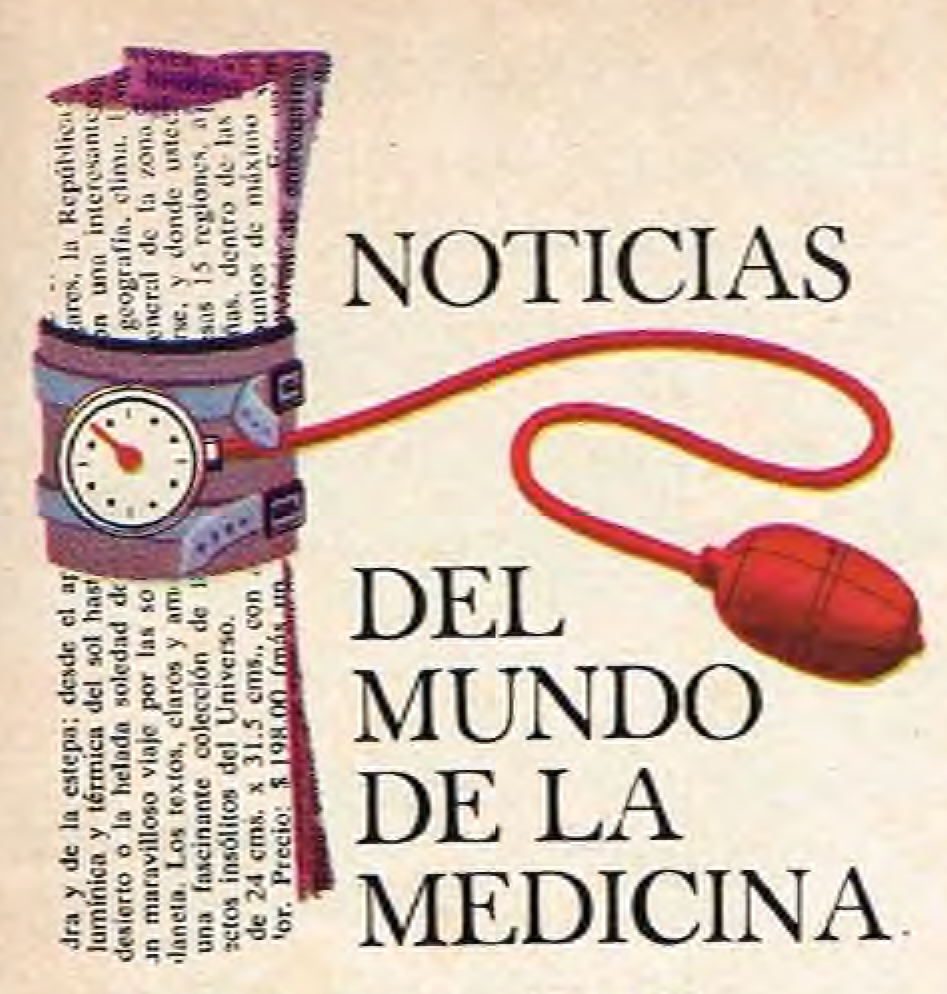
THE READER'S DIGEST ASSOCIATION, INC.
Presidente: John A. O'Hara; *Director Ediciones Internacionales:* Alain de Lyrot

EL READER'S DIGEST se publica en los siguientes idiomas y ediciones: ALEMÁN (alemana y suiza), CHINO, DANÉS, ESPAÑOL (argentina, centroamericana, colombiana, chilena, ecuatoriana, española, estadounidense, mexicana, peruana, puertorriqueña, boliviana-paraguaya-uruguaya y venezolana), FINLANDÉS, FRANCÉS (belga, canadiense, francesa y suiza), HOLANDÉS (belga y holandesa), INGLÉS (asiática, australiana, británica, canadiense, india, neozelandesa, norteamericana y sudafricana), ITALIANO, JAPONÉS, NORUEGO, PORTUGUÉS (brasileña y portuguesa) y SUECO. Las ediciones alemana, japonesa, norteamericana y sueca publican también ejemplares en Braille.

EL READER'S DIGEST fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, quienes se jubilaron en 1973. La sede central de la compañía está en Pleasantville (Nueva York), Estados Unidos de América.

CORREO CENTRAL(B) ARGENTINO	FRANQUEO PAGADO Concesión No. 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión No. 144

Adherida al Instituto Verificador de Circulación
Impreso en Brasil por AbrilS/A-Cultural e Industrial, São Paulo



NOTICIAS DEL MUNDO DE LA MEDICINA

MEJORES PRUEBAS PARA DESCUBRIR EL CÁNCER PROSTÁTICO

UNO DE los indicios importantes para descubrir pronto el cáncer de próstata es el aumento de concentración en sangre de la enzima llamada fosfatasa ácida, producida por la glándula. Pero en la prueba común sólo se detecta ese aumento cuando el cáncer se ha extendido ya fuera de la próstata. Era necesario, por tanto, desarrollar pruebas más sensibles, y parece que por fin se han encontrado.

Los investigadores del Grupo Médico Permanente del Sur de California adaptaron al caso las radioinmunopruebas, que detectan cantidades increíblemente pequeñas de sustancias biológicas con la ayuda de rastreadores radiactivos. Según la *Revista Médica de Nueva Inglaterra,* identificaron el revelador aumento de fosfatasa en la sangre del 33 por ciento de los pacientes que pasaban por la etapa inicial de la enfermedad, y del 79 en los casos de la segunda etapa. La prueba tradicional, en cambio, sólo registró aumentos en el 12 y en el 15 por ciento de los mismos enfermos en las etapas correspondientes.

En el Instituto Roswell Park Memorial, de Búfalo (Nueva York), y en el Centro Médico Columbia-Presbyterian, de Manhattan, se han obtenido resultados comparables. Allí, para determinar las concentraciones de la enzima, utilizaron la reacción producida en un campo eléctrico entre la sangre del paciente y el suero de conejos inmunizados.

"La consecuencia clara de todo ello", concluye un editorial de la revista citada, "es que la sola prueba sanguínea hecha en grandes grupos de población masculina puede aliviar la sombría estadística del cáncer de la próstata". —*Time*

EL LÁSER Y EL HEMANGIOMA

UN EQUIPO de médicos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard y del Hospital Beth Israel, de Boston, está listo para empezar el primer tratamiento seguro y eficaz, según se dice, para eliminar las marcas de nacimiento rojizas llamadas nevo sanguíneo o hemangioma. La técnica, desarrollada y probada en el Hospital de la Universidad de Cincinnati y la Clínica Médica de Palo

Alto (California), emplea un láser de argón. Según el Dr. Joel Noe, codirector del equipo, el láser proyecta un haz de luz de alta energía que coagula los conglomerados anormales de vasos capilares causantes de estas manchas congénitas. Aunque las marcas no desaparecen por entero, la piel se aclara gradualmente cuando los vasos dejan de funcionar. —AP

ACERCA DE LA PÍLDORA

¿Qué consecuencias pueden traer los anticonceptivos orales para los niños nacidos después que la madre dejó de tomarlos?

Kenneth Rothman, de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Harvard, en Boston (Massachusetts), estudió el embarazo de 19.887 mujeres que habían usado "la píldora". El número de abortos y nacimientos de niños muertos fue menor que entre las madres que nunca habían tomado anticonceptivos. El estudio se publicó hace poco en la *Revista Médica de Nueva Inglaterra,* y no se encontró en él ninguna relación entre el uso de estos medicamentos y el peso de los recién nacidos. En cambio, sí se advirtió entre las mujeres que tomaron durante mucho tiempo la píldora y quedaron embarazadas poco después de suspenderla, que dieron a luz gemelos con frecuencia aproximadamente doble que las demás. —L.G.

APARATO PARA ARTRÍTICOS

La artritis, cuando afecta a las manos, desequilibra a veces los músculos y trastorna los mecanismos de contracción y extensión de ligamentos y tendones, lo cual puede dislocar las articulaciones de los nudillos, torcer las manos y los dedos y entorpecer sus funciones normales. Hoy existe contra eso un dispositivo práctico llamado Hand Gym (o Gimnasia de la Mano).

Lo inventó Semyon Krewer, físico que contrajo artritis reumática y empezó a perder su movilidad manual. Hace poco lo dieron a conocer en una reunión de reumatólogos. El artefacto, aplicable en las artritis ósea y reumatoide, es una especie de caja con cinco triángulos de plástico, cuatro ranuras para los dedos, dos descansamanos y barras de ejercicio. Para algunos movimientos hay bandas de goma: por ejemplo, los de abrir, flexionar y extender los dedos, así como enderezar el pulgar, moverlo trazando un círculo o de lado a lado.

La mayoría de los pacientes que lo usaron unos cinco minutos diarios han notado mejoría tanto de su vigor muscular como de la libertad de movimientos y del manejo de las manos. —L.A.T.S.

Azar es el seudónimo que usa Dios cuando no quiere firmar con su nombre. —Anatole France

Casio Computer: El nuevo nombre en relojes

Los relojes de la línea Casiotron son el producto de la avanzada tecnología de computadoras de Casio. Gracias a los amplios conocimientos técnicos de su fabricante, en el campo de la electrónica digital, los Casiotron son superiores, en cuanto a precisión y variedad de funciones, a los relojes convencionales.

El mundo de los relojes Casiotron se caracteriza por la capacidad para indicar automaticamente la hora, la fecha y el día de la semana, con una precisión de ±10~15 segundos al mes. El modelo World Time tiene indicadores numéricos para 10 husos horarios y dispositivos de control de horas simultáneas. El modelo Chronograph, un verdadero sistema en minia tura de medición del tiempo y registro de información, es del tipo de cronometraje profesional que permite mediciones con incremen de 1/100 de segundo. El modelo Alarm posee un dispositivo de ajuste previo, que sincroniza con el sistema electrónico de tiempo y produc un sonido peculiar de alarma.

He aquí las tres obras maestras en materia relojes digitales con cerebro electrónico de Casio, el nombre en computadoras.

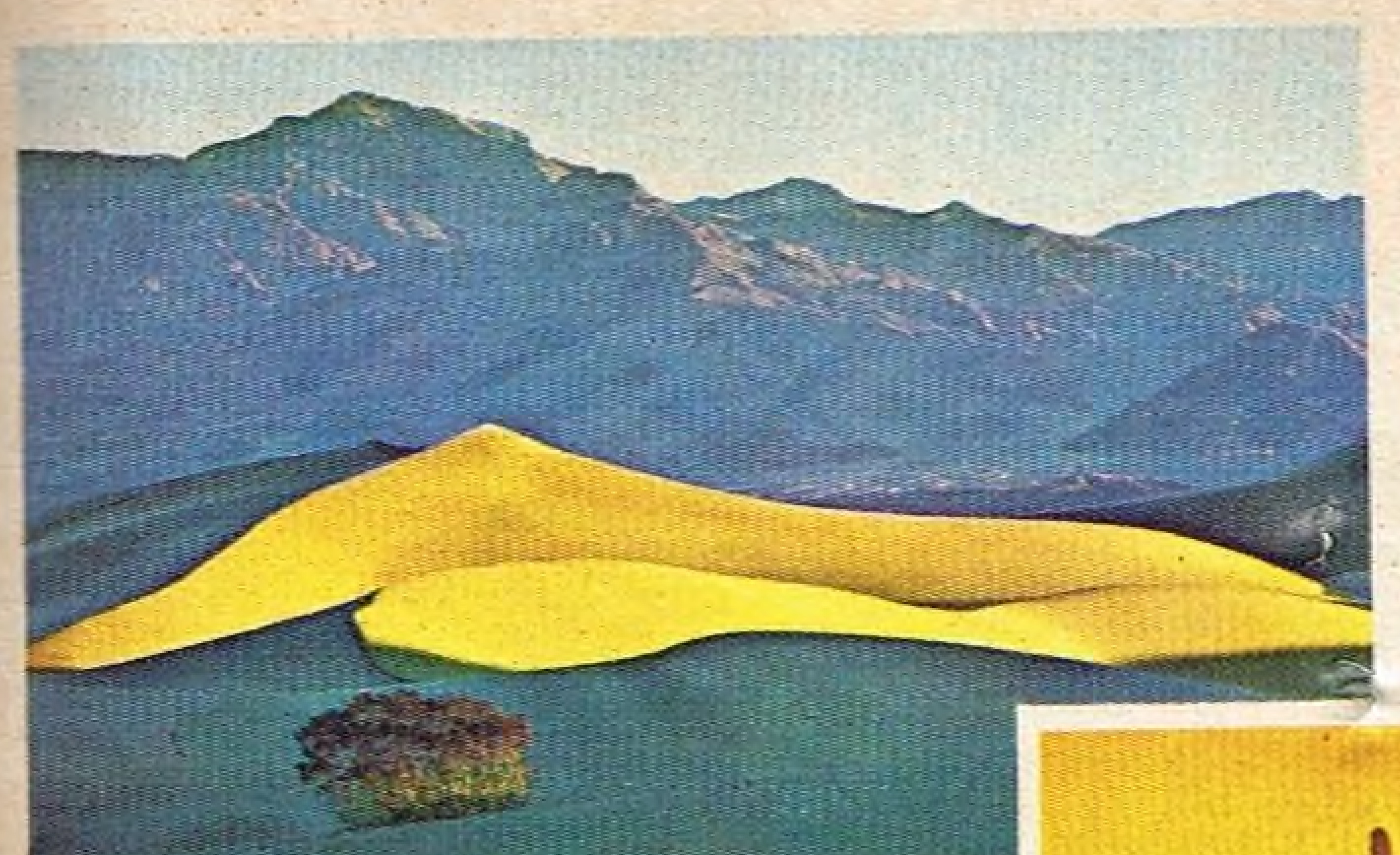
CASIOTRON



Casiotron World Time (29CS-11B)

Casiotron Alarm (25CS-16B)

Casiotron Chronogr (38CS-14B)



Amanecer sobre las dunas del valle de la Muerte

Un saguaro recortado en el cielo del atardecer

Enamorado del desierto

Para quien lo conoce bien, su salvaje hostilidad es su mayor atractivo

Por Edward Abbey

El mío fue un amor a primera vista. Amo este desierto, todos los desiertos, cualquier desierto, con ese amor que vuelve al hombre egoísta, celoso, irritable. Si me entero de que alguien piensa visitarlo, reacciono cual víbora de cascabel: ¡aléjate! ¡No entres, no vengas! El Gran Desierto norteamericano es un lugar espantoso. En él se expone uno a enfermar, a herirse, a perderse.

Voy a enumerar los riesgos. Ante todo, el tigre Walapai, conocido también por insecto besador de trompa cónica. Vuela de noche, silencioso como un asesino. Desciende a una distancia discreta y se acerca, sigiloso, con sus patitas peludas. Sube por la piel de su víctima,

CONDENSADO DE "THE JOURNEY HOME: SOME WORDS IN DEFENSE OF THE AMERICAN WEST".

hunde su probóscide en la carne e inyecta un anestésico venenoso. Una vez anestesiados los nervios cercanos a la picadura, empieza a succionar sangre; luego se aleja, tan harto y borracho que le es imposible volar.

La persona atacada empezará en seguida a rascarse desesperadamente. Le aparecerá una erupción en todo el cuerpo y sentirá de pies a cabeza un ardor intenso. Algunas víctimas enferman de gravedad y es necesario hospitalizarlas; otras se restablecen después de cinco o seis horas, si bien la inflamación y el picor pueden durar hasta una semana. Solamente unos cuantos afortunados se libran de reacciones visibles.

También hay que cuidarse de las serpientes de cascabel (son media docena de especies), los ciempiés, los milpiés, las tarántulas, las viudas negras, las reclusas pardas, los monstruos de Gila, los mortíferos coralillos, los peludos escorpiones gigantes del desierto, las muchas variedades de hormigas, jejenes, zancudos, tábanos y mosquitos ávidos de sangre.

Se ha dicho, y con razón, que todo en el desierto muerde, pica, hiede o se pega. La flora es tan venenosa, ganchuda, punzante, espinosa, cortante, aserrada, peluda, erizada, mezquina, amarga, afilada, híspida y feroz como la fauna. Hay algo en el desierto que impulsa a sus habitantes a ser ásperos y duros. Todo lo blando tiende a desaparecer.

Otro gran peligro es el sol. La insolación y la deshidratación son males comunes en las tierras desérticas. Aparte de quemaduras, la exposición excesiva al sol produce cáncer de la piel. Al principio el calor seco no molesta demasiado... y a veces hasta gusta; pero esa sensación agradable es traicionera. Incita a esforzarse demasiado y a no beber suficiente agua, aunque la haya. El estado de deshidratación moderada, cuando se prolonga durante meses o años, produce cálculos renales, doloroso padecimiento propio de todas las regiones áridas del mundo.

Quizá el lector deduzca de esto que el desierto no es él ambiente más apropiado para el hombre. De acuerdo. De entre todas las zonas climáticas de la Tierra, con excepción de la Antártida, las regiones desérticas son las menos pobladas y desarrolladas.

Los geógrafos suelen dividir en cuatro a los desiertos norteamericanos: los de Sonora y Chihuahua, que comprenden parte de México y el sudoeste de Estados Unidos; el Mojave, que ocupa principalmente el sudeste de California; y la gran depresión árida de Utah y Nevada, que comprende también gran parte de Idaho y el oriente de Oregon.

Prefiero mi propia clasificación. En Arizona y Sonora está la tierra de los cactos. La Superstition Mountain (montaña de la Superstición) se alza, enjuta y siniestra, como un altar titánico, antiguo, co-



Tan cálidas y recordables como una mujer.

rroído, putrefacto por la sangre de los dioses. En sus laderas y en las sierras desecadas medra la vida vegetal de Sonora. Allí crece el saguaro de columnas altas y acanaladas, que se dilatan y contraen según aumenta o disminuye la provisión de agua; sus brazos se abren y elevan en actitudes semihumanas; el picamaderos y otros pájaros carpinteros perforan en su duro tronco boquetes donde luego otras aves más pequeñas, como el búho duende, construyen sus nidos. Después de 150 años, poco más o menos, el saguaro muere y se pudre; las nervaduras descubiertas del tronco forman una jaula vacía; la carne ennegrecida, descompuesta, cuelga de las ramas fláccidas. No existe en la naturaleza espectáculo más lúgubre.

Y luego está el cañón del Colorado; el Gran Cañón, todo un mundo. Y el valle de la Muerte, donde pasé un invierno junto a Furnace Creek (arroyo del Horno), escalé las Funeral Mountains (montañas Funerarias), probé Badwater (Aguamala), me asomé a Devil's Hole (cueva del Diablo) y di un grito en el Echo Canyon (cañón del Eco). El valle de la Muerte, difícil de querer, es hosco y amargo como los álcalis, áspero e inflexible como el hierro. Allí se distinguen bien los valientes de los cobardes, los buscadores de minerales de los coleccionistas de piedras.

Hay vida en el valle: matas saladas y pasto de burro en la llanura; creosotas, caramillos, acebos y amapolas espinosas agrupadas en las laderas bajas. Los botánicos han hallado entre 900 y 1000 especies vegetales diferentes, desde algas microscópicas en las lagunas salobres hasta los viejos pinos de hojas aristadas en las cimas. Sin embargo, gran parte del valle de la Muerte está muerto de verdad. Sólo se ven pilares de sal dentados, costras de lodo quebradizas y retorcidas, barreras de grava tostadas por el sol y formaciones rocosas de un azul metálico, desnudas por completo, hasta de líquenes.

Algunos meteorologistas creen que en promedio es el lugar más caluroso del planeta. Si bien es cierto que en Libia se ha registrado una temperatura de unos 58° C —a la sombra— en un lugar llamado Azizia, y que en el valle de la Muerte el termómetro ha marcado sólo 56,6 en el arroyo del Horno, la temperatura media máxima es más alta en el desierto norteamericano que en Azizia.

¿Cuál es el peor de estos desiertos? Difícil pregunta, pues todos son malos. Entonces, ¿para qué meterse en ellos? ¿Para qué recorrer tierras desoladas cuando se puede pasear en una playa, o acampar junto a un arroyo, o vagar por el claro de un bosque? ¿Por qué elegir el desierto, cuando en el resto del mundo hay regiones tan variadas y espléndidas?

Un amigo mío me acompañó a una excursión en torno al pie de una montaña de Arizona. Al tercero o cuarto día acampamos junto a un arroyo que los indios navajos

llaman Nasja, y al segundo de estar allí seguí solo el curso del torrente para reconocer el cañón situado más allá. Me interné y caminé hasta media tarde, cuando se convirtió en una garganta angosta y oscura, inundada de agua y llena de tremedales. Busqué un camino de regreso distinto y en la pared oriental encontré una especie de caño de chimenea que me pareció accesible. Trepé por él, traspirando y maldiciendo, hasta llegar a un sitio donde me pude enderezar y andar normalmente, aunque para alcanzar el borde del cañón debí gatear los últimos 100 metros. Tenía la certeza de que nadie antes había salido por esta ruta.

Pero me equivocaba. Cerca de la cima encontré un signo en forma de flecha, de un metro de longitud, dibujado con piedras, que apuntaba hacia el norte. Al observar de cerca estas piedras oscuras, barnizadas por el desierto, comprendí que llevaban allí cuando menos un siglo. Yacían sobre un polvo compacto. Seguí la dirección de la flecha y fui a dar en seguida al borde de un despeñadero de unos 150 metros. Sin duda, no era ese mi camino.

Regresé a la flecha y desde allí reconocí el paisaje con los gemelos hasta 20, 30, 60 kilómetros hacia el norte. Busqué cuidadosamente alguna ruina indígena, un hito de piedras, acaso una mina abandonada, o un tesoro escondido. No había nada. Sólo mesetas, altiplanos, montañas y leguas de desierto manchado por el sol o salpicado de nubes; arena y rocas bajo el mismo cielo vasto y doliente.

Esa es la razón.

Sí, el desierto es peligroso y terrible. Quien penetra en él se arriesga. Debe llevar agua, evitar el sol de mediodía, hacer caso omiso de los buitres y orar con frecuencia.

Pero para aquellos que allí viven, su aspereza y desolación no infunden miedo, sino que atraen. Allí se respira todavía aire puro y se goza de la soledad y la quietud; la vista abarca 150 kilómetros a través de una atmósfera clara, y se descubre con orgullo la propia capacidad para valerse uno por sí mismo.

Visitémoslo. El desierto es de todos y no es de nadie. Daría, sinceramente, la bienvenida a una invasión de excursionistas que huellen con las gruesas suelas de sus botas estas sendas. Quizá quienes aprendan a amar lo frugal, áspero, salvaje, primitivo e intacto, estén dispuestos a luchar para conservarlo tal como es, y ayuden a rechazar a los que explotan minas a cielo abierto, construyen carreteras, levantan zonas residenciales, establecen centrales eléctricas, derriban árboles para abrir claros, perforan pozos petroleros, levantan presas y lotean el suelo. Para salvar de esta banda de asaltantes las tierras vírgenes que nos quedan, necesitaremos a todos los voluntarios que estén dispuestos a alistarse.

OOOOOOOOOOOO

En saber parar está ya la mitad del arte. —A.W.R.

Necesario

(Como la llave)



Costaría el doble

si lo vendieran librerías o visitadores domiciliarios, pero sólo lo ofrece DISCOLIBRO y a la mitad de su valor!

AQUI ESTA LA DIFERENCIA

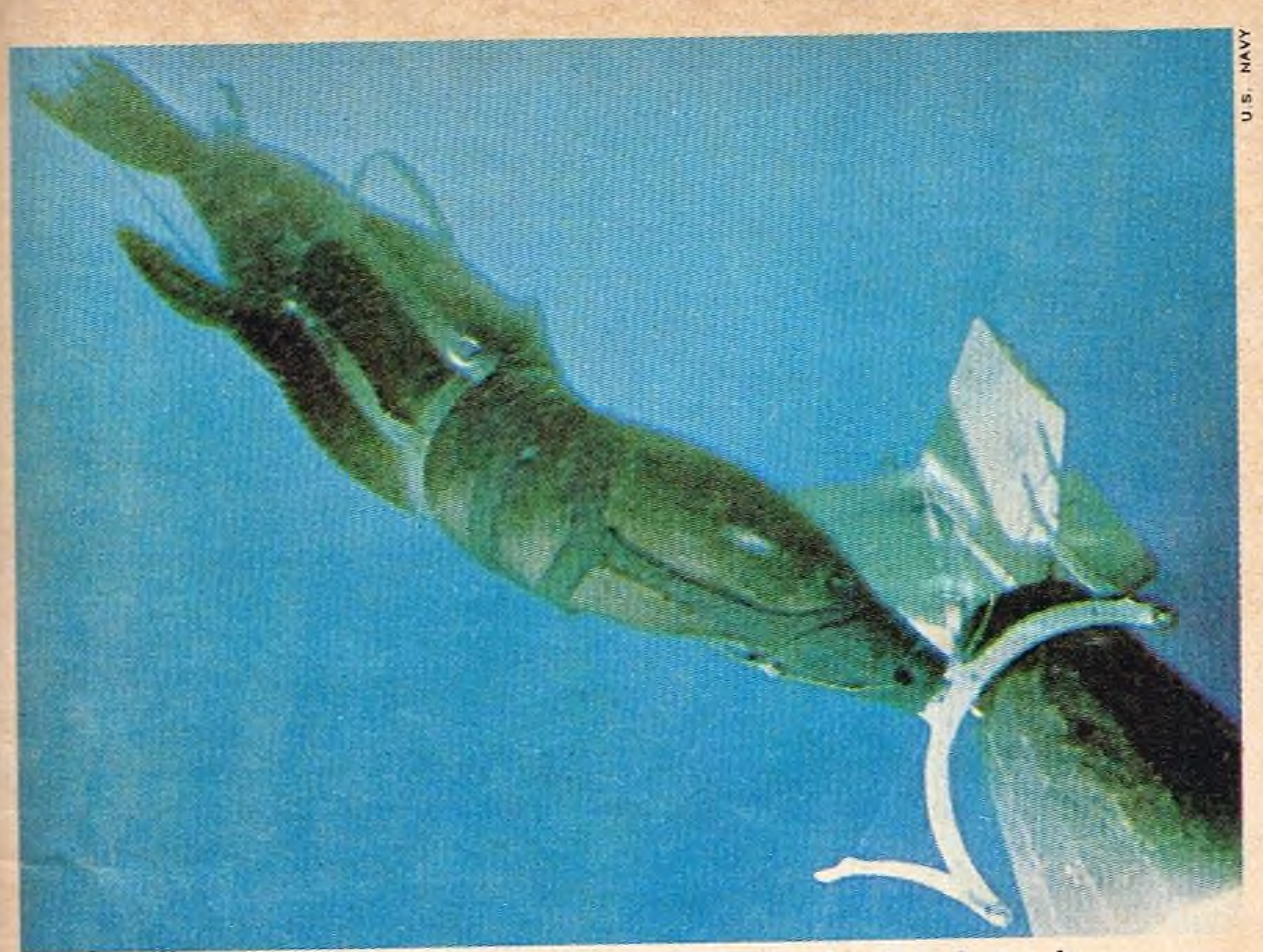
Una mirada al Indice es suficiente para comprobar que el Diccionario Enciclopédico Discolibro es el más amplio, completo y variado. **Justamente, el que usted necesita!**

RESPUESTAS POSTALES PAGADAS



discolibro SACFAI

APARTADO ESPECIAL Nº 513
CORREO CENTRAL
1000 CAPITAL FEDERAL



La foca coloca la abrazadera de recuperación al cohete de prueba

Las fabulosas focas de la Marina norteamericana

Por John Hubbell

A cambio de unos pocos pescados, estos ágiles buzos de alta mar recuperan proyectiles de prueba que valen millones de dólares

Navegamos en el blando oleaje de Point Loma, frente a la bahía de San Diego. El cabo de mar de primera clase de la Marina, Jamie Fucito, acaricia la cabeza y el pescuezo a su pupilo, un león marino, o foca de California *(Zalophus californianus)*, que mide 1,80 metros de longitud y pesa 77 kilos. "Fatman, eres formidable", le dice con entusiasmo. "Me siento orgulloso de ti. ¡Todo el país está orgulloso de ti!"

En respuesta, el animal lo toca

con el hocico, levanta la cabeza hacia el cielo, brillante como el cristal, y ladra para exigir su recompensa. Fucito saca de un cubo una caballa y se la da. Más elogios, más caricias y otro pescado. Luego el cabo grita al maquinista, Dan Peterson: "¡Vamos bien! ¡Vamos bien!"

Peterson maneja nuestro bote "Z", de caucho, tipo embarcación de combate. Desengrana el motor de fuera de bordo y lo deja funcionando en vacío. Fucito levanta la voz para indicar a la foca que es hora de volver al trabajo: "¿Listo, Fatman?" La foca apoya sus aletas sobre la borda y ladra con impaciencia. Por fin le dan la orden: "¡Al agua!"

El inteligente animal se zambulle y reaparece casi al instante, sacando el hocico apenas lo necesario para que Fucito le acomode de prisa un curioso aparato que llaman abrazadera de recuperación de proyectiles. Tiene unos brazos semicirculares de acero, parecidos a las antiguas tenazas para hielo, adheridos a una copa de neopreno que se ajusta perfectamente al hocico de la foca.

En algún lugar del lecho marino, a 51 metros de profundidad, se encuentra un cohete antisubmarino simulado (ASROC) que es preciso recuperar. Cuando la foca lo encuentre y apriete contra él un botón disparador colocado en la abrazadera, se cerrará la tenaza de acero sobre el proyectil, de modo que puedan izarlo a la superficie con un cabrestante.

Como ahora se trata sólo de un ejercicio de adiestramiento, los brazos de la tenaza están fijos en posición abierta, pero se espera que Fatman golpee el botón disparador contra él ASROC, untado previamente de una gruesa capa de grasa negra. Si el disparador llega manchado de grasa cuando Fatman vuelva a la superficie, será prueba de que tocó el proyectil y solamente faltó que se cerrara sobre él la abrazadera.

Un cable amarillo de nailon, con resistencia de una tonelada, une la abrazadera con la lancha, donde está el ovillo que se va desenrollando según se sumerge Fatman en el agua. (En la recuperación real, el cable, más fuerte aún, va unido al cabrestante de una barcaza.)

La Marina prueba periódicamente los ASROC disparándolos para asegurarse de que están en buenas condiciones de funcionamiento. Los proyectiles cuestan unos 200.000 dólares cada uno y en estas pruebas no llevan cabeza explosiva, sino instrumentos para medir y registrar la aceleración, la trayectoria y otros datos. Su recuperación estaba confiada antes a los buzos, pero necesitaban equipos de buceo de escafandra autónoma o de casco metálico, personal médico de auxilio, cámaras de descompresión, buen tiempo y, a veces, hasta tres días para cada tarea. Era un trabajo difícil y costoso, y en ocasiones inútil, porque las mareas y las corrientes arrastraban los proyectiles de prueba por el fondo del

mar y no había forma de encontrarlos.

A fines del decenio pasado los científicos de la Marina descubrieron que ciertos mamíferos marinos, como las marsopas y los delfines, por tener un oído muy agudo y una gran capacidad de buceo, podían ejecutar esa tarea con eficiencia muy superior a la del hombre: no sufren embolia gaseosa, no necesitan equipo especial y pueden dirigirse rápidamente a un faro o señal acústica adherida a un proyectil sumergido a gran profundidad.


PHI MICHAEL WOOD

El entrenador pone a Fatman una abrazadera de práctica

Martin Conboy, del Laboratorio del Centro Naval Submarino, en la bahía Kaneohe (Hawai), pensó que los leones marinos darían mejores resultados que las marsopas y los delfines: se conseguían más fácilmente, su sostenimiento es más sencillo y barato, y ya habían encontrado faros acústicos a 230 metros de profundidad en alta mar. En 1969 confiaron a Conboy la tarea de reunir y amaestrar un equipo de focas para la recuperación de proyectiles, al que darían el nombre de Quick Find (hallazgo rápido).

Las primeras labores de adiestramiento demostraron su eficacia en una prueba de recuperación llevada a buen término en noviembre de 1970. La unidad Quick Find, integrada por tres focas bien amaestradas, pasó dos años después al Primer Grupo Antisubmarino de Costa, destacado en la Base Anfibia de la Marina en Coronado, cerca de San Diego. Para reforzar el grupo, se despachó una expedición de captura a la isla de San Nicolás (criadero de focas frente a la costa de California) autorizada con todos los permisos necesarios y acompañada por un veterinario de la Marina, para elegir media docena de focas jóvenes, inteligentes y vigorosas.

Escogieron a los entrenadores por su amor a los animales. Casi todos habían asistido a una escuela de amaestramiento de perros de la Fuerza Aérea, pues esta labor no difiere mucho de la de amaestrar leones marinos. El requisito fundamental para tener buen éxito es en ambas el mismo: una paciencia infinita.

Trabajando bajo la vigilancia de especialistas en mamíferos marinos, el entrenador empieza habituando a su pupilo al contacto con el hombre, lo cual se logra sosteniendo en una mano un bocado de pescado y colocando al mismo tiempo la otra sobre el dorso de la foca. El amansamiento tarda de tres días a tres semanas. A continuación el entrenador le coloca un bozal y un arnés para el cuello y los hombros. El

arnés acostumbra al animal a trabajar en el mar sujeto de una traílla, y el bozal le impide llevarse los pescados con que lo recompensan. Esta segunda etapa puede durar hasta dos meses, según la foca.

En cambio, el animal se acostumbra en sólo unos pocos días a tolerar la copa nasal de neopreno con la cual llevará después la abrazadera de proyectiles; y con poco tiempo más se consigue que busque el faro acústico, para lo cual el entrenador hace que este emita señales, toca la copa nasal y da a la foca unos pescados.

De allí en adelante el amaestramiento se complica: colocan el faro dentro de una caja metálica que flota en la superficie de un estanque de agua salada. Enseñan al animal a nadar hasta ella, tocarla con la copa nasal y regresar al entrenador para recibir el premio. Según trascurren los días, el entrenador va hundiendo poco a poco el faro y el animal sigue encontrándolo, tocándolo y regresando en busca de más pescado.

Al cabo de cinco meses de instrucción en aguas de San Diego, viene el día de la graduación. El alumno que ha aprobado pasa a ser todo un "animal de recuperación de ASROC de la Marina", digno de confianza para el servicio activo, hasta el punto de que ya no le ponen traílla.

Las focas practican cinco días a la semana, pero, como dice Dan Peterson, "no todo son caballas y eperlanos". En muchos aspectos ne-

gativos, asegura, los leones marinos se parecen notablemente al resto de la gente de mar: "Los días claros de sol y calma los invitan a holgazanear. De vez en cuando se aleja alguno sin permiso y anda perdido dos o tres días, al cabo de los cuales nos llaman por teléfono de la policía portuaria o de algún barco para avisarnos que un león marino con arnés viene por la bahía en dirección hacia nosotros. A los pocos minutos aparece en el muelle gruñendo para que le den de comer, como si nada hubiera pasado".

Por un instante Peterson parece andar de mal genio. "No sabemos dónde ha estado ni qué ha hecho", comenta. "Le damos de comer, lo llevamos a la enfermería para que lo examinen y luego lo ponemos a trabajar de nuevo. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Someterlo a consejo de guerra?"

Desde que reclutaron al equipo de focas buceadoras, han disparado más de 30 proyectiles de prueba en los campos de tiro del Atlántico y del Pacífico. Las focas se han apuntado un índice de recuperación de ciento por ciento: más de seis millones de dólares recobrados con un costo de sólo 25 dólares diarios de pescado.

Hoy HACE un día despejado, cálido y sereno, pero Fatman se muestra muy activo. Dos veces ha salido a la superficie y se ha metido en la lancha abatido y silencioso. El botón está limpio de grasa. No hay recompensa. Amor propio herido.

Continúa en la pág. 14

Fucito procura levantarle el ánimo. Le habla de triunfos pasados y de glorias futuras, lo acarica hasta que el animal parece reflexionar que tal vez las cosas no andan tan mal como creía, y que a lo mejor tiene derecho a un bocado. Pero el entrenador no se lo da, sino que manda otra vez a Fatman al agua.

Regresa minutos después. Se sienta en la borda, soplando burbujas. Esta vez el botón trae más grasa que nunca. Fucito está tan contento como Fatman y le asegura que en la Marina jamás ha habido otro como él.

Luego le permite que meta la cabeza en el balde y acabe con todos los pescados que quedan. "En realidad", advierte Fucito, "tenemos mucho cuidado con la cantidad de comida que les damos. La ración de Fatman es de siete kilos de pescado por día. Si comiera más, engordaría tanto que no podríamos meterlo en el bote".

Las seis focas del equipo concluyen la jornada coronadas por el éxito. No cabe duda que les gusta mucho más este trabajo que la holganza a que están acostumbrados en la isla de San Nicolás.

oooooooooooo

Perspectiva. Dean Rusk, ex secretario de Estado norteamericano: "A la larga, soy optimista. Los norteamericanos tienden a hacer por la tarde lo que no quieren hacer a mediodía".

Regla gastronómica

REGLA de oro al leer la minuta en un restaurante: "Lo que no puedes pronunciar, no lo podrás pagar". —T.E.D.

oooooooooooo

NUESTRAS muelas del juicio están desapareciendo gradualmente. ¿Es esta una señal inquietante para el futuro del hombre? Nadie puede afirmarlo definitivamente, pero es un hecho innegable que a un número creciente de adultos no le están saliendo muelas del juicio, ni siquiera un vestigio de ellas. De acuerdo con el Dr. Robert Cayron, este fenómeno también puede observarse en otros dientes.

Parece que existe una tendencia cada vez mayor a que ciertos dientes se atrofien y después desaparezcan (primero las muelas del juicio, después los incisivos laterales de arriba y finalmente las segundas muelas bicúspides inferiores), de lo cual resultan dentaduras de 28 y 24 dientes.

La explicación: "En estos tiempos, los productos alimenticios son suaves, y no necesitan una poderosa dentadura sólida. De aquí que, la reducción en el tamaño de los maxilares y los dientes corresponda a la evolución filogenética de la humanidad". —*Paris-Match*

ENTRE LOS MEJORES DEL MUNDO.

monsieur ROCHAS

GUCCI

AGRESTE



TEMAS DE REFLEXIÓN

No HAY ninguna razón que impida al bien triunfar tan a menudo como el mal. La victoria es consecuencia de la organización. Si es cierto que existen los ángeles, espero que estén organizados más o menos como la mafia. —Kurt Vonnegut, hijo, en *The Sirens of Titan*

Es INDISPENSABLE mencionar nombres importantes para que otros sepan a quiénes podrían conocer si llegaran a tratarnos. Para animarse, menciónense primero los nombres menores, y luego cítense poco a poco los otros, en orden ascendente, hasta que el adversario tiemble al oír los de mayor peso. Si el lector mismo es una celebridad, se verá privado, por supuesto, del placer de mencionar su propio nombre, a menos que pueda hacerse pasar por alguien que lo conoce a usted personalmente. —J. P. Donleavy

EL ESCRIBIR me ha proporcionado siempre la máxima felicidad en la vida. Ya Emerson decía: "Cada vez que formula un pensamiento, la mente celebra un modesto triunfo". Ayer concebí yo uno, y ello me llenó de contento para el resto del día. —Kenneth Clark

No CONOZCO nada en el reino vegetal que, como el helecho, semeje tanto el nacer real. Brota enroscado del suelo, con apariencia rudimentaria y delicada, y como si necesitase de una lengua materna que lo lamiera para darle forma. El Sol le sirve de nodriza; y muy pronto el helecho sale de la extraña cubierta que lo envuelve, para tomar su lugar entre las otras plantas.

—John Burroughs, en *Signs and Seasons*

LA EDUCACIÓN debiera sacar algo de la persona, no sólo meterle cosas dentro. —F.F.

EN ÉPOCAS pasadas, cuando las telas se teñían en casa, resultaba difícil obtener colores indelebles. Después de varias lavadas, casi toda la anilina se desteñía en el agua. Cierto cuáquero usaba una analogía, basada en tal problema, para instruir a sus hijos. Era deber de los padres, afirmaba, trabajar bien

la tela y el tinte del carácter de aquellos, a fin de disponerlos para las responsabilidades de la vida.

Una de sus hijas encontró en su partida de nacimiento, ya muerto su padre, esta curiosa anotación: "Señor, prepárala para su largo viaje, dotándola de virtudes que resistan las lavadas". —A. Purnell Bailey

BRINDIS ofrecido por Ray Lyman Wilbur durante un banquete privado, cuando era rector de la Universidad de Stanford:

Llenemos la copa y brindemos con amor por la muy noble, absurda, risible y sublime figura de nuestra vida: el Joven que Fue. Bebamos por sus sueños, que tenían el color del arco iris; por sus apetitos, que eran intensos; por sus desaciertos que eran enormes; por sus dolores, que fueron agudos; por su hora, que fue breve; y por su destino final, que fue convertirse en uno de nosotros. —H.J.T.

CON LA atención del público fija en ellos como nunca antes, los políticos debieran preocuparse más por seguir el consejo de Will Rogers: "Vive de tal modo que no te avergüences de vender tu loro al correveidile del pueblo".

—Elliot Richardson, en *The Creative Balance*

CIERTO naturalista descubrió en los mandriles un lenguaje que consta de agudos gritos de alarma, de risas y gruñidos de contento, ladridos de disgusto, cuchicheos alegres y simples, lamentos de condolencia por sus muertos, alaridos que denotan dolor, gemidos de terror y voces para convocar a asamblea y a la acción. De noche, advirtió entre ellos un susurro apagado y continuo, tan parecido al habla humana, que casi quedó convencido de que eran capaces de expresarse con palabras. Un nativo le confirmó su sospecha: "Los mandriles pueden hablar. Pero no lo hacen delante de los hombres blancos por miedo de que los pongan a trabajar".

—Jack Denton Scott, en *Speaking Wildly*

HACE ALGUNOS años figuraba entre los bajos de un grupo coral. Con mi voz de segundo bajo, poco cultivada, no alcanzaba el do intermedio. Consulté el punto con el director, quien me indicó guardar silencio al llegar a esa nota en lugar de bajarme una octava. Y añadió: "Nos hará usted falta en los pasajes más graves". Ello me hizo sentir particularmente útil. Quizá el infundir seguridad a una persona dentro de un campo especial, sea un principio ético tan valioso como el precepto que aconseja tratar a los demás como deseamos vernos tratados.

—Richard Merrifield, en *Monadnock Journal*

Lo que bien amas, permanece;
lo demás es accesorio.
Lo que amas en verdad
no te será arrebatado.
Lo que amas de corazón es
tu auténtico patrimonio.

—Ezra Pound, en *The Cantos*

Nueva Hinds Amarilla - Crema Corporal Rica en Vitaminas A y D y Alantoina

Un nuevo modo de tratar la piel de todo su cuerpo

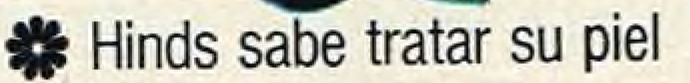








Un verdadero tratamiento de belleza. Eso es HINDS AMARILLA. La **Vitamina A** nutre la piel, manteniéndola elástica y joven. La **Vitamina D** revitaliza los tejidos. Y la **Alantoína** complementa esa doble acción limpiando y estimulando la textura de la piel. HINDS AMARILLA repone la humedad que pierde la piel cada día, devolviéndole suavidad, juventud y frescura; es liviana, no grasosa y se absorbe de inmediato. Su fina fragancia no interfiere con el perfume de su preferencia. Usela siempre después del bañ Ideal para todos los dias, para todas las estacione porque la piel de su cuerpo "vive" todo el añ



Hinds sabe tratar su piel

Precio sugerido tamaño 75 ml $ 1.090

Wesley Hill, como su padre antes que él, se dedica a salvar a los imprudentes que ponen su vida en peligro en los alrededores de las famosas cataratas.



Por Charles Black

Vigía del Niágara

UN FRÍO penetrante soplaba río abajo. Wesley Hill dejó el rifle en el fondo de su lancha de 4,25 metros de largo y cogió los prismáticos. En busca de patos, recorrió con la mirada aquellas aguas salpicadas de rocas. De pronto avistó, horrorizado, a un hombre al que la corriente arrastraba en un botecito. Wesley sabía que en pocos minutos la fuerza de los rápidos superiores, de un kilómetro y medio de extensión, precipitaría a aquella embarcación al borde de las cataratas Horseshoe ("Herradura") hasta el remolino de la quebrada, abierta casi 54 metros más abajo.

Puso en marcha el motor, de 25 h.p., y se lanzó en auxilio del solitario navegante con los ojos puestos a la vez en su ruta y en la barca, que ya había chocado contra un peñasco. Se acercó a tres metros del individuo y le gritó, contra el fragor de las cataratas y del viento:

—¡Si quiere salir vivo, no deje que lo aprese el pánico!

—¡No puedo arrancar el motor!

ILUSTRACIÓN: ALAN DANIEL

¡Estoy varado! —replicó el otro con desesperación.

Hill le arrojó una cuerda, pero falló. Al segundo intento, el hombre logró asirla y la ató a la proa de su lancha. Wesley amarró el otro extremo a la popa de la suya y lo remolcó unos cuatro kilómetros, hasta un embarcadero. En 45 minutos concluyó el episodio. Era una mañana de otoño de 1967.

—¡No sé cómo agradecérselo!

—Nada tiene usted que agradecer. Sólo cumplo con mi trabajo.

En realidad, Wesley es empleado del departamento de producción de una compañía fabricante de agujas ferroviarias establecida en Niagara Falls (Ontario). Además, considera un deber intervenir siempre que alguna vida peligra en los alrededores de las cataratas. "Nadie conoce los riesgos del río mejor que él", asegura Wilfred Derbyshire, jefe de la policía de Niagara Parks. "Por eso, en cualquier trance, acudimos primero a él".

El 29 de agosto de 1975, por ejemplo, sonó el teléfono poco antes del mediodía en la casa de Wesley, situada cerca del río, en Chippawa (Ontario), cuatro kilómetros cataratas arriba. Una balsa de caucho, de 11,30 metros de longitud, se había volcado con 29 turistas. "Lo necesitan allá", le notificó el telefonista de la policía.

Subió al automóvil y llegó en menos de 15 minutos. Se descolgó por un risco de siete metros y medio de altura con ayuda de una cuerda (de 60 de longitud) que lleva siempre en su coche, y, saltando de roca en roca, llegó hasta el lugar del accidente. Los agentes de la policía norteamericana ya habían sacado dos cadáveres. Los sobrevivientes, aturdidos y conmocionados, se apretujaban entre la maleza de la ribera, empinada y rocosa. Varios se encontraban lesionados. Derbyshire, preguntó a Hill si creía factible hacer llegar allí un helicóptero. "Conozco un sitio apropiado", repuso. Distaba unos 45 metros. Antes de trasladar allí a los accidentados, nueve hombres tuvieron que retirar peñascos a fin de abrir una senda; por recomendación de Wesley, la policía pidió por radio una sierra de cadena para derribar varios árboles. En 20 minutos el lugar quedó listo para el aterrizaje. Así salvaron a 26 personas.

Dos días después, Wesley desafió al remolino, verdadera vorágine de 550 metros de anchura y 30 de profundidad, para recobrar la balsa volcada. "Es un hombre valiente", opina Derbyshire, pero él se encoge de hombros: "Supongo que los Hill hemos heredado el río. En cierto modo, nos pertenece".

Cilindro mortal. Es el suyo un legado lleno de peligros. El Niágara, en su recorrido de 55 kilómetros desde el lago Erie hasta el Ontario, desciende cerca de 100 metros; en consecuencia, la corriente cobra cada vez mayor velocidad, y vierte millones de litros de agua cada minuto por las cataratas American y Horseshoe. Desde la cañada, cubierta de bruma, el río se precipita

por los temibles rápidos inferiores y se revuelve y arremolina en un torbellino mortal.

El primero de la familia que se enfrentó a las aguas fue William ("El rojo"), padre de Wesley. En 1912, a los 25 años, la Real Asociación Humanitaria Canadiense lo premió con una medalla por haber rescatado a 23 turistas cuando, de pronto, la congelada superficie del río empezó a quebrarse a su alrededor. Seis años después fue de nuevo condecorado por desafiar la embravecida corriente asido a una boya de tirantes para desenredar la cuerda salvavidas que habían arrojado a dos navegantes encallados al borde de las cataratas Horseshoe. Y, en 1938, la Sociedad Protectora de Animales, de Ontario, lo galardonó por haber libertado a varios miles de aves silvestres atrapadas en los hielos.

En el curso de 40 años, a menudo con la ayuda de uno o varios de sus vástagos (William, Norman, Major y Wesley) William salvó 28 vidas y recuperó 177 cadáveres. Hubo ocasiones en que se jugó la propia en actos sensacionales. Primero en 1910 y luego en 1930, navegó por los rápidos inferiores y por el remolino metido en un cilindro de acero. Asimismo, en 1925 franqueó a nado la corriente al pie de las cataratas (500 metros en 11 minutos), entre los Estados Unidos y Canadá. Pero tuvo que abandonar sus atrevidos ejercicios cuando, un tercer intento por navegar los rápidos casi le costó la vida. Metido en un tonel, fue dando tumbos río abajo hasta terminar en el remolino, del cual no podía salir. William, hijo, que había estado observando la maniobra, se echó al agua y, con la ayuda que le prestaron desde la ribera, puso a salvo a su padre, que al día siguiente prometió: "Jamás volveré a intentarlo".

"El rojo", que murió en 1942, no logró disuadir a sus hijos de realizar actos temerarios. Major navegó los rápidos inferiores en cuatro ocasiones; en 1950 fracasó en su intento de lanzarse por las cataratas Horseshoe dentro de un tonel, y sólo por milagro salió con vida. William, hijo, por su parte, cruzó dos veces a nado la quebrada, desde la base de las cataratas American hasta la frontera con Canadá. También en dos ocasiones, bajó por los rápidos inferiores metido en un tonel. (La Sociedad Protectora de Animales, de Ontario, lo premió por haber salvado varias veces a los ciervos que se arrojaban al río cuando los perros los acosaban.)

Confiado en su buena suerte resolvió, a pesar del revés sufrido por Major, vencer a las cataratas Horseshoe arrojándose en un artefacto armado con 13 cámaras para neumático, aseguradas con redes de pescar y cinchas de lona. El 5 de agosto de 1951, 300.000 personas, entre ellas su madre, vieron aquel cilindro caer por el precipicio, empezar a desintegrarse y desaparecer finalmente en una nube de agua y espuma en la base de las cataratas. Al otro día encontraron su cadáver,

sin más objeto encima que un reloj de pulsera.

Hechizo de las aguas. Al año siguiente, Norman murió a los 28 años cuando le cayó encima una roca mientras trabajaba en el túnel Ontario Hydro, en las cataratas del Niágara. Major, al efectuar un salto en paracaídas, se lesionó una pierna tan gravemente que fue necesario amputársela tiempo después. Falleció en 1974.

Con razón, Wesley no quiere pensar siquiera en dar ese tipo de espectáculos. Su interés se concentra en auxiliar a la gente. Durante los últimos 30 años ha tomado parte en unas 50 operaciones de rescate y ha salvado más de 50 vidas. Cuando él se encuentra en el trabajo, Sarah, su esposa, atiende a las llamadas telefónicas. Al recibir aviso de algún percance, regresa a casa en seguida, engancha uno de sus cinco botes a la parte trasera del automóvil y en tres minutos llega a la orilla del río.

Su pasión por este es enorme. Tanto lo frecuenta, que se halla a menudo en sus alrededores cuando amenaza algún peligro. En 1962 nadaba en el Welland, cerca de su confluencia con el Niágara, cuando vio en apuros a un muchacho de unos 14 años, a 50 metros de la ribera. Se le acercó y, por las axilas, lo sacó a la orilla, donde le dio respiración artificial. El verano siguiente, estando de pesca tres kilómetros arriba de las cataratas, oyó unos gritos; peligraba una joven de 23 años. Cruzó a nado los 40 metros que lo separaban de ella y la libró de las plantas subacuáticas que la habían atrapado.

En otra ocasión andaba cazando patos cuando avistó una barquilla encallada en la parte estadounidense de los rápidos superiores.

—¡Ayúdeme a salir de aquí, para que pueda seguir hacia abajo! —le pidió a gritos el de la barca.

—¿Hacia abajo? ¡Las cataratas del Niágara se encuentran a un paso! ¡Si su bote se libra de esas rocas, está usted perdido!

Hill desencalló la lancha y la remolcó a sitio seguro. Esta es una de las 30 embarcaciones, poco más o menos, que ha salvado.

Cierta mañana de la primavera de 1976, Wesley y Derbyshire vadearon el río helado, con el agua hasta la cintura, para hacer llegar una cuerda a un individuo y a su hija de ocho años, que andaban de pesca y se habían quedado aislados sobre un escollo. Y una noche nevada de 1973, se descolgaron por el acantilado próximo al remolino y rescataron a dos chicos de diez años, que habían encendido una hoguera en la ribera y pensaban pasar allí la noche. Sin duda hubieran muerto de frío.

"Rover" al rescate. En ocasiones, cuando algunos botes se ven a punto de zozobrar, Wesley avisa al servicio de Ontario Hydro para que cierre las compuertas, accionadas por motor, y así reduzca el volumen de las aguas río arriba. A veces, sin embargo, sus indicaciones llegan demasiado tarde. En junio de 1961,

a la vista de unos 3000 turistas, cuatro personas cayeron al agua y fueron arrastradas por las cataratas. Hill las esperó abajo, a bordo de una canoa, en inútil intento de salvarlas. En mayo de 1974, la policía de Niagara Parks le comunicó que dos sujetos corrían grave peligro en los rápidos superiores. No podían hacer nada para auxiliarlos en la parte alta de las cataratas; Wesley los esperó en la vorágine, pero fue en vano.

Wesley ha recibido un sinnúmero de cartas elogiosas, llegadas de todo el continente. La mayoría, cosa curiosa, proviene de personas afectas a los animales. Ha evitado que muchos cisnes mueran en los hielos flotantes, y cierta vez auxilió a dos conejos cuya madriguera había destruido una inundación. "Rover", su perro de aguas, adiestrado especialmente por él, recogía centenares de patos silvestres heridos, y los llevaba hasta los pies de su amo. Murió en 1967.

Pocas empresas le han implicado más riesgo que aquella en que ató una cuerda a un árbol y, asiendo uno de sus extremos, atravesó los rápidos superiores saltando de roca en roca para rescatar un perro de pastor que llevaba dos días atrapado en un peñasco, a 45 metros de la orilla. Luego hizo el recorrido de regreso llevando en brazos aquel animal de 20 kilos, sano y salvo.

¿Y qué decir del agradecimiento de los humanos? "No creo que podamos mostrar suficiente gratitud a hombres como él", declara George Bukator, alcalde de Niagara Falls. "Es un ciudadano ejemplar, valeroso y sensible, que se preocupa por sus semejantes". Entre tanto, Wesley, miembro del cuerpo de bomberos voluntarios de Chippawa y solícito maestro de quienes gustan de bucear sin escafandra, trasmite sus conocimientos acerca del río a sus hijos: David, de 12 años, Dan, de 13, Diane, de 15, y Douglas, de 19. Cree que cuando menos uno de ellos seguirá la tradición familiar. "Mi padre quería que los salvamentos efectuados en el Niágara fueran siempre obra de la familia Hill", cuenta, "y pienso que así habrá de ser".

oooooooooooo

LA ESPOSA del actor James Stewart comentaba la costumbre de su marido de interrumpir sus palabras con largas pausas, y decía: "Cada vez que levanto el teléfono y no oigo nada en la línea, sé que es Jimmy el que llama".

—D.Z.

oooooooooooo

FRANZ JONAS, el finado presidente de Austria, era hombre de pocas y sencillas palabras. Cuando en 1971 se postuló para la reelección a la primera magistratura de la nación, se dirigió al electorado austriaco con el siguiente minidiscurso: "Septuagenario sano y vigoroso solicita le renueven su permiso de trabajo". Los electores aprobaron su petición.

—Janik Press Service

FLORIDA ES UN GRAN SITIO PARA VIVIR...ASI ES QUE AQUI ESTAN LOS 5 PUNTOS MAS IMPORTANTES PARA BUSCAR, ANTES DE COMPRAR SU PROPIEDAD.



Comprar terreno en Florida es una gran decisión. Pero todas las propiedades en Florida no son lo mismo. Antes de comprar, la persona precavida verifica cuidadosamente la comunidad que le interesa. Por ejemplo: ¿Es el área una atracción para los turistas? (Si es así, usted encontrará que los costos de vida serán mucho más altos que donde usted vive ahora.) ¿Hay facilidades de compras? ¿Escuelas? ¿Iglesias? ¿Facilidades recreacionales? ¿Se adapta la comunidad a su estilo de vida? ¿Son sus vecinos muy viejos para usted? ¿Muy jóvenes? Hay algunas secciones donde usted quizás sienta que hay mucha gente...mientras que en otras quizás sienta que es muy desolado y aislado de la civilización.



Una forma segura de comprar sabiamente en Florida.

Para ayudarle a usted a decidir, General Development ha publicado un completo Bosquejo Sobre Compra de Propiedades en Florida. En esa publicación usted sabrá en "idioma sencillo" como esas comunidades se adaptan a los cinco puntos tan importantes a considerar antes de comprar su terreno en Florida.

1. Deseabilidad: Florida es un gran sitio para comprar propiedad...si usted sabe lo que está haciendo.

2. Clima: Sol todo el año. Pero quizás le espere una sorpresa muy fría.

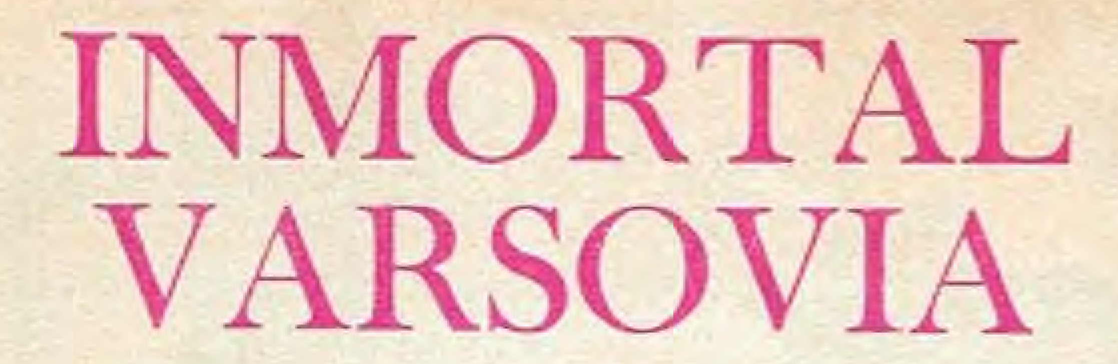
3. Ambiente: La comunidad que usted compre hoy.. ¿será tan linda de aquí a diez años?

4. Costos De Vida: ¿Puede usted sufragar los gastos de vivir en la Florida? ¿No puede?

5. Funcionamiento: La comunidad que le interesa: ¿Que dice la gente que ya vive allí? ¿Tiene el urbanizador un compromiso a largo plazo? ¿Ha cumplido él con todas sus promesas?

ista del interior del avión LV-JNT, perteneciente a la flota de Austral.

Vista exterior del mismo jet.



INMORTAL VARSOVIA

POR RUDOLPH CHELMINSKI

Como el ave Fénix, la capital polaca se ha levantado de las cenizas en que la dejaron convertida los nazis y hoy es un monumento a la perseverancia y al optimismo

EL DÍA 17 de septiembre de 1939, por la mañana, un avión de guerra alemán describió un arco en el cielo de Varsovia y bombardeó en picado el Zamek Królewski (Palacio Real), centro simbólico de la ciudad. La bomba estalló en la torre, incendió el techo y detuvo las manecillas doradas del gran reloj a las 11:15. Hasta hoy, casi 40 años después, esa fecha y esa hora quedaron grabadas en la conciencia de los ciudadanos polacos, porque marcaron el momento en que su capital comenzó a morir.

Muchas ciudades fueron martirizadas en la Segunda Guerra Mundial (Coventry, Dresde, Leningrado y Budapest), pero ninguna sufrió tanto como Varsovia, cuya destrucción y despoblación fueron casi totales. Actualmente, sin embargo, han vuelto a la vida las antiguas calles y los parques, las ornamentadas iglesias y la mezcla pintoresca de edificios góticos y renacentistas de la Stare Miasto (Ciudad Vieja).

Aquella tibia mañana de septiembre la Segunda Guerra Mundial estaba en su día decimoséptimo. Un grupo de curiosos veía arder la

El Palacio Real reconstruido, verano de 1974

PHOTO ROGER-VIOLLET

residencia de antiguos reyes y sede del Parlamento. Entre los espectadores estaba Jan Zachwatowicz, de 39 años, profesor de arquitectura en la Universidad Técnica de Varsovia. Miraba con sus ojos claros, sin lágrimas, tomando mentalmente nota de la destrucción.

Zachwatowicz estaba destinado a ser uno de los grandes hombres de Varsovia, pues, gracias en parte a sus esfuerzos sobrehumanos, la capital polaca renació de sus cenizas.

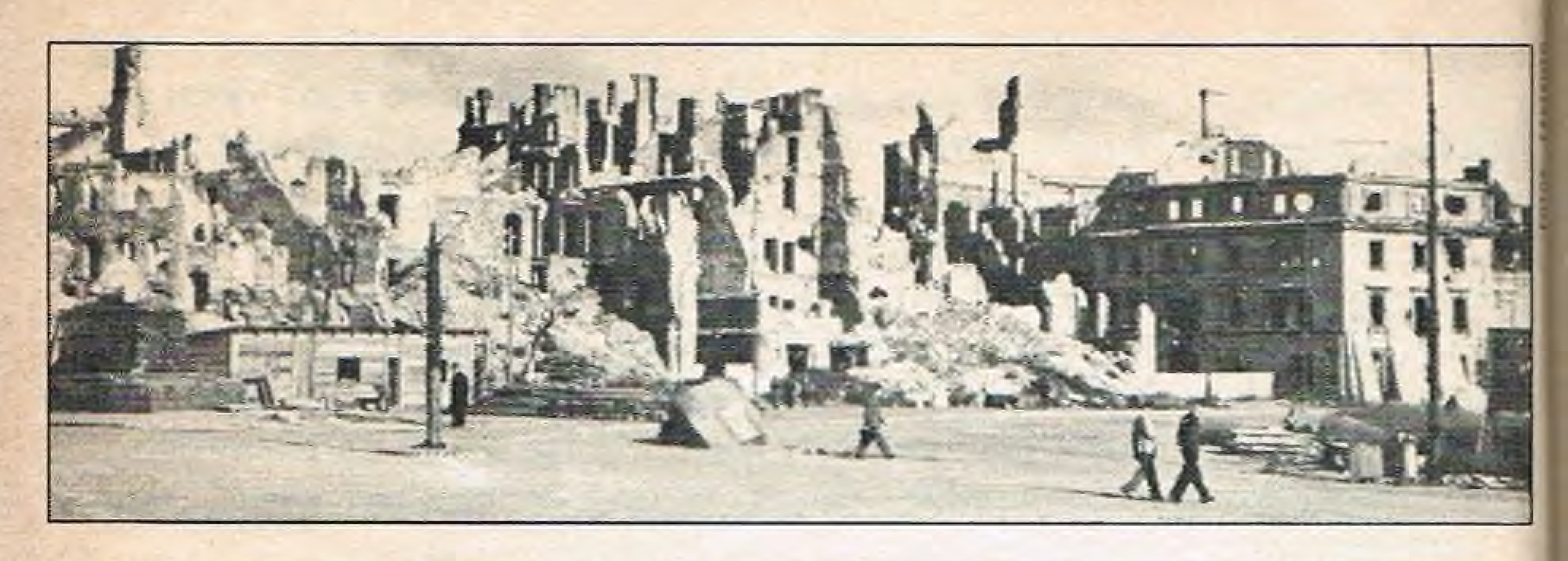
No hace mucho fui a ver esta ciudad única, nueva y a la vez antigua, y visité al profesor Zachwatowicz en su pequeño apartamento. Me costó creer que aquel anciano caballero hubiese sobrevivido a tantas aflicciones. No había indicios de amargura en sus palabras: "La ciudad fue arrasada cumpliendo con el programa ideológico de Hitler. El propósito de los alemanes era destruir la identidad de los pueblos que conquistaban, y estos están representados por los documentos visibles de su historia".

Por suerte, de 1920 a 1939 los estudiantes de la Universidad Técnica habían inspeccionado edificio por edificio la famosa Ciudad Vieja, de la cual tomaron cuidadosas medidas y levantaron planos. Al desatarse la guerra, Zachwatowicz recogió todos esos planos, dibujos y heliográficas (suficientes para llenar un cuarto) y los escondió en el último rincón de la Facultad de Arquitectura. Sabía que de ellos dependía el futuro de Varsovia.

Durante la ocupación alemana, Stanislaw Lorentz, director del Museo Nacional, tomaba notas para su uso personal en pedazos de papel de carta aérea. Esas notas constituían sus archivos: fechas, nombres, cifras y fotografías de cada obra de arte en peligro. De noche se escurría en las salas del museo y las metía entre el marco y la tela de cuadros viejos y poco valiosos.

La historia marchaba con terrible paso de gigante. En 1943 el barrio judío quedó arrasado hasta los cimientos. El resto de la ciudad lo siguió en septiembre de 1944, cuando los alemanes comenzaron a destrozarla sistemáticamente bajo la dirección personal de Heinrich Himmler. Todos los edificios incólumes ostentaban grandes números rojos que indicaban su turno en el proyecto de demolición.

Zachwatowicz debía cumplir su misión antes que los nazis dieran remate a la de ellos. Se abrió camino entre las ruinas humeantes hasta llegar a los restos de la Universidad Técnica. Allí, sin ayuda ajena, cargó sus archivos en un camión alquilado, salió de la ciudad y se dirigió al patio de maniobras del ferrocarril, cuyo jefe, también polaco, le consiguió por artimañas un vagón de carga. Lo engancharon a un tren y, sin que los alemanes se dieran cuenta, lo apartaron de la vía al llegar a la ciudad industrial de Piotrkow Trybunalski. Allí, con la ayuda de varios colegas, Zachwatowicz escondió el futuro de Varsovia dentro de unos ataúdes





Plaza del Palacio Real

vacíos en el sótano de un monasterio de la orden de San Bernardo.

Cuando el último contingente alemán salió de Varsovia, el 16 de enero de 1945, el 85 por ciento de la ciudad estaba en ruinas; 800.000 habitantes habían perecido y los sobrevivientes habían huido o los habían deportado. Lentamente, los que pudieron comenzaron a volver.

El gobierno provisional, instalado en las afueras, nombró muy sensatamente superintendente general de la reconstrucción de Varsovia a Jan Zachwatowicz y ascendió a Stanislaw Lorentz a director general de Museos y Monumentos. Los dos viejos amigos estaban decididos a llevar a buen término la obra iniciada. "Comprenda usted que nos proponíamos rehacer nuestra historia", me advirtió enfáticamente Zachwatowicz.

Comenzó la reconstrucción. Varios especialistas organizaron grupos de obreros y la población entera pasaba ladrillos de mano en mano, mezclaba cemento o retiraba los escombros. Faltaban herramientas y máquinas. "Así fue más fácil la tarea de reedificar de acuerdo con el estilo antiguo", bromea el ingeniero Tadeusz Polak, encargado de conservar el patrimonio cultural de Polonia.

Hallar artesanos que supieran trabajar a la antigua fue un gran problema. Zachwatowicz reunió viejos artífices de barba blanca, les dio títulos profesionales y les pidió que instruyeran en su raro arte a las nuevas generaciones. Lo hicieron tan bien que hoy Polonia tiene en Toruń un famoso Instituto de Restauración Artística, fruto de la iniciativa de Zachwatowicz. Los especialistas polacos han salvado obras de arte en toda Europa y el Oriente Medio, y se han convertido en maestros del arte de la construcción antigua.

Zachwatowicz siguió al pie de la letra los diseños arquitectónicos, extraídos intactos de sus ataúdes. Partiendo de los sótanos y cimientos de la Stare Miasto que se habían salvado, comenzó a construir hacia arriba y volvió a usar escrupulosamente cuanta pieza original halló entre los escombros. Aquello dio por resultado un conjunto de remiendos extraño pero simpático: la antigua Varsovia reposa dentro de la nueva. Los techos siguen los mismos ángulos absurdos que guardaron durante siglos. Reprodujeron incluso los "errores" arquitectónicos en que incurrieron los constructores originales (proporciones imperfectas, por ejemplo). Se respeta la historia en cada detalle, excepción hecha de la comodida :: todos los edificios de la Ciudad Vieja cuentan ya con calefacción central, agua caliente y electricidad.

Notable curiosidad de esta Varsovia antigua, pero nueva, son los ocho edificios "diseñados" por Bernardo Belloto —también llamado Canaletto el Joven—, paisajista veneciano del siglo XVIII que residió diez años en Varsovia. Había pintado 26 grandes telas con vistas muy minuciosas de la ciudad. Los alemanes se las habían llevado, mas Lorentz las solicitó a los aliados, que entonces las tenían en custodio, y con sus notas manuscritas probó que pertenecían a Polonia, logrando que las devolvieran al museo. Luego él y Zachwatowicz compararon los planos trazados durante sus investigaciones arquitectónicas con las escenas representadas en los cuadros de Bellotto, y descubrieron que ocho edificios sin mérito de la Stare Miasto habían remplazado en el siglo XIX a otros de mayor valor artístico. ¿Por qué no reedificarlos tal como eran en 1775? Así, Canaletto el Joven guió las manos de muchos albañiles que restauraban parte de la Ciudad Vieja.

Cuando la obra estuvo terminada, los que protestaban por considerar inútiles los gastos se quedaron desconcertados: no había costado más edificar en el viejo estilo que levantar casas nuevas y funcionales. Hoy recuerdan con orgullo los polacos que ellos hicieron y costearon toda la reconstrucción, sin ayuda del extranjero. En tiendas, fábricas y empresas de todo el país las alcancías para el Fondo de Varsovia reunieron donaciones que se calcula satisficieron más del 30 por ciento del costo de las obras.

Nadie duda que la mayor atrac-

ción de la nueva Varsovia antigua es la Rynek Starego Miasta, la plaza del mercado de la Ciudad Vieja. Reservada para peatones, es un espacioso cuadrilátero rodeado de edificios desiguales de ladrillo y estuco, estrechos y con tejados muy pendientes. El centro de la plaza, con sus adoquines, alberga cafés, tiendas de helados y puestos de frutas y golosinas. Los músicos van de mesa en mesa, los pintores ofrecen sus telas. En torno hay cafeterías y restaurantes, joyerías, farmacias, galerías de arte y pequeños museos. Es un lugar privilegiado para descansar y entablar relaciones.

El resto no es menos auténtico y placentero. Sin embargo, al concluir la restauración aún faltaba algo sumamente importante: el Palacio Real, el símbolo de la ciudad.

De improviso, Lorentz, Zachwatowicz y otros 30 representantes de la clase intelectual recibieron invitación en 1970 para una audiencia con Edward Gierek, nuevo secretario del Partido Comunista de Polonia. Les ofreció fondos para restaurar lo que la jerarquía comunista polaca había considerado hasta entonces "un vestigio del pasado feudal". Lorentz rechazó amablemente la oferta: "No, no nos dé dinero; concédanos un permiso. Nosotros organizaremos una comisión y reclutaremos los fondos", contestó. El permiso les fue concedido y, a principios de 1971, reaparecieron las alcancías.

El palacio ya está casi terminado. Representa los esfuerzos de miles de obreros y las contribuciones de muchos polacos del país y del extranjero. Dichas aportaciones alcanzaron la asombrosa cifra de 623 millones de zlotis (casi 19 millones de dólares). En 1979 abrirá oficialmente sus puertas al público. Desde el exterior, ni siquiera los ancianos de Varsovia pueden percibir la diferencia entre el original y la copia: la misma fachada de ladrillos rojos mira hacia la plaza, los muros son del mismo estuco rosado, y la misma torre, maciza y cuadrada, domina como siempre a la Ciudad Vieja de un lado y del otro al Vístula. Sólo el interior está todavía en obras. Las generaciones futuras no advertirán que se encuentran en una hábil reconstrucción. Será menester recordarles que no siempre fue así.

En realidad, el recuerdo de esos terribles años de estragos y crueldades desapareció simbólicamente el 22 de julio de 1974, durante una ceremonia especial efectuada en la plaza del Palacio Real. Diríase que media Varsovia estaba allí, ante el palacio majestuoso, orgulloso y firme, con sus muros y baluartes reconstruidos. Y precisamente a las 11:15 de la mañana el gran reloj de manecillas doradas dio el cuarto de hora. Era el son que toda Varsovia había esperado durante 35 años. Y en ese momento Zachwatowicz tal vez se permitió las lágrimas que se negaron a correr de sus ojos el 17 de septiembre de 1939 a las 11:15 de la mañana.

Otro trascendental logro de Seiko: El Cronometrador Mundial LC Digital de Cuarzo.

Ahora, en todo momento, puede usted saber qué hora es exactamente en todo el mundo.



Este nuevo reloj de precisión le da la hora exacta de las 29 zonas con horas distintas en el mundo, con indicación a base de 24 horas. Y le da la hora, el minuto y el segundo además del día de la semana y del mes, en el tiempo que tarda oprimir un pequeño botón. Y se ajusta para los cambios de hora del verano, cuando los hay. Como todos los relojes Seiko LC (cristal líquido) digitales, de función múltiple, de cuarzo, el Cronometrador Mundial ha sido elaborado para que su manejo sea igualmente sencillo y seguro. Cuenta con una función de calendario perpetuo previamente programada para los meses de 28, 30 y 31 días, y para los años bisiestos hasta el año 2.009. A prueba de agua, tiene su propia iluminación para que se pueda ver la hora en la oscuridad. El Cronometrador Mundial Seiko es otra de las maravillosas piezas de relojería que hay en la nueva colección Seiko LC digital de función múltiple de cuarzo. Los Seiko de cuarzo.

SEIKO

Un día todos los relojes serán hechos así.



TORINO GRAND ROUTIER...

Porque usted no puede dejar de distinguirse.

Hay personas que nacieron para distinguirse. Si usted está dentro de esa categoría, su auto no puede ser como el de todos.
Usted merece algo distinto, exclusivo: Torino Grand Routier.
Un auto para aquellos que, como usted, valoran el placer de lo refinado.

Y saben gozar de las ventajas de un confort fuera de serie.
Y de las insospechadas posibilidades de una mecánica privilegiada.
Sí, usted merece un Torino Grand Routier.
Porque no puede dejar de distinguirse.

Precio Público al 27/4/78 (incluye impuestos internos e I.V.A.) $ 8.984.981.–

RENAULT ARGENTINA

Selecciones
del Reader's Digest
Año 38
Julio de 1978
Lo mejor de revistas y libros, de interés permanente

Al hacer tantas concesiones en aras de un convenio de limitación de armas, dice un preocupado congresista norteamericano, el gobierno de Carter acaso esté poniendo en grave peligro la seguridad futura de los Estados Unidos

Salt II: augurios de desastre

Por el diputado Charles Wilson

En mi calidad de integrante del Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes, fui a Ginebra en diciembre de 1977 con la esperanza de ver algún progreso hacia una limitación de armamentos verdadera y útil. Pero quedé estremecido ante el espectáculo de un grupo de negociadores norteamericanos que parecía olvidar la realidad del poderío soviético y se empeñaba en lograr la firma de un tratado sólo por lograrlo. Los individuos de aquel grupo parecían sentirse más motivados por la presión de que se cumpliera la promesa que Jimmy Carter había hecho en su campaña electoral, que por proteger la seguridad de los Estados Unidos.

Ansiosa de lograr la aprobación pública del tratado SALT II (siglas en inglés de Conversaciones de Limitación de Armas Estratégicas) que se está negociando, la Casa Blanca se ha jactado de que se reducirá en ambos bandos el número de sistemas de trasporte (cohetes y aviones). Pero como no se reducirá el número total de ojivas o cabezas nucleares, esto resulta engañoso poco menos que hasta el fraude. La verdad escueta es que se está malbaratando el propósito de los Estados Unidos en Ginebra: conservar el equilibrio actual con las fuerzas

estratégicas soviéticas, pero manteniendo la superioridad de su poderío nuclear disuasivo. En efecto, el tratado SALT II:

• Dejará para principios del próximo decenio los proyectiles balísticos intercontinentales Minuteman (conocidos como ICBM), que son el principal sostén de la fuerza disuasiva nuclear basada en tierra con que cuentan los norteamericanos, a merced de la destrucción casi total en un primer ataque por sólo una fracción de la fuerza balística de los soviéticos.

• Elimina una de las mejores cartas de triunfo del país en materia de armas estratégicas, al limitar muchísimo el alcance de los proyectiles de crucero, que son armas baratas, fácilmente desplegables, contra las cuales es difícil defenderse y en las que los norteamericanos conservan una ventaja tecnológica.

• Limita el número de bombarderos tripulados —o de aviones de gran radio de acción portadores de proyectiles— que pueden desplegar los Estados Unidos, al mismo tiempo que exceptúa de esta limitación al muy perfeccionado bombardero supersónico soviético Backfire, capaz de reabastecerse de combustible en pleno vuelo y de atacar cualquier lugar de los Estados Unidos. El tratado propuesto es prueba palpable de que los soviéticos han logrado engañar a los norteamericanos al obligarlos a clasificar este avión —considerado el máximo exponente de la tecnología soviética— como "arma no estratégica".

• Asegura a los soviéticos un arsenal de por lo menos dos veces más ojivas ICBM que los norteamericanos.

Además, se anexa al tratado un "protocolo" que regirá tres años y limitará en gran medida el perfeccionamiento, las pruebas y el despliegue de cualquier "sistema nuevo". Esto no afectará en especial a los soviéticos, que recientemente han logrado importantes mejoras en radio de acción, precisión y poder explosivo de su fuerza de proyectiles balísticos. En cambio, impondría graves limitaciones a los Estados Unidos, justo cuando necesitan mejorar sus fuerzas estratégicas para contrarrestar los adelantos rusos.

El primer acuerdo SALT, firmado en 1972, fue proclamado por muchos como un paso hacia la estabilización de la carrera de las armas nucleares. Lejos de ello, permitió a la URSS alcanzar a Norteamérica y hasta aventajarla en algunas armas estratégicas.

Al acercarse la fecha de expiración de ese primer tratado, en octubre de 1977, el gobierno de Carter lanzó a la arena un nuevo grupo de negociadores para que concertara otro convenio con los rusos. Esas pláticas, iniciadas en marzo de 1977, se efectuaron con la conciencia de que los soviéticos habían aprovechado los puntos débiles de SALT I y habían violado abiertamente sus estipulaciones. Esto debería haber moderado el punto de vista del gobierno, pero mis conversaciones con casi todos los delegados norteame-

ricanos a las SALT revelaron una alegre indiferencia hacia la política estadounidense —convertida en ley después de SALT I— de que la capacidad nacional de defensa está por encima de cualquier beneficio que pueda traer el control de armamentos. Por el contrario, los responsables de fijar la política estadounidense parecen pensar que el control de armamentos puede ser sustituto de la defensa nacional.

La inferioridad estratégica que los negociadores norteamericanos están introduciendo en el tratado SALT II se remata con otros actos del gobierno. El presidente Carter debilitó gravemente la posición negociadora de los Estados Unidos en Ginebra y determinó anticipadamente la decadencia de su fuerza de bombarderos tripulados al prescindir del B-1. Reconocido generalmente como el más moderno y potente de los sistemas de armas tripuladas que jamás se haya ideado, el B-1 habría planteado a Rusia un problema de defensa especialmente arduo... y dado una gran ventaja de negociación a Norteamérica.

Además, la Casa Blanca decidió no acelerar el perfeccionamiento del proyectil MX, perteneciente a la nueva generación de proyectiles ICBM, que utilizaría técnicas avanzadas de despliegue (incluso, posiblemente, plataformas de lanzamiento móviles) para hacerlo virtualmente invulnerable a un ataque soviético. Este proyectil sería el sustituto ideal de la fuerza de proyectiles Minuteman, la cual se está quedando anticuada. La decisión de Carter aplaza el despliegue del MX cuando menos hasta fines del decenio que empezará en 1980. Por último, el gobierno también ha retardado el perfeccionamiento del programa Trident II, que se necesitará para sustituir los proyectiles balísticos norteamericanos lanzados desde submarinos, y de los submarinos que lo trasportan, con un sistema de mayor precisión y seguridad contra posibles avances de la técnica antisubmarina soviética.

La delegación rusa enviada a Ginebra, de la que forman parte muchos militares, no acostumbra ofrecer excusas ni explicaciones por el creciente poderío estratégico de la URSS. Los negociadores rusos son profesionales enérgicos y pragmáticos; casi todos ellos han intervenido en las conversaciones desde 1969. En todos esos años de negociar todavía no presentan una sola proposición. En vez de ello, contestan, por lo general negativamente, a las proposiciones de los norteamericanos. Ni siquiera colaboran con cifras respecto a sus fuerzas nucleares. Negocian con las cifras que los estadounidenses proporcionan, sin confirmarlas ni negarlas. Rara vez hacen alguna concesión, y aceptan las que hacen los Estados Unidos como algo necesario para que ellos sigan presentes en la mesa de negociaciones. El grupo norteamericano parece estar muy dispuesto a complacerlos. Veamos dos ejemplos:

• Aunque era bien sabido que preocupaba a los rusos la amenaza estratégica de nuestros proyectiles de crucero lanzados desde el mar, convinimos en reducir considerablemente su radio de acción aun antes de llegar a la mesa de conferencias. Como en el caso de la cancelación del bombardero B-1, no recibimos a cambio absolutamente nada. Los partidarios del SALT II señalan que los soviéticos tendrían que someterse a los mismos límites de alcance (600 km) en sus proyectiles de crucero. Sin embargo, pasan por alto ciertos datos de geografía elemental. Dentro de esa distancia, los proyectiles, empleados actualmente por los submarinos y los barcos de superficie soviéticos, pueden poner en peligro a cualquier objetivo situado en Japón y Europa Occidental, y a cerca del 70 por ciento de la población y la mayoría de la industria vital de los Estados Unidos. En cambio, los proyectiles norteamericanos sólo cubrirían el 15 por ciento de los objetivos vitales del territorio continental soviético, y eso suponiendo que el gobierno de Carter permita su despliegue.

• El primer paquete de ofrecimientos SALT, hechos en marzo de 1977 por el gobierno de Carter, señalaba un límite de 150 proyectiles soviéticos "pesados", armas tan potentes que pueden llevar una carga considerable de cabezas nucleares. Eso daba a la URSS una ventaja de tres a uno sobre el único proyectil pesado norteamericano, el Titán, que ya es algo antiguo y del cual los Estados Unidos poseen 54 unidades. Los rusos protestaron y los norteamericanos cedieron. Hicieron entonces una oferta más "conveniente", que "limitaba" a los soviéticos a 326 proyectiles pesados (como el SS-18). Por su enorme tamaño, cada uno de esos 326 proyectiles puede atestarse hasta con ocho cabezas MIRV (siglas en inglés de vehículo de reingreso, apuntado a blancos múltiples e independientes): 2608 en total. (Los Titanes llevan una sola ojiva por unidad.) Esos 326 proyectiles —que son únicamente una fracción del arsenal total soviético— significarían para el decenio venidero la amenaza de aniquilamiento, al primer ataque, de casi toda la fuerza de proyectiles Minuteman mientras estén aún en sus silos.

Engañado por la misteriosa y con frecuencia desconcertante aritmética de la estrategia nuclear, el público estadounidense quizá crea que, por ser SALT II un convenio, al fin y al cabo sus estipulaciones se aplican por igual a ambas partes. Pero existe en SALT II otro defecto que echa por tierra todas las explicaciones optimistas de los partidarios del tratado: *la carencia total de medios para comprobar que los soviéticos cumplen el acuerdo.*

La URSS es una sociedad cerrada. No tiene prensa libre; tampoco comisiones del Congreso que vigilen los programas militares. Además, la revelación no autorizada de información secreta se castiga severamente. Los soviéticos están en

libertad de hacer trampa. La triste historia del tratado SALT I, que han violado repetidas veces, hace suponer que seguirán haciéndola.

Aunque los satélites desempeñan una labor extraordinaria al vigilar a la Unión Soviética, no pueden mirar dentro de laboratorios subterráneos ni de instalaciones muy camufladas, para comprobar lo que los soviéticos hacen en realidad. No se puede saber si un proyectil contiene una sola cabeza nuclear u ocho. Es posible fotografiar un proyectil de crucero en la cubierta de un submarino soviético, pero no hay manera de averiguar si ese proyectil tiene un alcance de 600 o de 2500 km. Cuando ellos ponen a prueba un proyectil, deliberadamente lo hacen sin llegar a su capacidad total.

Aunque los norteamericanos seguimos ocupados contando "agujeros" (silos de proyectiles), no podemos estar seguros del número total de proyectiles o de ojivas soviéticos apuntados contra los Estados Unidos. Sabemos, por ejemplo, que los rusos disponen de varias "instalaciones de adiestramiento", que según ellos emplean para que las dotaciones de los proyectiles se familiaricen con los complicados procedimientos de mantenimiento y lanzamiento. Pero no existe ninguna forma de saber si esos silos de "adiestramiento" están provistos realmente de proyectiles intercontinentales de primera línea, preparados para su inmediato lanzamiento, pues están en regiones donde ya hay misiles operacionales.

La participación norteamericana en las negociaciones SALT ha estado fundada en las suposiciones de que un tratado debe: 1) estabilizar el equilibrio estratégico internacional; 2) no colocar a los Estados Unidos en una posición estratégica inferior a la de la Unión Soviética, y 3) permitir que prosigamos con un programa vigoroso de investigación, perfeccionamiento y modernización de los armamentos. El nuevo tratado SALT no satisface ninguno de tales requisitos.

Nadie desea más que yo un verdadero control de los armamentos. Pero no puedo recomendar que se apoye un tratado que no hace nada para detener la temible tendencia a la superioridad estratégica de los soviéticos. Cuando el pueblo norteamericano vea el SALT II como lo que verdaderamente es (un juego de números injusto, unilateral, en que los Estados Unidos se ven obligados a jugar con todas sus cartas a la vista, mientras las soviéticas siguen ocultas), no lo tolerará.

SEGÚN la ley de la gravedad es más fácil abrir la boca que cerrarla.
—S.S.

DE LAS muchas personas que no tienen nada que decir, las más agradables son las que se mantienen calladas. —B.W.

Un corazón que late cuando el otro falla

POR IRVING TOWNSEND

Dentro de nosotros hay dos corazones, uno de los cuales responde a un milagro más prodigioso que los de la ciencia médica

TODOS cuantos acabamos de sufrir un incidente cardiaco debemos pasar por un rito de iniciación que consta de tres partes: crisis, recuperación y readaptación. Yo, después de haber gozado de excelente salud durante casi 60 años, acabo de pasarlo, y ahora estoy disfrutando de los muchos privilegios concedidos a los socios activos de ese orden global que sale del desorden físico.

Uno de tales privilegios es el retorno a la buena salud. Los amigos, sorprendidos al ver que no necesitan mentir, nos aseguran que nunca nos han visto de mejor aspecto. Pero a nosotros no nos sorprende: hemos adoptado (y ya era tiempo) un régimen alimenticio sensato, un sistema de actividad que mantiene el delicado equilibrio exigido entre el ejercicio y el descanso; hemos tomado la resolución de vencer viejos hábitos, lo cual nos concede tiempo, aunque sólo sea en calidad de prórroga, y agudiza nuestra conciencia de la vida. ¡Todo parece tan hermoso después de haber sido paciente cardiaco!

Cuando diagnosticaron mi mal y me llevaron a toda prisa a un hospital de un pueblo de California, mi corazón comenzó a correr aventuras. Yo era un mero recipiente que lo contenía, y aguardaba, como un familiar más, ajeno al círculo de facultativos y asistentes que concentraban su atención en él. Muy de vez en cuando alguien se acordaba de mostrarme un informe médico o de acomodarme la almohada.

Muchos hospitales de poblaciones pequeñas están suscritos a un servicio digno de la época espacial, útil sobre todo los fines de semana, cuando no es fácil conseguir un especialista. Para obtener en el acto

CONDENSADO DE LA REVISTA "BLAIR & KETCHUM'S COUNTRY" (ENERO DE 1978) © 1978 POR COUNTRY JOURNAL PUBLISHING CO., INC., 139 MAIN ST., BRATTLEBORO (VERTMONT) 05301.

una opinión médica autorizada, trasmiten el latido vacilante del enfermo y lo escucha un cardiólogo de alguna gran clínica, por lejos que esté. Conectado a un teléfono contiguo a la cama, esperé mientras marcaban un número de larga distancia. A modo de sirena, un tono agudo preparó el camino y, en un momento dado, mi corazón se comunicó con un galeno de San Francisco, donde hizo zangolotear una plumilla sobre un papel cuadriculado. Me imaginaba la escena: a 500 km de distancia, el cardiólogo me auscultaba hasta lo más íntimo.

Mientras tanto yo me preguntaba si su noche de sábado habría quedado interrumpida como la mía. ¿Leería mis pensamientos en la línea titubeante del electrocardiograma, o me consideraría un simple músculo vacilante en algún pueblo lejano de la costa? Con todo, un latido que recorre 500 kilómetros cobra cierta importancia. Al menos así pensaba yo.

Esa primera noche algo más tarde, aislado en la unidad de terapia cardiaca, me uní a un grupito de enfermeras para observar una función televisada. Me habían conectado con un aparato instalado sobre mi cama. A una señal del director de programas, mis pulsaciones empezaron a bailar en la pantalla y a hacer que la línea horizontal de luz se quebrara caprichosamente en ondulaciones, rizos y saltos luminosos.

¡Qué resistencia! ¡Cuánta energía la de aquella bailarina! ¿Se cansaría antes de terminar la función? ¿Y si yo me durmiera y me perdiera el final? ¿Haría una venia al público antes de abandonar la escena y dejar sólo una línea blanca horizontal en la pantalla?

Cinco días con sus noches duró la función. La bailarina no se cansaba. El público sí. En plena danza nos desconectaron.

Cayó el telón sobre las aventuras de este célebre corazón y comenzó el entreacto. Durante ese intervalo la bailarina no apareció ante el público, pero a mí me hicieron objeto de solícitos cuidados. Me atendieron, me ayudaron a sentarme en un sillón mientras me arreglaban la cama, me preguntaron qué deseaba para la cena. Era un intervalo peligroso, pues, aunque el corazón descansa, el cerebro comienza a danzar y saltar entre el pasado y el futuro, llenando a uno de inquietudes. Busqué alguna manera de distraerme.

Tomé una novela policial de la mesa de noche. Uno de los personajes echó un puñado de píldoras mortíferas en una botella de coñac. Luego descubrí que el veneno era el mismo fármaco que yo tomaba una vez al día para el corazón.

Mi primera visitante en estos días fue una amiga cuyo marido había muerto hacía poco de un ataque cardiaco. Desde luego, no se le ocurrió nada mejor que contarme todo el caso. Cuando quedé sólo, puse la televisión y vi que pedían donativos para el Mes Nacional del Cardiaco. Sí, contribuiré, sí.

Al concluir la "semana de des-

canso" me enviaron a casa autorizado para reanudar mis actividades habituales, aunque con ciertas condiciones: hacer caminatas más frecuentes, medir con cautela los propios límites y evitar los disgustos. Este período de readaptación es la tercera parte del rito de iniciación, y sólo entonces logré que mi corazón y mi cerebro marcharan con ritmos sincronizados, anticipando los hechos, percibiendo mil detalles.

No acababa allí, sin embargo, la aventura de mi corazón. Precisamente cuando empezaba a olvidarme de él, los médicos me ordenaron someterme a nuevas pruebas. Esta vez fuimos a un hospital urbano donde nos esperaban máquinas más complicadas. Los médicos pidieron un ecocardiograma: fotografía del perfil del corazón, que se reproduce en una pantalla al ser sometido el órgano a un bombardeo de ondas ultrasónicas.

Nos llevaron a la Unidad Ultrasónica, donde, según me explicaron, las frecuencias sonoras sobrepasan la capacidad del oído humano. ¿Estaría un perro escuchándolas y dirigiendo la exploración? No, por cierto. Nos recibió una enfermera con una especie de super-televisor cuyos cables se retorcían en espera de un enchufe. Yo fui ese enchufe.

Me recosté sobre una mesa alta y me unieron al aparato mediante dos cables auxiliares. La enfermera desplazaba un trasmisor frío de un lado a otro por encima de mi corazón, el actor principal. Aunque yo no veía la pantalla, oía los comentarios del público. La película se completó en menos de media hora y nos despidieron.

Desde entonces mi corazón se ha retirado de la vista del público y hemos restablecido la relación que debe haber entre un hombre y este órgano. Así y todo, mi actitud hacia las máquinas ha cambiado y me siento algo inquieto. Me he visto ligado a ellas, incapaz de alejarme, y me molesta saber que no puedo vivir sin toda una serie de aparatos médicos, ni tampoco morir sin ellos. Y si bien han aumentado mis probabilidades de sobrevivir, me siento empequeñecido e indignado por esta dependencia.

Como la actriz que presenta a su niño en escena mientras ella teje entre bastidores, he dejado que mi corazón represente su papel en público y he oído los elogios que le tributan. Comprendo que soy afortunado por vivir en la época de los ecocardiogramas y otras maravillas.

Pero los enfermos del corazón hemos aprendido también otra cosa: que poseemos dos corazones. Uno, localizado un poco a la izquierda del centro del tórax, es la bomba eléctrica que tan bien responde a las máquinas milagrosas. El otro, perfectamente centrado, es la esencia misma de nuestro ser. No se deja fotografiar, ni se trasmiten fácilmente sus impulsos. Pero también hay que atenderlo y conectarlo, aunque no a una máquina. La mano de alguien que se preocupa por uno sigue siendo el mayor de todos los milagros.

Ningún otro país ha combatido el analfabetismo a escala tan gigantesca ni con tan magníficos resultados

Brasil se alfabetiza

POR DONALD Y DOROTHY STROETZEL

AL CAER la noche sobre los caminos de Paraná, varios aparceros de cabello encanecido, jóvenes sirvientas, ancianas, muchachos desaliñados que trabajan de peones en las granjas, avanzan juntos hundiendo los pies hasta el tobillo en el barro formado por las lluvias vespertinas. Se dirigen a una escuela de un aula construida en una plantación de soya. Tras una jornada completa de trabajo, 20 personas se sientan durante dos horas y media en los bancos de clase y repiten tímidamente en voz alta las palabras escritas en el pizarrón por una maestra regordeta que, para llegar allí, tiene también una jornada de seis kilómetros. Los alumnos se reúnen cinco noches a la semana durante cinco meses hasta que aprenden a manejar una guía telefónica, escribir algunas líneas a sus parientes y enterarse por el periódico de los resultados del juego de fútbol de la tarde anterior.

Escenas como esta se repiten cada noche en diversas comunidades de todo Brasil en cumplimiento de un programa que, desde 1970, ha conseguido alfabetizar a unos 11 millones de personas. Cuando nació el llamado Movimiento Brasileño de Alfabetización (MOBRAL), la población mayor de 15 años era analfabeta en casi un 34 por ciento. Actualmente, gracias sobre todo a MOBRAL, el analfabetismo ha descendido a un porcentaje de 16,4. "Y para 1980 quedará reducido a menos del diez por ciento", asegura Arlindo Lopes Corrêa, director del programa e ingeniero y economista.

Nadie pretende que MOBRAL sea por sí solo la solución al complejo problema educativo del país, pero lo cierto es que ayuda en las más inimaginables formas. Las clases se dan en escuelas, fábricas, locales sindicales, salones de belleza y hasta en iglesias. Miles de alumnos se reúnen a cielo descubierto para estudiar a la luz de lámparas de queroseno colgadas de las palmeras. Muchos acuden andando, o en el abarrotado ferrocarril subterráneo de São Paulo, o en carros

de bueyes, o en piraguas. La vigorosa cruzada llega hoy a más aldeas y ciudades que el servicio de correos. En Salvador hay clases para presos y leprosos; en São Paulo para ciegos e inmigrantes que empiezan a aprender el portugués.

Ideado por el senador Tarso Dutra, antiguo ministro de Educación, MOBRAL fue puesto en práctica por Mário Henrique Simonsen, afamado decano de universidad que lo dirigió en sus comienzos. Simonsen consideró que debía funcionar como organismo gubernamental semiautónomo (independiente del Ministerio de Educación, pero sostenido en gran parte con fondos federales procedentes de las quinielas deportivas y los impuestos a las sociedades). MOBRAL no está dirigido por educadores profesionales, sino por ingenieros y planificadores, que contratan más de 100.000 maestros, autores de libros de texto, sociólogos y publicistas. Hasta el cuarto mes del curso los maestros cobran una retribución mensual por cada alumno.

Aunque los educadores profesionales tachan de superficiales los métodos educativos de MOBRAL, la verdad es que están adaptados a las exigencias de la tarea. Lo primero que hay que hacer es vencer la vergüenza del adulto. "Ustedes no son ignorantes", empieza por decir generalmente el profesor. "Venir hasta aquí es ya señal de inteligencia. Y ahora, trabajando todos juntos, podrán mejorar su futuro y ayudar a su familia y a su país".

En vez de concentrase en el abecedario, los adultos se aprenden de memoria palabras completas relacionadas con los dibujos de sus cartillas, que se refieren a temas interesantes para las personas mayores, como las técnicas agrícolas y el cuidado de los niños. Después unen las palabras en oraciones completas. "Los adultos analfabetos pueden retener de una vez en la memoria todas las letras que forman una palabra", señala un autor de libros de texto para MOBRAL. "Como no saben escribir, tienen que memorizar siempre, y así desarrollan esta facultad".

Los gastos gubernamentales por cada estudiante sólo suman el equivalente de un dólar al mes, lo cual demuestra que los programas de alfabetización están al alcance de casi cualquier país en desarrollo. MOBRAL consiguió grandes descuentos en los libros de texto por los enormes tirajes encargados, sin precedente en la historia de la imprenta brasileña. En su sede de Río Janeiro usa computadoras para organizar los datos de resultados que le envían desde las comunidades y saber con precisión cuáles son las clases que necesitan una visita del personal de MOBRAL para investigar y solucionar sus problemas. La burocracia es mínima. Consta sólo de 700 empleados en la sede de Río y coordinadores para cada Estado. Los 50 millones de dólares a que viene a equivaler el presupuesto anual cunden más gracias al uso de locales libres de alquiler

y a la colaboración gratuita de las comisiones comunitarias que reclutan a estudiantes y maestros.

Cree el personal joven que la alfabetización es un verdadero trampolín hacia el desarrollo del país, y la situación laboral de Brasil corrobora tal opinión. Hay vacantes miles de empleos buenos, ya que son pocos los brasileños capacitados para su desempeño, puesto que incluso las tareas más simples tienen instrucciones escritas o facturas y formularios que llenar. "Y se ven páginas y páginas de anuncios donde se solicitan trabajadores especializados para los que se ofrecen salarios tres o cuatro veces más altos que los de un obrero sin calificar", afirma Lopes Corrêa.

Si consideramos el aumento de la propia estimación, los resultados son conmovedores. "Señora, yo era un borracho", confesó un granjero a una coordinadora. "Sólo llevaba hambre y miseria a mi familia. Pero las clases me han dignificado. Dejé de beber y empecé a trabajar. Antes, en la estación de autobuses, tenía que preguntar a qué hora salía el autobús, pues yo no sabía leer, y muchos ni siquiera contestaban; me tenían miedo. Ahora ya no me avergüenzo de hablar a la gente. He aprendido a comunicarme con los demás. Créame, señora, he cambiado totalmente".

Concluida la primera parte del programa, algunos están en condiciones de inscribirse en SENAI o en SENAC, organismos brasileños que ofrecen enseñanza de mecanografía, taquigrafía, soldadura, electrónica y diversas especialidades muy solicitadas. En otros se siguen clases avanzadas para terminar las enseñanzas primaria y secundaria. En una aldea de Minas Gerais, el gerente de cierta fábrica de caramelos está ahora acabando sus estudios de segunda enseñanza, y no sólo es un ciudadano estimado, sino que incluso lo han elegido concejal del ayuntamiento.

Aunque el objetivo principal de MOBRAL consiste en ayudar a las personas de 15 a 34 años (lo suficientemente joven para orientar su vida en otra dirección), admiten también gente de edad madura y aun ancianos, para que puedan igualmente integrarse en los grupos que pesan más en la vida brasileña. Dejar de ser analfabeta significó para una madre poder escribir su primera carta a un hijo médico. Un cortador de caña, suspendido cinco veces en sus exámenes de fin de curso, siguió inscribiéndose en el programa hasta que consiguió su diploma.

No es extraño que un programa de tanta envergadura como MOBRAL sea blanco de críticas por irregularidades administrativas o pedagógicas (supuestas o reales). En 1975, por ejemplo, una comisión de congresistas sacó en consecuencia que muchos alumnos no llegan a alfabetizarse. En la actualidad, el 10 por ciento de los estudiantes abandonan definitivamente las clases, y de los que quedan sólo un 50 llega a leer y a escribir. Pero

las autoridades internacionales en alfabetización sostienen que ese índice de fracasos no es extraordinariamente alto entre alumnos adultos, muchos de los cuales tienen problemas sicológicos o de salud, y otros adolecen de un bajo cociente de inteligencia.

En respuesta a los recientes cargos de que el programa se está debilitando a medida que se institucionaliza, Lopes Corrêa explica que la tarea es ahora más ardua. "Estamos alcanzando el núcleo más difícil de los analfabetos: los faltos de estímulo y los retrasados". Sin embargo, tiene nuevas ideas para hacer que MOBRAL sea aun más vital en este mundo tan cambiante. Hay un experimento en marcha de cursos para capacitación en albañilería, enladrillado y enyesado. Otro programa, contratado con la compañía Massey-Ferguson, busca enseñar a 40.000 alumnos a conducir tractores.

Otra urgente necesidad en el programa educativo —el estímulo para asistir a las escuelas primarias brasileñas, que forman ya una gran red en período de rápida expansión— está a cargo de los padres recientemente incorporados al programa MOBRAL, conscientes del valor de la educación que ellos acaban de conseguir con tanta dificultad. Estos padres, en general, saben colaborar mejor con sus hijos en edad escolar, y se aseguran de que asistan a clase y hagan luego sus deberes.

MOBRAL ha tenido impacto más allá de las fronteras brasileñas. En efecto, el programa ha dejado huella en los esfuerzos que se llevan a cabo para educar a 780 millones de analfabetos en todo el mundo. Jamaica tiene ahora una fundación parecida para combatir el analfabetismo, llamada JAMAL. Los paraguayos, los peruanos y un creciente número de africanos visitan Brasil, con frecuencia al amparo de la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), a fin de tomar ideas para sus propios programas. "No tanto para aprender a enseñar, cuanto para aprender a reunir los recursos nacionales dentro de una campaña en masa", explica el uruguayo Miguel Sola Roca, funcionario del sector educacional de la UNESCO. "Es esta la contribución más importante de Brasil".

Y, en palabras de Thomas Keehn, presidente de Educación Mundial, que trabaja con la instrucción de adultos en cuatro continentes: "Si otros países pueden dar a sus programas la misma prioridad que da Brasil al suyo, para finales de este siglo al analfabetismo puede ser algo tan raro como la poliomielitis. Sin duda, la humanidad habría dado, en ese caso, un paso gigantesco hacia adelante".

PRINCIPALES causas de la lluvia: zonas de alta presión, frentes fríos, aire húmedo y cálido, y fines de semana. —T.S.



HAY QUE componer la vida como la música: por oído, sentimiento e instinto; no por reglas. —Samuel Butler

EL QUE no tenga piedad de los demás, no encontrará ninguna para sí mismo. —Jaime Balmes

LOS BUENOS consejos valen para pasárselos a otro. A uno nunca le sirven. —Óscar Wilde

ALGUNOS tienen suerte de sobra; y son siempre las personas que nunca cuentan con ella. —B.I.

TAN PERJUDICIAL es desdeñar las reglas como ceñirse demasiado a ellas. —Juan Luis Vives

LA SINCERIDAD se parece a las especias: su exceso ofende; su escasez nos deja con ganas de más. —B.C.

SED ESPECTADORES atentos allí donde no podáis ser actores. —José Enrique Rodó

LAS CIENCIAS y las artes llevan en sí mismas la recompensa de los trabajos y vigilias que se les consagra. —Andrés Bello

NADA MEJOR que arrellanarse en un sillón con un buen libro entre manos cuando en casa hay algo que requiere reparación. —J.R.

EL GENIO de la comunicación consiste en ser perfectamente sincero sin dejar de ser perfectamente compasivo. —John Powell

ESCUCHA a otros como quieres que te escuchen a ti. Tal es la regla áurea de la amistad. —D.A.

La toma de la Bastilla: 24 horas que trasformaron al mundo

Celebrado con entusiasmo desde 1790, el 14 de julio simboliza para todos los franceses el fin del despotismo monárquico y el nacimiento de la libertad. He aquí lo que verdaderamente ocurrió aquel trascendental día

Por Jean-Marie Javron

Durante toda la noche habían llegado a Versalles relevos de mensajeros para comunicar al Rey los últimos acontecimientos de la insurrección que se gestaba y que había tenido en efervescencia a París desde fines de abril. Luis XVI se fue a la cama después de resumir en su diario los sucesos del 14 de julio de 1789 con una sola palabra: "Nada".

Así terminó el gran día que a los ojos del mundo simboliza el fin del despotismo monárquico. Celebrada con entusiasmo como emblema de la libertad desde 1790, ninguna otra fecha ha tenido mayores consecuencias en la historia de Francia.

Tal fue la clara apreciación de John Frederick Sackville, duque de Dorset y embajador de Su Majestad Británica en París, que el 16 de julio de 1789 escribió al ministro de Relaciones Exteriores inglés: "Así, milord, se ha consumado la revolución más grande que recuerde la historia".

Luis XVI fue menos perspicaz. Pasarían meses para que se diera cuenta de que la caída de la Bastilla no sólo amenazaba a su poder, sino su cabeza misma.

La Bastilla, con sus ocho anchas torres, cada una de 25 metros de altura, con su amplio y profundo foso y sus dos puentes levadizos, fue mandada construir en 1370 por Carlos V para defender el acceso a París desde la puerta de Saint-Antoine. Al crecer la ciudad, la fortaleza perdió su importancia estratégica y posteriormente fue tras-

FOTOS: S.R.D./J.P. GERMAIN. MUSÉE CARNAVALET, PARÍS



"La toma de la Bastilla", acuarela del sargento Cholat, uno de los vencedores de la fortaleza

formada en prisión del Estado. Pero el número de presos encerrados en ella durante los reinados de Luis XIV y Luis XV no pasó de 40, en promedio, e incluso esta modesta cifra bajó tanto que, el 14 de julio de 1789, sólo quedaban allí siete reclusos. Había 19 veces más guardianes que prisioneros: cuatro carceleros, siete funcionarios y 120 guardias y oficiales, todos al mando del gobernador, marqués Bernard-René de Launay.

¿Por qué, entonces, odiaba tanto el pueblo a la Bastilla? Porque era costumbre encarcelar en ella, sin otra formalidad que una *lettre de cachet,** a cualquiera que hubiese desagradado al rey o a su corte. Voltaire había pasado en ella casi un año por haber escrito unos versos licenciosos contra la duquesa de Berry (Marie-Louise Elisabeth d' Orléans), y otro escritor, Jean François Marmontel, también fue enviado a esta prisión para que se arrepintiera de sus sarcasmos contra la alta nobleza.

Había, asimismo, muchos relatos sobre los horrores que supuestamente se cometían en la Bastilla. El conde Alessandro de Cagliostro, implicado en el célebre asunto del collar de la Reina, declaró: "Si me dieran a escoger entre la ejecución inmediata y pasar seis meses en la Bastilla, no vacilaría en decir: *Llevadme al cadalso*".

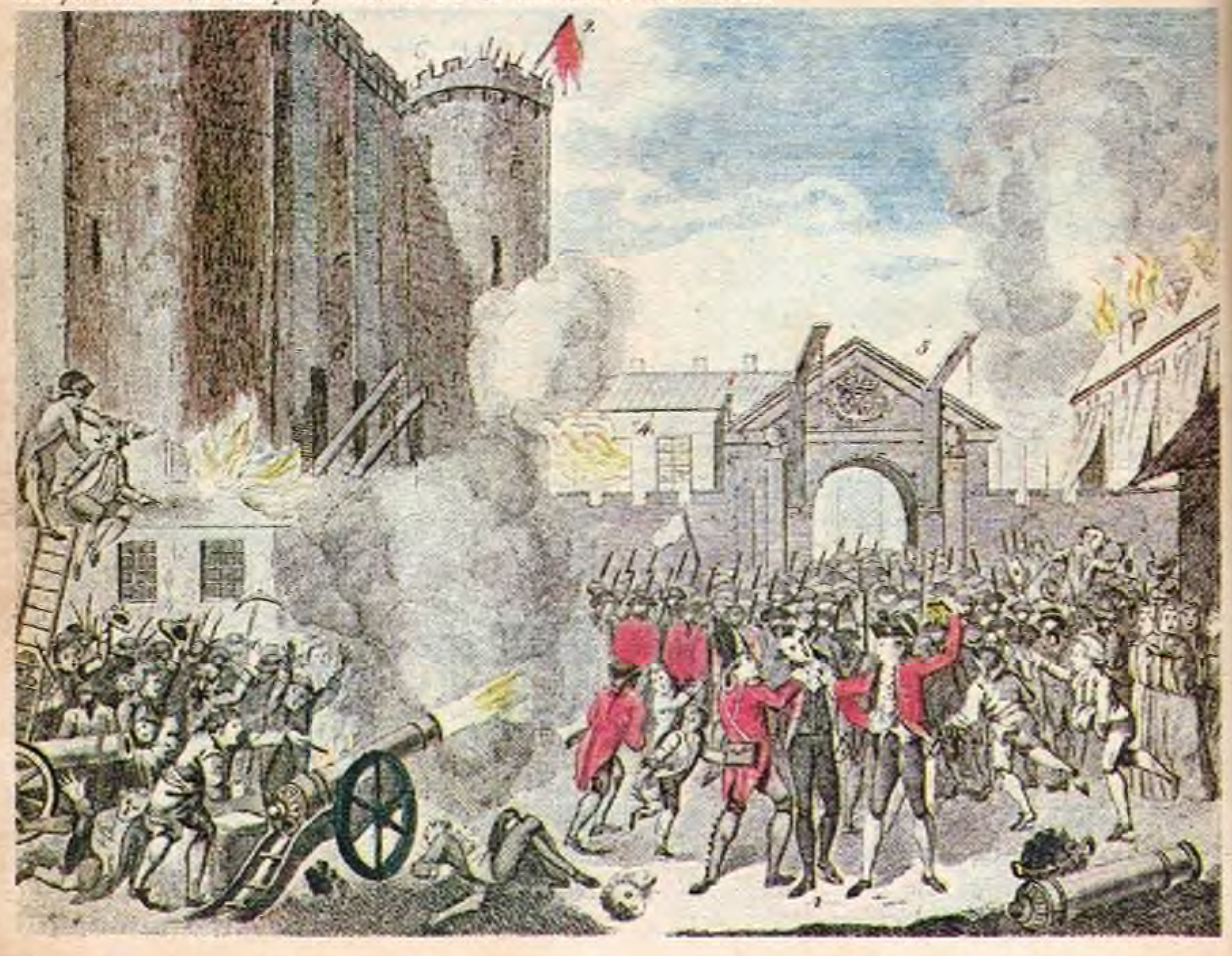
*Carta lacrada y sellada, que, firmada por el rey o por algún alto funcionario del gobierno, constituía una orden arbitraria de detención y encarcelamiento.

El 2 de julio, el marqués Donatien François Alphonse de Sade, autor de la novela *Justine* y entonces preso en la Bastilla, utilizando un tubo de hierro a manera de megáfono, había arengado al populacho del Faubourg Saint-Antoine. "¡Nos están degollando aquí!" gritaba. "¡Están asesinando a los prisioneros! ¡Venid a salvarnos!" Temiendo que se repitiera tal llamamiento al pueblo, el gobernador ordenó que trasladaran al loco marqués al manicomio de Charenton.

En realidad, tales relatos de atrocidades eran mera ficción. Nadie había sido torturado en la Bastilla desde 1720. Charles-François Dumouriez, el futuro vencedor de los prusianos en Valmy, llegó incluso a elogiar los alimentos que allí servían: "Había siempre cinco platos en la comida", escribió, "y tres en la cena, sin contar los postres".

No obstante, la Bastilla seguía siendo, y con razón, el símbolo mismo del despotismo real. La situación económica en que vivían los parisienses también explica en buena parte el furor popular que estalló el 14 de julio. El general Marie-Joseph de La Fayette calculaba que, de los 600.000 habitantes de la capital, 30.000 carecían de trabajo. Un obrero no especializado ganaba entonces de 20 a 30 *sous*

"Aprehensión de Launay", grabado inglés de Chalmere, ejecutado, según el autor, conforme a un bosquejo hecho en el momento del suceso



(moneda de cobre equivalente a la vigésima parte de la libra, o franco) al día; un maestro albañil, sólo 40. Ahora bien, en aquel período de crisis económica, la hogaza de pan de dos kilos costaba hasta 20 *sous*.

A las 9 de la noche del domingo 12 de julio el joven barón Thièbault regresaba a París de una merienda campestre celebrada en el bosque de Vincennes. Encontró la capital sumamente agitada; la muchedumbre que llenaba las calles protestaba por la destitución de Jacques Necker, ministro de Hacienda, en quien el pueblo había cifrado sus esperanzas para que mitigara su pobreza. En los jardines de las Tullerías, la caballería, que el Rey había mandado llamar, cargó contra los manifestantes y los dispersó a sablazos.

En la Bastilla, el gobernador Launay sintió que subía la fiebre popular. Ordenó que se trasfirieran 250 barriles de pólvora del Arsenal a la fortaleza y colocó 12 hombres en lo alto de las murallas. Había en las torres 15 cañones, pero resultaban inútiles a corto alcance; por ello, el gobernador hizo que izaran hasta los parapetos seis carretadas de adoquines; en caso de asedio, sus soldados podrían arrojarlos sobre los atacantes.

Llovía en París el 13 de julio, pero ni siquiera el aguacero logró aplacar los encendidos ánimos. Los parisienses, armados de horquetas, libertaron a 25 presos de la cárcel de La Force, situada cerca de la Place Royale. También saquearon varios depósitos de armas, entre ellos el Guardamuebles Real. En la rue de la Bûcherie, el escritor Restif de La Bretonne observó desfilar a las ojerosas y macilentas multitudes, que según él "Parecían decir: Hoy es el último día de los ricos y acomodados. Mañana nos tocará a nosotros: mañana dormiremos en colchón de plumón de cisne".

Al despuntar el alba del 14 los parisienses seguían en las calles. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones, soplaba un viento fuerte y la temperatura era baja para julio: 22° C. A la euforia de las fáciles victorias obtenidas los días anteriores había sucedido la zozobra; se decía que varios regimientos leales al Rey marchaban sobre París; corría el rumor de que el regimiento Real Alemán había tomado posiciones en la Barrière-du-Trône (Barrera del Trono) y de que 15.000 soldados avanzaban por la rue Saint-Antoine.

El barón Thièbault relataría después en sus memorias que, al salir de su casa por la mañana, encontró un grupo de 500 hombres al frente de los cuales iba un tambor greñudo. Un amigo suyo que acompañaba al grupo le dijo: "Vamos a los Inválidos, a apoderarnos de los cañones". Thièbault se unió a aquella tropa.

Al llegar a la Explanada de los Inválidos ya se habían agolpado allí, delante del foso, entre 8000 y 10.000 personas que pedían armas para hacer frente a la carga de los regimientos del Rey, ataque inminente, según los repetidos rumores.

Había en los Inválidos 32.000 mosquetes. Su gobernador, Sombreuil, ordenó poco antes a la guarnición que los inutilizara quitándoles los percutores, pero los soldados simpatizaban secretamente con la muchedumbre y en seis horas sólo habían desarmado 20 mosquetes.

Sombreuil abrió la reja y salió a explicar que esperaba órdenes de Versalles. La turba, aprovechando aquella inesperada brecha, entró en tropel. Los soldados de la guarnición permanecieron en su puesto pero no presentaron resistencia.

Los asaltantes se apoderaron de unos 30.000 mosquetes y los repartieron entre todos los que quisieran tomarlos. Aunque ya tenían las armas, los parisienses encontraron poca pólvora y pocas balas en los Inválidos. Como sabían que las había en la Bastilla, muchos se precipitaron hacia la vieja fortaleza.

Ya se habían agrupado alrededor de la Bastilla cientos de parisienses que empuñaban picas, horquetas y hasta cuchillos de cocina. Y aunque los cañones de Launay no servían a corto alcance, sus hombres (para entonces reforzados con 32 soldados de la Guardia Suiza) estaban armados para hacer de aquella manifestación una carnicería.

Consciente de ello, el Comité Permanente de Electores, que sesionaba en el Ayuntamiento, votó enviar una delegación a la Bastilla. Encabezados por el oficial de infantería Bellon, los emisarios obtuvieron de Launay la promesa de que "no haría fuego sobre la multitud y no la provocaría". Para probar su buena fe, el gobernador invitó a la delegación a almorzar allí mismo.

Pero en vez de calmar a la muchedumbre, aquel acto de hospitalidad por parte del gobernador aumentó sus temores. Como Bellon no regresó, el populacho creyó que lo habían hecho prisionero. Un segundo emisario fue a investigar qué ocurría. Launay propuso presentarse en persona en una de las torres, en compañía de los negociadores, para tranquilizar a los manifestantes. Mas para entonces crecía considerablemente la multitud. Se oían gritos: "¡Queremos la Bastilla!" Luego, un tendero de apellido Pannetier descubrió que era muy fácil pasar al interior de la Bastilla escalando los muros exteriores para llegar al patio del Gobierno, donde estaba el segundo puente levadizo, que daba acceso a la ciudadela propiamente dicha. Siete u ocho hombres armados de hachas hicieron de inmediato la maniobra propuesta y, una vez dentro, rompieron las cadenas que sostenían el puente levadizo exterior, el cual cayó con terrible estruendo y mató a uno de los sitiadores. Al momento se precipitaron 300 hombres por la brecha.

Pero no había nadie en el patio del Gobierno, pues toda la guarnición se había retirado al interior de la fortaleza. Algunos soldados apostados en los parapetos de las murallas y en las torres conminaron a la multitud a detenerse. Finalmente, los soldados abrieron el fuego y cayeron varios invasores.

Afuera, se levantó un grito de la muchedumbre: "¡Launay rompió su promesa de no disparar! ¡Muera Launay!" Cundió el rumor de que Launay había ordenado bajar el puente levadizo para que sus tropas tuvieran despejada la línea de fuego sobre la multitud. Este mal entendimiento costaría la cabeza al gobernador.

En eso, un tal Santerre, cervecero, propuso meter en el patio del Gobierno unas carretas llenas de paja ardiendo. Así se tendería una cortina de humo para cegar temporalmente a la guarnición.

Un poco después la turba de sitiadores se apoderó de una muchacha a la que confundió con la hija del gobernador. Fue atada abierta de piernas y brazos a una carreta de paja, y se amenazó con prenderle fuego si su padre no se rendía.

"¡Deteneos!" gritó un soldado de apellido Aubin-Bonnemère, que conocía muy bien a la guarnición de la Bastilla. "¡Esa no es la hija del gobernador!" Se trataba en realidad de *Mademoiselle* de Monsigny, cuyo padre era el comandante de los 82 veteranos de la Bastilla. Mientras la muchedumbre vacilaba, Aubin-Bonnemère corrió y llevó consigo a la muchacha.

Al mismo tiempo ocurría frente al Ayuntamiento otra escena crítica. Dos destacamentos del regimiento de guardias franceses, 62 hombres en total, que habían desertado para unirse a la insurrección, se arremolinaban en espera de órdenes. Fue el momento que escogió Pierre Hulin, de 31 años de edad, para darse a conocer. Había empezado su carrera militar como mocito de tropa; lo habían ascendido a sargento, y luego dejó las armas para abrir una lavandería en Saint-Denis. Varios años después de esta jornada histórica llegaría a ser uno de los generales de Napoleón.

El fragor de la fusilería que provenía de la Bastilla le inspiró ideas de caudillaje. "¡Amigos míos!" gritó a los 62 soldados. "¿Sois ciudadanos? ¡Sí; lo sois! Entonces, ¡marchemos sobre la Bastilla! ¡Allí están degollando al pueblo! ¡Degüellan a vuestros camaradas!" Los soldados se movilizaron y empezaron a arrastrar cuatro cañones. Cuando llegó a la fortaleza, la columna constaba de 500 individuos.

Mientras esto sucedía, llegó a la Bastilla una tercera delegación encabezada por Delavigne, presidente de la Asamblea de Electores. Pero aún combatían en el patio del Gobierno asaltantes y defensores, por lo cual estos delegados no lograron hacerse oír.

Una cuarta delegación, al frente de la cual iba el procurador Éthis de Corny, intentó a su vez llegar hasta el gobernador. Pero al reanudarse el fuego, más cerrado que nunca, el procurador se retiró corriendo.

Eran ya las 3:30 de la tarde. Launay no comprendía por qué no le habían enviado refuerzos, cuando un solo regimiento de caballería habría bastado para salvar la situación. Le repugnaba la idea de utilizar los cañones contra la multitud;

cumpliría hasta el final su promesa de no dispararlos. Y tampoco llegaron a arrojarse las carretadas de adoquines sobre los parisienses.

Pero Hulin no tenía tales escrúpulos. Cuando él y los guardias franceses rebeldes llegaron a la Bastilla, colocaron sus cañones en posición. Cada uno lanzó una andanada, mas los artilleros eran tan ineptos que las balas apenas arañaron la fortaleza. La inutilidad de estas primeras descargas convenció a Hulin de que debía acercar más sus cañones. Moverlos a distancia de tiro eficaz era operación peligrosa, pues había que arrastrarlos a mano hasta el segundo puente levadizo, precisamente bajo el fuego de la guarnición.

Al observar esta audaz proeza desde lo alto de las murallas, Launay empezó a sentir pánico, aunque las bajas de los defensores habían sido muy leves hasta entonces: un muerto y tres heridos. "Pareció perder la cabeza por completo", escribiría a su madre el teniente De Flue, comandante de la Guardia Suiza. "Sin consultar con ninguno de sus oficiales... ordenó de pronto a sus tambores tocar a rendición". Es probable que haya flaqueado su entereza tras dos noches de espera y un día de tensión agobiante.

Ya ondeaban banderas blancas cuando el gobernador escribió un mensaje: "Tenemos toneladas de pólvora. Nos volaremos y haremos volar todo el distrito si no aceptáis nuestra capitulación".

De Flue había pasado el mensaje a través de un agujero de la puerta de la ciudadela. Job-Élie, ex portaestandarte del Regimiento de la Reina y que había estado muy activo con los cañones de Hulin, leyó en voz alta el mensaje y respondió: "Por mi honor de oficial, aceptamos. No se os hará ningún daño". Momentos después bajaba con gran estrépito el segundo puente levadizo. La Bastilla había caído.

Para los insurgentes que entraron atropelladamente era increíble lo que presenciaron: 120 soldados presentaban armas, con la boca de los mosquetes apuntando hacia tierra, en formal signo de rendición. El gobernador, que llevaba puesto un levitón gris, entregó a los vencedores su bastón de estoque con empuñadura de oro. Afuera se escuchaban gritos incesantes: "¡Hemos tomado la Bastilla!" Era tal el regocijo popular que casi nadie prestaba atención a los acallados sollozos de muchas personas de la multitud: en las seis horas de lucha habían muerto 98 parisienses y otros 60 habían resultado heridos.

Hulin salió de la Bastilla para conducir a los prisioneros al Ayuntamiento. Al aparecer Launay, la muchedumbre profirió gritos de odio; pese a los esfuerzos de los captores para protegerlo, recibió un sablazo en el hombro y luego alguien le encajó una bayoneta. Cierto cocinero de apellido Desnot, que después confesó estar borracho, se precipitó sobre Launay, que había caído, y lo remató a sablazos.

Había empezado el saqueo de la

casa del gobernador. Restif de la Bretonne, que acababa de llegar al interior, se quedó consternado ante las escenas que allí presenció. Después escribiría: "Unos vándalos enloquecidos arrojaban desde lo alto de la torre documentos de inestimable valor para la historia".

Al mismo tiempo, otros invasores exploraban infatigables cada rincón de la fortaleza. Les parecía inconcebible que aquella prisión de tan funesta fama sólo guardara a siete reclusos.

Los prisioneros libertados fueron conducidos en triunfo. Al desvanecerse la alegría inicial, la muchedumbre cayó en la cuenta de que dos de ellos estaban locos.

Así, mucho más que una odiadísima prisión, lo que acababan de aplastar era el símbolo del despotismo. Por ello resultaba intolerable a los parisienses hasta la vista de aquellas siniestras torres. El 16 de julio empezaron a demoler la estructura unos hombres provistos de picos y barras de hierro, y a fines del año no quedaba en pie ni una sola piedra. Pierre-François Palloy, a quien fueron cedidos los materiales que se recuperaran, mandó tallar cientos de maquetas de la Bastilla con los bloques de piedra originales. Incluso hizo forjar docenas de supuestas llaves de la fortaleza. Al año del suceso, se otorgó el codiciado título de "Conquistador de la Bastilla" a 954 ciudadanos.

Actualmente sólo unos cuantos adoquines de diferente color señalan el sitio donde se alzaba la antigua fortaleza en lo que es ahora la Plaza de la Bastilla. Pero parte de sus cimientos pueden verse aún en la estación *Bastille* del metro.

Pocas instituciones monárquicas sobrevivieron a aquellos golpes de pico. El biógrafo de María Antonieta, Stefan Zweig, lo expresó así: "Rara vez, en toda la historia de la milenaria Francia, habían madurado las semillas tan rápidamente como en el verano de 1789; la nobleza y la Iglesia cedieron sus derechos al trabajo organizado y al diezmo. Se abolió el impuesto sobre la sal. Se proclamaron los Derechos del Hombre".

Cualesquiera que hayan sido las causas más profundas de la caída de la Bastilla, la victoria del pueblo representó, más que nada, un triunfo sobre Luis XVI. Y, de hecho, cuando este ordenó a los regimientos que tanto atemorizaban a los parisienses volver a sus cuarteles, aquella orden equivalió a legitimar la insurrección. Luis XVI fue llevado al cadalso el 21 de enero de 1793. Un año antes escribió: "Perdí mi oportunidad. Debí salir de Francia la noche del 14".

Menos de un siglo después, en 1880, la Tercera República consagró esta gran fecha histórica al declararla el Día de la Nación. Desde entonces las celebraciones han tenido tradicionalmente un doble aspecto: el regocijo, manifiesto en los bailes que hay por dondequiera, hasta en las calles, y la libertad, de la que son garantes los soldados que marchan en los desfiles. ■■■

Cartas a una máquina desconocida

Divertida contienda entre una dama agraviada y una máquina implacable

POR CONSTANCE MELARO
Condensado de la sección de Martin Levin, "The Phoenix Nest", en SATURDAY REVIEW

Agosto 17

ESTIMADA SEÑORA:

Nuestros libros arrojan un saldo a su cargo de dls. 2,98. Si ya nos ha remitido esta cantidad, le agradeceremos hacer caso omiso de esta comunicación.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Agosto 19

Muy señores míos:

No tengo saldo alguno a mi cargo. Con mi pago les mandé una carta informándoles que por *dos veces* me habían enviado una nota de cobro por la misma cantidad: una vez con mis dos nombres de pila y mi apellido de casada, y la segunda con las iniciales de aquellos y mi apellido de soltera. (La primera forma es la correcta.) Les ruego revisar sus cuentas.

Septiembre 17

Estimada señora:

Nuestros libros nos indican que hay un saldo moroso de dls. 2,98 a su cargo. Le rogamos remitirnos dls. 3,40, suma que comprende los gastos de cobranza.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Septiembre 19

Estimada Máquina:

¡No estás prestando atención! No estoy atrasada en el pago; no debo nada. Me has cargado *dos veces* la misma compra. Te suplico investigar este asunto.

Octubre 17

Estimada señora:

Nuestros libros nos indican que lleva usted tres meses en mora. Le rogamos remitir el importe de los

nuevos cargos en su contra, que suman dls. 13,46, más 4,10 (lo cual comprende gastos de cobranza). Sírvase atender a este asunto lo más pronto posible.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Octubre 19

Estimada Máquina:

¡Atender, dices! ¡Quien no atiende eres tú! Estás muy equivocada. Yo NO les debo dls. 4,10. ¿No TE PUEDE ENTRAR ESO EN LA CABEZA? Tampoco les debo ese nuevo cargo de dls. 13,46. Has cargado a mi cuenta una compra hecha por MI MADRE. ¡Te suplico corregir esto INMEDIATAMENTE!

Noviembre 17

Estimada señora:

Nuestros libros nos indican que lleva usted cuatro meses en mora con una deuda de dls. 17,56, más dls. 1,87 por gastos de cobranza.

Esperamos su remesa en un plazo de 10 días, o de lo contrario pasaremos su cuenta a auditoría para su cobro.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Noviembre 19

Estimado operador de máquinas: A CUALQUIER estimadísimo ser humano:

¿Querrá usted hacerme el favor de sacar la cabeza de la computadora por un instante, nada más que para leer estas líneas? ¡*No* les debo ese dinero! No les debo nada. ¡Lo que se dice *nada!*

Diciembre 17

Estimada señora:

¿Tiene usted alguna duda respecto a su cuenta? Nuestros libros indican que desde agosto no nos ha hecho usted pago alguno. Le rogamos llamar al teléfono DI 7-9601 y preguntar por la señorita Gilbert.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Diciembre 18.

...*Noche de paz, noche de amor*...

—Buenas tardes. Carver y Compañía espera que haya disfrutado de nuestras grabaciones navideñas. ¿En qué puedo servirle?

—Sí, sí... ¿Sabe usted?... Se trata de mi cuenta... Pero ¿debo esperar a oír alguna señal electrónica antes de comenzar a hablar?

—¿Sobre su cuenta?

—Sí. Hay un error...

—Un momento; voy a comunicarla con la sección de ajustes.

Buenas tardes y felices Pascuas. Está usted escuchando una grabación. Todas nuestras líneas están ocupadas por el momento. Si es usted tan amable de tener un poco de paciencia, uno de nuestros ajustadores le atenderá tan pronto como se desocupe la línea. Entre tanto Carver y Compañía se complace en presentar su programa de villancicos... Noche de paz, noche de amor...

Diciembre 26

Estimada Máquina:

Traté de comunicarme con ustedes el 18 de diciembre, como también el 19, 20, 21, 22, 23 y 24. Pero no obtuve otra contestación que un mensaje grabado y sus villancicos de Navidad. Por favor, te lo suplico... ¿no podrías comunicarme con algún ser humano? Con *cualquiera que sea.*

Enero 17

Estimada señora:

Nuestro departamento de crédito nos ha pasado su cuenta morosa para efectuar su cobro. ¿Tendría usted la bondad de remitirnos esa cantidad cuanto antes? Deseamos cooperar con usted por todos los medios posibles, pero su cuenta está verdaderamente atrasada. Le rogamos enviarnos su importe.

De usted atentamente,
Enrique Hooper, Auditor

Enero 19

Estimado señor Hooper:

¡ENCANTO MÍO! ¡Glorioso SER HUMANO! Me refiero a las cartas que envié a su sección de auditoría con fecha 19 de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, las cuales le aclararán a usted que no les debo absolutamente nada.

Febrero 17

Estimada señora:

Según nuestros registros en microfilme había un error en nuestra contabilidad. Su cuenta está saldada y no tiene usted cargo pendiente alguno.

Confiamos en que ya no tendrá usted ninguna otra dificultad por este motivo. Fue culpa nuestra.

De usted atentamente,
Enrique Hooper, Auditor

Febrero 19

Estimado señor Hooper:

¡Gracias, gracias! ¡Muchísimas gracias!

Marzo 17

Estimada señora:

Nuestros libros arrojan un saldo en su contra de dls. 2,98, que en agosto pasado se cargó erróneamente a una cuenta inexistente. ¿Tendría la bondad de enviarnos su cheque a fin de saldar esta partida?

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Marzo 19

Estimada Máquina:

Me doy por vencida. Aquí te mando tus dls. 2,98. ¡Y buen provecho!

Abril 17

Estimada señora:

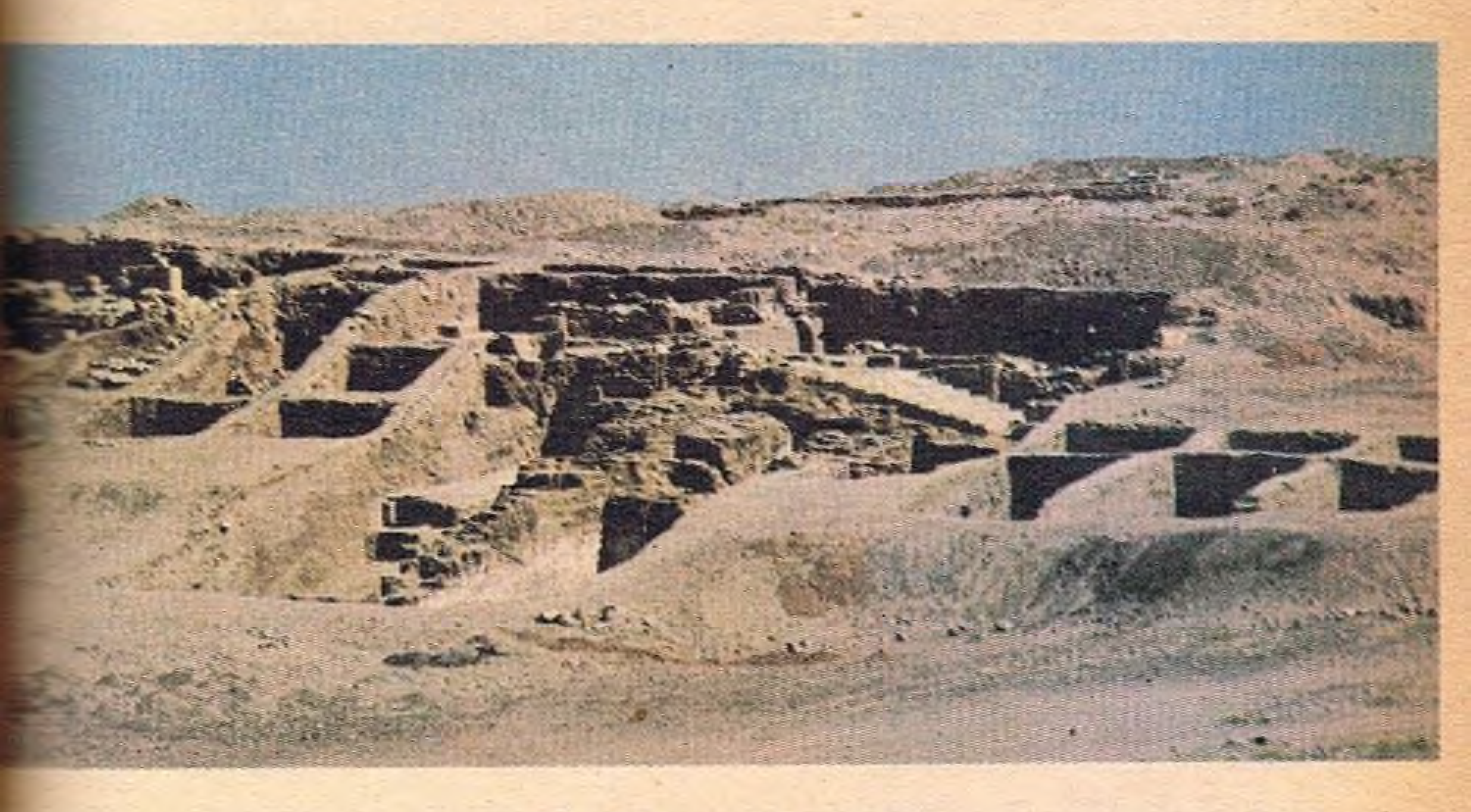
Nuestros libros muestran un saldo a su favor de dls. 2,98. Por tanto le hemos abonado esta suma en su cuenta.

LA PRESENTE ES UNA TARJETA PARA MÁQUINA DE CONTABILIDAD. SE RUEGA NO DOBLARLA NI MALTRATARLA.

Pensar es hablar el alma consigo misma. —Platón

Ebla, el reino olvidado

Se ha hecho en Siria un descubrimiento arqueológico perfectamente inesperado que nos trae tentadoras resonancias de la Biblia y una perspectiva novísima de la historia



POR EDWARD HUGHES

HACE POCO estaba sobre una colina, bajo el sol abrasador del norte de Siria, observando a unos arqueólogos mientras desenterraban los secretos de un imperio que estuvo olvidado durante milenios. Se llamó Ebla y fue una gran potencia en la antigüedad. Ahora los sabios esperan anhelantes mientras los arqueólogos italianos exhuman la urbe ladrillo por ladrillo.

¿Por qué tanta emoción? Porque se pensaba que dos esplendorosas civilizaciones, Egipto y Mesopotamia, habían dominado los primeros tiempos de la historia. Pero ahora los italianos están demos-

TELL MARDIKH. SITIO DE LA EXCAVACIÓN DEL PALACIO REAL DE EBLA. FOTO: PROFESOR PAOLO MATTHIAE.

trando que una potencia hasta hoy desconocida estuvo en pie de igualdad al lado de aquellas civilizaciones rivales. Ebla, a la cabeza de un floreciente imperio, era hacia el año 2300 a. de J. C. rica en comercio, artes y letras, con reyes conquistadores que extendieron su influencia por una vasta región. "Estos descubrimientos revelan una nueva cultura, una nueva lengua y una nueva historia", declara entusiasmado Ignace Gelb, eminente historiador del antiguo Oriente y profesor de la Universidad de Chicago. Y agrega: "¡Son sensacionales!"

Para los especialistas en estudios bíblicos hay otro motivo de entusiasmo: las excavaciones revelan que el rey más poderoso de Ebla fue Ebrum, nombre afín a Eber, como se llamaba el antepasado del pueblo hebreo según la Biblia. También se han encontrado nombres que evocan los de David, Esaú, Saúl, Abraham, Israel, Sinaí, Gaza e incluso Jerusalén. Los eruditos discutirán durante muchos años el significado de estos hallazgos.

Formas de vida en estratos. Hay que tener ojos de arqueólogo para imaginar en las laderas de un yermo los pormenores de una ciudad perdida que en otro tiempo hervía de actividad humana. Paolo Matthiae, arqueólogo y catedrático de la Universidad de Roma, tiene ya esos ojos. De pie en un montículo de 800 metros de diámetro, señala hacia una zanja de 3 metros de anchura abierta en una de sus vertientes y declara: "Allí estaba una de las puertas principales de la ciudad". Luego hace señas hacia una cuesta que sube de la puerta a lo más alto del promontorio y añade: "En toda esa ladera vivió el pueblo de Ebla. Hemos encontrado arriba los templos de sus dioses y los palacios de sus reyes".

Los italianos han hecho excavaciones en esta ladera desde 1963, cuando comisionaron a Matthiae para buscar un sitio en que la Universidad de Roma pudiese montar una expedición. Se escogió a Siria por ser la zona menos excavada del Oriente Medio. En sus llanuras existen cientos de promontorios, que en árabe se llaman *tell,* donde diversas culturas, unas tras otra, fueron construyendo ciudades de barro sobre las ruinas de asentamientos anteriores. Debajo de cada *tell* hay capas o estratos correspondientes a otras tantas civilizaciones.

Sólo se habían excavado hasta entonces unas cuantas docenas de *tell.* De 1930 a 1939 dos expediciones francesas hicieron descubrimientos espectaculares en las antiguas ciudades de Mari y Ugarit que arrojaron luz sobre la cultura siria, sobre todo del período de 1900 a 1200 a. de J. C. Pero era el tercer milenio (3000 a 2000 a. de J. C., cuando apareció la escritura en Mesopotamia y Egipto) lo que deseaba desentrañar Matthiae.

El problema era: ¿cuál de las muchas colinas habría que explorar? Le atraía el Tell Mardikh, enorme montículo de 56 hectáreas situado 55 kilómetros al sudoeste de

Alepo. Se habían encontrado una gran pila tallada y fragmentos de alfarería de suma antigüedad en su superficie. Para Matthiae, allí debajo había florecido una sociedad rica y refinada.

Al siguiente verano, en compañía de un corto equipo de ayudantes italianos, Matthiae regresó a Alepo, reclutó trabajadores con ayuda del Departamento Sirio de Antigüedades y empezó a cavar. Se exhumaron ruinas de un centro urbano que prosperó en la edad media del bronce, iniciada hacia el año 2000 antes de nuestra era: primero (a las pocas semanas de comenzar las excavaciones) una monumental puerta de la ciudad; luego, entre 1966 y 1967, parte de un palacio real; un año después, un gran templo. Pero, ¿qué ciudad era aquella?

Cierto día de 1968 los obreros sacaron de los escombros el torso roto de la estatua de un rey. En el hombro y en el pecho había escritura cuneiforme, así llamada por su forma de cuña, que es la primera conocida en la historia. Un especialista del equipo que sabía el acadio, una de las más antiguas lenguas de Mesopotamia, tradujo las 26 líneas, al parecer dedicadas a una diosa local. En la séptima línea dio con las palabras "en Ebla..."

¡Ebla! Los integrantes del equipo se quedaron suspensos. ¿Sería la misteriosa Ebla mencionada en inscripciones descubiertas en Egipto y Mesopotamia? Muchos historiadores habían sospechado que su emplazamiento podría estar en Anatolia (la moderna Turquía), pero, después de estudiar cuidadosamente la inscripción, el equipo italiano decidió que, efectivamente, habían encontrado la antigua Ebla y anunciaron su conclusión a los medios científicos. La reacción de estos fue de emoción, pero también de escepticismo, y los italianos siguieron buscando tenazmente más pruebas.

En 1973 empezaron a encontrar más ruinas en un nivel más profundo, y por tanto más antiguo. Los fragmentos de cerámica, sacados con muchísimo trabajo, separados en grupos, lavados y catalogados, demostraron que la ciudad más antigua databa de por lo menos el año 2400 a. de J. C.

Lingüista perplejo. En ese nuevo nivel los cavadores llegaron a las ruinas de un palacio de dos pisos sobre la planta baja, con un gran patio para audiencias, una escalera y varias habitaciones enlosadas. Estaba lleno de escombros y cascos de cerámica con señales de fuego. Al compararlos con la cerámica de otras ruinas del Oriente Medio, los arqueólogos determinaron que el palacio había estado en pie hasta aproximadamente el año 2250.

Entonces empezaron a encajar las piezas del rompecabezas. En las inscripciones mesopotámicas se consignaba que Ebla fue conquistada por el poderoso Estado mesopotámico de Akkad, y que había sido quemada hasta sus cimientos hacia el 2250 a. de J. C. El año coincidía con la fecha calculada para la cerámica chamuscada.

En 1974, mientras desescombraban una habitación del palacio, los italianos verificaron que se trataba de Ebla. Un trabajador alzó con la pala dos objetos circulares con 20 inscripciones diminutas cada uno; al quitarles el polvo, los excavadores descubrieron que eran tabletas de arcilla endurecida cubiertas de escritura cuneiforme.

Se encontraron en total 42 tabletas con inscripciones. Los arqueólogos no sabían leerlas, y por tanto Matthiae envió un telegrama urgente al epigrafista italiano Giovanni Pettinato, quien se apresuró a acudir a Siria. Pettinato estaba desconcertado: "¡No puedo descifrar ni una sola palabra!" confesó. En efecto, la escritura era cuneiforme común, pero las palabras no eran acadias ni sumerias, que fueron los dos lenguajes más antiguos de Mesopotamia, sino de una lengua totalmente desconocida.

En 1975 el equipo de Matthiae desenterró una habitación cercana a la entrada del palacio, y encontró un millar de tabletas esparcidas por el piso. Ya casi terminaba la temporada de excavaciones, cuando los trabajadores hicieron en otra habitación el descubrimiento de toda una vida humana: unas 14.000 tabletas con inscripciones, muchas de ellas intactas, amontonadas en el piso tal como habían caído al quemarse las estanterías donde estaban colocadas.

Entre los nuevos hallazgos había más de 100 "diccionarios" de arcilla que daban los equivalentes sumerios de unas 3000 palabras eblaítas, lo cual facilitó muchísimo descifrar la nueva lengua. Pronto se confirmó que los italianos habían descubierto el más antiguo archivo estatal del mundo: los documentos oficiales de más de un siglo del reino de Ebla.

Se descorre el velo de un imperio. La docena de tabletas que ya se han estudiado revelan que el dominio de Ebla se extendía mucho más allá de sus fronteras. Recibía tributos de lejanas ciudades-Estado del valle del Éufrates. Según Pettinato: "Durante una parte del tercer milenio Ebla fue la más grande potencia del Oriente Medio".

La ciudad estaba entregada al comercio: muchas tabletas son "conocimientos de embarque" con la lista de cargas despachadas en caravanas de burros. Los tejedores y los broncistas de Ebla eran famosos, y sus ebanistas exportaban graciosos muebles de madera, a menudo chapados en oro. Por estos valiosos artículos los clientes de Ebla acaso hayan pagado con lingotes de plata, o a veces con cebada, alimento básico de la ciudad y probablemente ingrediente principal de la cerveza que, según las tabletas, era una de las bebidas de Ebla.

En la ciudad se rendía culto a unos 500 dioses y diosas, entre ellos la ya conocida diosa Ishtar y el dios Dagan. Como en Mesopotamia, los templos desempeñaban un importante papel social y económico. Los empleados del templo comían y vestían probablemente con

los productos de sus tierras y sus rebaños; en épocas de crisis, cualquier ciudadano podía buscar refugio en un templo.

El palacio del rey era el que proporcionaba más empleos; a él llegaban en gran profusión productos de las tierras reales y de las ciudades vasallas. Había unos 11.700 empleados —la cuarta parte de la población— en la nómina de la administración pública; algunos de ellos trabajaban en los telares y mesas de corte de la industria textil, que manejaba el Estado.

Muchas tabletas de arcilla descubiertas en los archivos eran lecciones o exámenes destinados a la escuela de escribas. Los reyes podían expedir decretos y los mercaderes negociar los precios, pero eran los escribas (hombres importantísimos en la sociedad de Ebla) los que tenían que expresar estas decisiones en un lenguaje que todos entendieran. Mes tras mes, los estudiantes copiaban las líneas que el maestro escribía en eblaíta o sumerio. Muchas tabletas tienen gruesas marcas que señalan los errores cometidos por los alumnos.

En resumidas cuentas, parece que Ebla fue un lugar venturoso. La elegancia de sus artes y el vigor de su comercio hacen pensar en una atmósfera de libertad y tranquilidad. Y hay pruebas de que el rey llevaba relaciones notablemente estrechas con sus súbditos: un lado del palacio real eblaíta estaba abierto al público, y su patio parece haber sido parte de la vida ciudadana.

Paralelos bíblicos. Entre los más tentadores enigmas de Ebla están las semejanzas de algunas de sus tabletas con ciertos pasajes de la Biblia escritos más de un milenio después. Ejemplo de ello es la referencia a las dos "ciudades pecadoras" de Sodoma y Gomorra, a las que no se había encontrado alusión fuera de aquel texto. Pero están en la lista de una tableta eblaíta.

Hay otro fascinante paralelo bíblico: las tabletas indican que durante el reinado del rey Ebrum, el más enérgico monarca de Ebla, la religión eblaíta sufrió una trasformación. Los nombres de los varones habían llevado un sufijo con el que se glorificaba al dios El: por ejemplo, Mica-el, Isra-el. Con el cambio, empezaron a rendir homenaje a un dios diferente: Ya. Por ejemplo, Mica-ya e Isra-ya. Esto podría parecer insignificante si no fuera que los hebreos usaron también los dos nombres, El y Ya (Yahvé), para designar a un mismo Dios.

Ninguna de estas razones hacen concluir que Ebla sea el origen del pueblo hebreo; pero, como dice el Dr. Cyrus Gordon, profesor de estudios hebraicos en la Universidad de Nueva York, "demuestra que estamos ante el mismo fondo cultural del que surgieron los hebreos". Todo lo que se pueda decir más allá de esto es mera conjetura, pues es probable que trascurran 20 o 30 años antes de que se complete la traducción de todas las tabletas de arcilla encontradas en el palacio

real de Ebla, y que en la actualidad se guardan en el museo de Alepo.

La última noche que pasé en Tell Mardikh, mientras el firmamento era una tiara refulgente de estrellas, permanecí en pie, contemplando el enorme montículo que se delineaba ante mí y especulando en aquellos misterios del pasado. Ebla parecía revivir ante mis ojos. Imaginé un momento que veía a las multitudes agolpándose por las anchas puertas de la ciudad, y que oía la alharaca de sus voces y el traqueteo de sus burros al bajar cargados por las laderas. Y en la cima de la colina me figuré que el rey Ebrum, de ceño fruncido, se erguía en actitud hierática en su patio de audiencias, marcando el final de un día de hace 4300 años.

TRAS HABERME evadido de la oficina para hacer unas compras en el supermercado vecino, me desconcertó ver, al extremo opuesto de una hilera de anaqueles, a cierto colega mío exageradamente locuaz. Comprendí que, si me veía, pasaríamos charlando horas enteras. Así que decidí esconderme de él. Había pasado ya algún tiempo agachado, vigilándolo con mis cinco sentidos por entre las rendijas de la estantería, cuando oí una voz que me susurraba al oído: "¿Cree que no nos habrá visto aún?" Y, al girar lentamente, me topé cara a cara con nuestro director general. —F.A.V.

Interrogantes

TRATE de resolver estos desconcertantes problemas.

1. *1959*

Hace dos días tenía 10 años; el año que viene cumpliré 13. ¿Qué fecha es hoy y cuándo es mi cumpleaños?

2. Dos trenes idénticos, en el ecuador, viajan alrededor del mundo en direcciones opuestas. ¿Cuál de ellos gastará primero la superficie de sus ruedas, dando por sentado que ambos comienzan a moverse al mismo tiempo, que corren a la misma velocidad y se encuentran en vías diferentes?

Soluciones a "Interrogantes"

1. La fecha de hoy debe ser primero de enero de 1959. Mi cumpleaños fue el 31 de diciembre de 1958.
2. El tren que viaja de este a oeste, contra el movimiento de la Tierra, gastará sus ruedas más rápidamente, ya que la fuerza centrífuga es menor en este tren.

—P.M.H. Kendall y G.M. Thomas, en *Mathematical Puzzles for the Connoisseur*



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. MacHale,
*catedrático chileno,
autor de varias obras de lexicología.*

Decía Unamuno que "así como no puede llamarse verdadero padre de una persona al que se limitó a engendrarla, sino al que la crió, la educó y puso en condiciones de que pudiera valerse por sí misma, así también no puede llamarse padre de una idea o una imagen a quien la concibió primero, sino al que ha sabido colocarla en el puesto que entre las demás imágenes e ideas corresponde". La lectura frecuente, más que nada, da al hablante el dominio de las palabras e inconscientemente aumenta y perfecciona nuestra fuerza expresiva. ¿Cuántas de las voces explicadas a la vuelta forman parte del vocabulario del lector?

1) **acopio** — A: copia fiel. B: ejemplo, modelo. C: libro copiador. D: acumulación.
2) **antártico** — A: del extremo norte. B: del extremo sur. C: del este. D: del oeste.
3) **bacante** — A: borracho. B: infierno. C: sin ocupar. D: sacerdotisa de Baco.
4) **cimbrar** — A: dar fuerza. B: temblar. C: hacer vibrar. D: zarandear.
5) **desaliño** — A: desaseo. B: desaire. C: desagüe. D: desvío.
6) **engarce** — A: engaño. B: cacería de garzas. C: movimiento del cuerpo. D: enlace por medio de hilo.
7) **felonía** — A: fiereza. B: deslealtad. C: leonera. D: crimen.
8) **glosario** — A: osario. B: itinerario. C: breviario. D: vocabulario.
9) **herrumbroso** — A: humoso. B: herboso. C: mohoso. D: tiñoso.
10) **interfecto** — A: infectado. B: muerto. C: interno. D: reo.
11) **jaspe** — A: metal. B: piedra. C: veta. D: carbón.
12) **logogrifo** — A: monstruo. B: enigma. C: crespo. D: llave grande.
13) **monótono** — A: interino. B: que habla a solas. C: uniforme, igual. D: rudo.
14) **munífico** — A: honrado. B: generoso. C: rico. D: bondadoso.
15) **petate** — A: pelele. B: azafate. C: esterilla. D: petaca.
16) **quemarropa (a)** — A: desde muy cerca. B: de improviso. C: a la chiticallando. D: a toda prisa.
17) **reacio** — A: recatado. B: receloso. C: renuente. D: remilgado.
18) **sílfide** — A: odalisca. B: hada. C: ninfa. D: hurí.
19) **tozudamente** — A: con malicia. B: con obstinación. C: con anhelo. D: con aversión.
20) **ya** — A: desde. B: ahora. C: sino. D: hasta.

Respuestas a

"ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **acopio** — D: acumulación, recopilación. "Tiene (el jíbaro) *acopio* de cantares". (Manuel Fernández Juncos)
2) **antártico** — B: del extremo sur. "Chile, fértil provincia y señalada / en la región *antártica* famosa". (Ercilla)
3) **bacante** — D: sacerdotisa de Baco. "...su leve tirso la *bacante* agita". (Menéndez Pelayo)
4) **cimbrar** — C: hacer vibrar una cosa flexible. También *cimbrear*. "...y el talle esbelto *cimbran* las palmeras". (Zorrilla de San Martín)
5) **desaliño** — A: desaseo, descompostura. "No hay nada más desaliñado que el *desaliño* consciente". (Jacinto Benavente)
6) **engarce** — D: enlace por medio de hilo. "...unidos en collares por invisible *engarce*". (Guillermo Valencia)
7) **felonía** — B: deslealtad, traición. "Rompe el león soberbio la cadena / con que atarle osó la *felonía*". (Andrés Bello)
8) **glosario** — D: vocabulario, catálogo de voces raras y especiales. "...no estaban (esas palabras) en los clásicos *glosarios* de peruanismos". (P. B. Murrieta)
9) **herrumbroso** — C: mohoso. "...agitaba la pesada y *herrumbrosa* llave que llevaba en la mano". (María Enriqueta Camarillo)
10) **interfecto** — B: persona que ha muerto violentamente. "... (manifestaciones producidas por) el alcoholismo inveterado de la *interfecta*". (Pío Baroja)
11) **jaspe** — B: piedra silícea, de colores variados. "Regio castillo de pulido *jaspe*". (Julián del Casal)
12) **logogrifo** — B: enigma en que se combinan las letras de una palabra, y cuyo significado se propone a veces con alguna oscuridad. Figuradamente: "La casa de *logogrifo* / del legislador Rengifo". (José Joaquín de Mora)
13) **monótono** — C: uniforme, igual. "Gota de agua *monótona* que cae / ¡y cae sin cesar!" (Bécquer)
14) **munífico** — B: muy generoso. "... alcanzó (la Colonia) su más alto nivel con José Félix Restrepo, varón probo y *munífico*..." (R. Picón Lares)
15) **petate** — C: esterilla de palma (del azteca *petatl*, estera). "Tu rifle está debajo del *petate*, dijo ella en voz baja". (Mariano Azuela)
16) **quemarropa (a)** — A y B. Tratándose de un disparo, desde muy cerca. "Le pegó un tiro *a quemarropa*". También *a quema ropa*. Figuradamente, de improviso, sin preparación ni rodeos. "... cuando se pregunta *a quemarropa* qué es ciencia". (Ortega y Gasset)
17) **reacio** — C: renuente, terco. "Hay personas particularmente *reacias* a aprender..." (T. Navarro Tomás)
18) **sílfide** — C: ninfa. "Cual la muda sombra errante de una *sílfide* / de una *sílfide* seguida / por su amante". (Guillermo Valencia)
19) **tozudamente** — B: con obstinación. "... *tozudamente* había llegado a montar su pequeña fábrica". (Mariano Latorre)
20) **ya** — B: ora, ahora. En este sentido es conjunción distributiva. "Los insignes monumentos / *ya* modernos y *ya* antiguos, / que hacen el suelo de Italia / en altos recuerdos rico". (Duque de Rivas)

Calificación

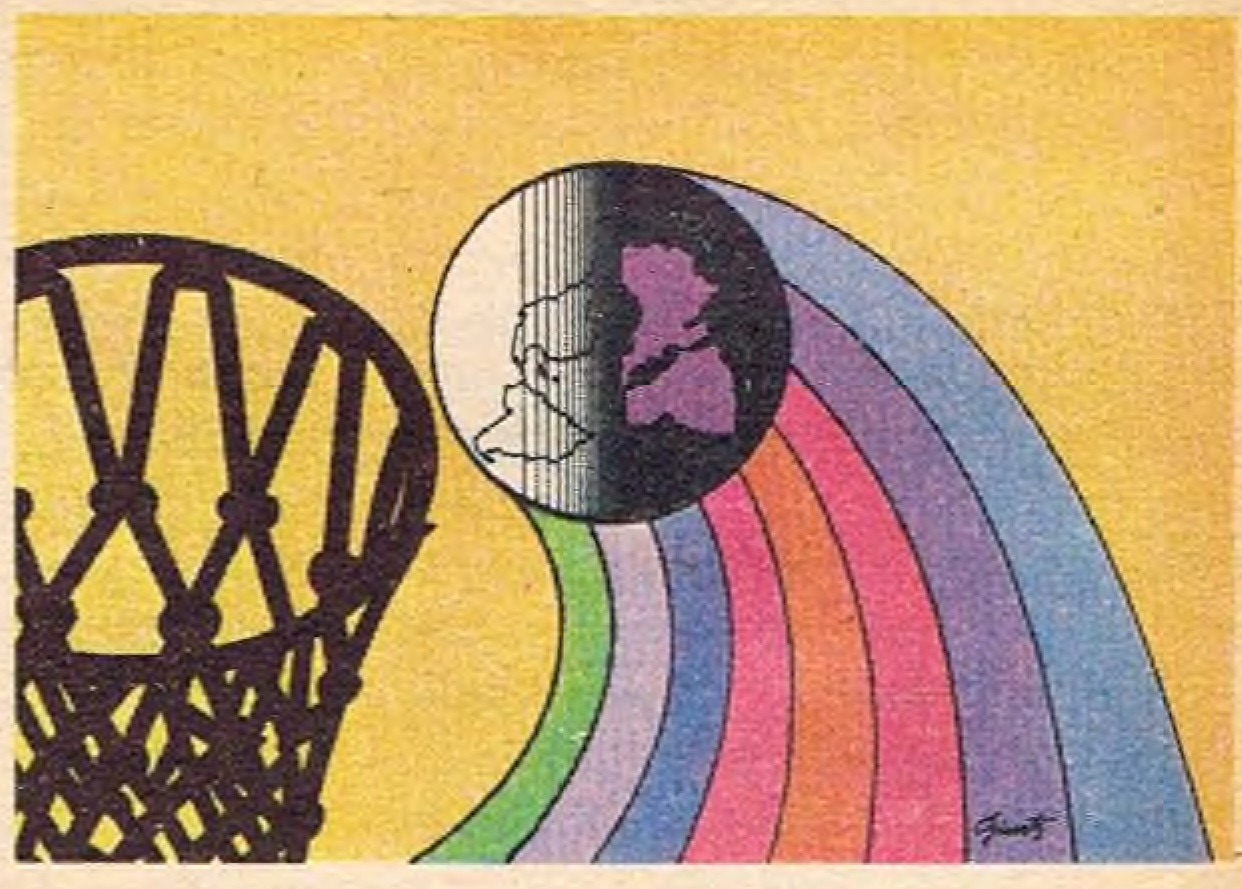
20 respuestas acertadas .. sobresaliente

15 a 19 acertadas .... notable

12 a 14 acertadas .... bueno

9 a 11 acertadas .... regular

Por Earl y
Miriam Selby



Locos por el baloncesto

El juego que empezó con una bola y una cesta para recoger duraznos ha cautivado el interés de jugadores y espectadores en todo el mundo

Sólo en Europa lo juegan 40 millones de personas. En 145 países de todos los continentes, recibe el apoyo de federaciones nacionales. Se practica a la sombra de las pirámides egipcias, en campos de tierra sobre el paso Khyber, que va de Pakistán a Afganistán, en las plazas de toros de aldeas andinas, en las selvas africanas y en las granjas colectivas de Israel. En realidad, casi no hay rincón del mundo donde el baloncesto, el deporte internacional del decenio, no haya cautivado a la gente.

En Suecia ocupa el tercer lugar en popularidad; en Francia el número de jugadores casi se ha duplicado en los últimos diez años; en Alemania Occidental, cada año se suman 6000 participantes. La población yugoslava de Zadar, de unos 50.000 habitantes, tiene un estadio con capacidad para 6500 espectadores; Brasil cuenta con 20 locales para más de 20.000 personas y proyecta construir otros 52.

Avivado por una intensa rivalidad entre varias naciones del Extremo Oriente, el baloncesto se ha trasformado en uno de los pasatiempos favoritos de esa región. En Adelaida (Australia), "la ciudad de las iglesias", hay 2000 equipos, la mitad de ellos patrocinados por organismos religiosos. En Taipeh, la

capital de Formosa, unos aficionados secuestraron recientemente a varios jugadores y los retuvieron como rehenes hasta que les permitieron presenciar un juego para el que se habían agotado las localidades. Cierta noche, al pasar en automóvil por una diminuta aldea al sur de Manila (Filipinas), Don Odle, entrenador de baloncesto de la Universidad de Taylor, en Upland (Indiana), se sorprendió ante el barullo que procedía de un cementerio. Dos hileras de débiles luces eléctricas iluminaban cada extremo de un pequeño espacio pavimentado, mientras que unas 2000 personas, apiñadas entre las tumbas, presenciaban un juego de baloncesto en el único lugar llano de la comarca.

Y en los Estados Unidos, donde nació este deporte, más de un millón de jóvenes intervienen en competiciones oficiales en las escuelas de segunda enseñanza, y varios otros millones lo practican en escuelas preparatorias y canchas públicas. El baloncesto universitario atrae a cerca de 30 millones de espectadores al año. A fin de satisfacerlos, durante el último decenio se han construido 41 centros deportivos especiales —más que en los primeros 70 años de vida del juego en cuestión—, cada uno con capacidad para 10.000 personas.

¿Cómo se explica tan buena acogida? "El juego se impone cuando la gente se da cuenta de lo rápido y emocionante que es", apunta Leandro de la Cruz, entrenador del Club Deportivo Astros de Montecarlo, de la República Dominicana. Aunque se practica en equipo y exige una complicada combinación de ritmo, intuición y cooperación, es al mismo tiempo lo suficientemente flexible para permitir a un jugador lucirse en un duelo contra un oponente. Además, es muy visible: con cinco jugadores por bando no se oculta nunca la acción; también ayuda el tamaño del balón, el más grande de los empleados en cualquier deporte por equipos. Cualquiera percibe y aprecia claramente el momento culminante, cuando el balón entra en la canasta.

Resulta, por añadidura, un juego barato: sólo se necesita un balón y un aro sujeto a un árbol o a un poste. Nada de equipo o uniformes costosos; algunos muchachos lo juegan descalzos. Y la cancha (por reglamento de 28,5 por 15 m) es pequeña y se puede ensanchar o reducir en los juegos no oficiales.

El baloncesto nació en 1891, cuando James Naismith, instructor de una escuela de trabajadores de la YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes) en Springfield (Massachusetts), recibió órdenes de idear algún ejercicio recreativo para los alumnos, a quienes aburría la gimnasia. Concibió entonces un juego que consistía en hacer entrar una pelota en una canasta, desprovista del fondo, de las empleadas para recoger duraznos. Los colegios de educación superior y la YMCA lo adoptaron pronto.

Los graduados de la escuela de la YMCA (ahora Colegio Superior de Springfield) exportaron el juego al ir al extranjero como trabajadores de la Asociación. Etiopía, con su fuerte programa de YMCA, fue campo fértil en África. El Ejército estadounidense lo llevó a Filipinas, después de la guerra contra España. Como el deporte ya había echado raíces en 50 países, lo aceptaron en la Olimpiada de 1936.

Casi se ahogó en su presentación olímpica. Sin contar con canchas bajo techo, los autores de los reglamentos internacionales decretaron que las competiciones se efectuaran cualquiera que fuera el estado del tiempo. Llegaron las lluvias y se enlodó el Reichssportfeld Tennisplätze de Berlín, donde se llevaban a cabo los partidos, al aire libre. No obstante, 2000 espectadores presenciaron la victoria de Estados Unidos sobre Canadá y la entrega de la primera medalla de oro olímpica jamás ganada en baloncesto. Desde entonces se juega bajo techo.

Durante los años de la guerra fría, la URSS se empeñó en superar a los Estados Unidos. Pete Newell, entrenador en 1960 del equipo olímpico norteamericano, cuenta que en la mañana siguiente a la victoria estadounidense sobre los rusos, en Roma, los entrenadores soviéticos pidieron hablar con él:

—¿Cómo podemos mejorar nuestro juego?

—Jueguen con más libertad.

Los rusos se pusieron tensos, creyendo que Newell hablaba de política. Después de 30 minutos logró convencerlos de que se refería a su estilo mecánico e inflexible.

Al parecer, siguieron su consejo. Introdujeron más vitalidad e imaginación en su juego y acabaron por derrotar a los norteamericanos en Munich, en 1972, con lo que se llevaron la medalla de oro. Sin embargo, cuatro años después, en Montreal, Estados Unidos recuperó el campeonato olímpico varonil.

Ni tarda ni perezosa cuando se trata de aprovechar el deporte para la obtención de ventajas políticas, la URSS se ha valido del baloncesto para establecer cabezas de playa diplomáticas en países del Tercer Mundo (donde por lo menos la mitad de la población no ha llegado a los 20 años). En 1975 asignaron 7000 entrenadores y técnicos para enseñar el baloncesto y otros deportes en los países en desarrollo.

Si bien el presupuesto del gobierno norteamericano para tales intercambios no pasa de 250.000 dólares anuales, en años recientes se ha notado cierta tendencia por parte de escuelas y colegios de enseñanza superior a enviar por su cuenta equipos al extranjero. Entre 1975 y 1976, hicieron giras por el exterior 76 equipos.

De 2000 a 3000 norteamericanos juegan también en clubes de Europa Occidental, que compiten por las cinco copas emblemáticas de otros tantos campeonatos. El Dr. R. William Jones, secretario general emérito de la Federación Internacional de Baloncesto de Aficionados,

afirma que los estadounidenses han fijado "nuevas normas de excelencia" en Europa. Son sumamente rápidos, ágiles y de mayor estatura que los más de los europeos. En consecuencia, han electrizado el deporte en Europa, al darle el carácter de un espectáculo emocionante y agradable a las multitudes.

Tan sensacional como la difusión mundial del baloncesto ha sido el aumento de su popularidad entre las mujeres. Billie Moore, la dinámica entrenadora del equipo olímpico norteamericano de baloncesto femenil de 1976, señala que se sintió "casi abrumada" al ver a 18.000 espectadores presenciar en Moscú los Juegos Universitarios Mundiales de Baloncesto. En 1977 se efectuaron en Sofía (Bulgaria) . . . y se agotaron las localidades.

Al examinar el panorama de tal deporte con la experiencia que da el haberlo enseñado en 40 países durante 42 años, Jack Gardner, antiguo entrenador de la Universidad de Utah, declara: "En la actualidad tenemos campeonatos nacionales y continentales. Como los reactores vienen reduciendo las distancias en el mundo, el próximo paso que ha de dar el baloncesto es evidente: ligas organizadas, que jueguen por nada menos que el campeonato mundial".

¡Cuán enojados nos sentimos con los seres queridos que no están a la altura de las ilusiones que nos forjamos acerca de ellos! —R.J.N.

Vivir con la muerte es también vivir con la vida. El desechar todo pensamiento de morir es comenzar a perder el sabor, el gusto y la calidad de vivir. Los antiguos (como los egipcios, con el esqueleto que asistía a sus fiestas) lo entendían muy bien. Shakespeare también lo comprendió. Pero hoy son muchas, demasiadas las personas que se niegan a entenderlo. Ahuyentan el pensamiento de la muerte hasta las profundidades del subconsciente, en cuyas oscuras tinieblas ella prolifera y se multiplica, turbando nuestros sueños y los momentos desprevenidos del consciente. Allí comienza a ocurrir una pérdida de la energía vital que la existencia reclama. —J.B.P.

A la hija de unos amigos nuestros, que anda por los 10 años, le pidieron en la escuela redactar una composición sobre "Lo que quiero ser de grande". Ella escribió: "Quisiera tener dos hijos y casarme con un hombre muy guapo".

Al devolverle el ejercicio, se encontró con una anotación de la profesora: "Procura que los acontecimientos vayan en su debido orden". —H.G.

Hay buenas noticias para los antitabaquistas: las mismas empresas fabricantes están apagando sus cigarrillos para satisfacer la demanda de un producto menos peligroso y esclavizante

Nuevo aspecto de la lucha contra el tabaquismo

Por Walter Ross

El mundo de los fumadores se está convirtiendo en cenizas. En todos los países desarrollados los que fuman son ya una minoría menguante. Casi a diario, en nombre de una mayoría de no fumadores, entran en vigor nuevos reglamentos que refuerzan su derecho de respirar aire puro en los lugares públicos. El hábito de fumar está a punto de convertirse en una práctica reservada únicamente, en privado, a adultos que consientan libremente en ella.

Lo que en el pasado se juzgaba a lo sumo como un hábito censurable, merece hoy la condena unánime de las autoridades médicas. El Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos ha manifestado que el tabaquismo es "la causa principal de enfermedades y muertes evitables". El Real Colegio de Médicos de Gran Bretaña opina: "Se trata de una causa tan importante de muertes como las grandes epidemias del pasado". Y la Organización Mundial de la Salud agrega: "Combatir el hábito sería más eficaz para mejorar la salud y prolongar la vida en los países desarrollados, que cualquier otra medida de la medicina preventiva".

Ahora todas las grandes empresas tabacaleras de los Estados Unidos excluyen la palabra "tabaco" de su razón social. Todas esas compañías incrementan sus inversiones en otros campos que nada tienen que ver con el hábito de fumar.

"Nos estamos preparando para eliminar gradualmente el tabaco de nuestros planes", me informó un alto funcionario de la industria tabacalera. "No será el año próximo, pero sí dentro de unos 20".

Aceptación decreciente. El porcentaje de fumadores adultos en los Estados Unidos ha venido disminuyendo a un ritmo acelerado. En 1965 fumaba el 52 por ciento de los hombres y el 32 de las mujeres. Pero en 1975 las cifras fueron de 39 y 29. El número de fumadores disminuyó en conjunto del 42 al 34 por ciento en los adultos. De haber continuado la tendencia que prevalecía a principios del decenio de 1950 a 1959, habría hoy en el país 75 millones de fumadores; en realidad, no hay más que 54.

La disminución que más ha afectado a los fabricantes de cigarrillos es la registrada en hombres entre los 21 y los 24 años, ya que es un importante grupo de consumidores y el que más cuenta para la proyección de ventas futuras. En el trascurso de 11 años el porcentaje de fumadores entre estos jóvenes disminuyó de 67 a 41.

Pero hay otros datos igualmente ominosos para la industria del tabaco. Poco más o menos el 95 por ciento de los fumadores en el mencionado país desearían poder dejar el hábito. Muchos lo han intentado en vano. Sin embargo, la situación va cambiando. En una encuesta hecha en 1964 se comprobó que sólo el 45 por ciento de los fumadores que intentaron librarse del cigarrillo lo lograron durante un mes. Pero en 1970 esa proporción había aumentado ya al 65 por ciento, y en 1975 entre 80 y 85 de cada ciento dejaron de fumar durante 30 días cuando menos.

Este impresionante aumento de la deshabituación no significa que los fumadores tengan ahora más fuerza de voluntad, sino que resulta más fácil dejar de fumar los cigarrillos que hoy se consumen.

La nicotina es el ingrediente que crea el hábito en el fumador. En conjunto, en los últimos 20 años el contenido de nicotina ha disminuido en los cigarrillos norteamericanos más de un 50 por ciento. También se ha reducido en casi dos tercios la cantidad de alquitrán, producto que da al cigarrillo parte de su sabor y que contiene ingredientes cancerígenos. Así, al deshabituarse casi inconscientemente de las crecidas dosis de nicotina que los convertía en esclavos del cigarrillo, los fumadores, cada vez en mayor número, han podido apartarse del vicio.

Menor daño. Un estudio reciente, que abarcó a más de un millón de hombres y mujeres durante un período de doce años, reveló que era menor la mortalidad entre los fumadores de marcas de cigarrillos con bajo contenido de alquitrán y nicotina. Por tanto, cabía esperar que, al disminuir el alquitrán y la nicotina en todas las marcas, mejoraría mucho la salud pública. Y en efecto, los hechos parecen confirmar tal suposición. Tenemos así, por ejemplo, que la mortalidad por cáncer pulmonar en individuos del sexo masculino entre los 30 y 39 años de edad se ha reducido en años recientes tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña. Es-

to puede atribuirse en parte a que hay menos fumadores de esa edad y también a que hoy los cigarrillos son menos dañinos.

Menos riesgos. La situación empezó a cambiar contra los cigarrillos en 1954, cuando la Sociedad Norteamericana de Lucha contra el Cáncer dio a conocer al público un memorable estudio que abarcaba a 188.000 hombres. Allí se demostró que la mortalidad de los fumadores es casi doble comparada con la del resto de la población, y que los adictos al tabaco mueren principalmente de cáncer pulmonar y padecimientos del corazón y el sistema circulatorio. Las ventas de cigarrillos, que habían aumentado durante 30 años sin interrupción, empezaron súbitamente a declinar.

Fue entonces cuando las tabacaleras introdujeron en gran escala marcas de cigarrillos con filtro. Pero los industriales del tabaco se cuidaron bien de revelar la cantidad de alquitrán y nicotina que quedaba atrapada en los filtros. En 1957 el READER'S DIGEST contrató los servicios de un laboratorio independiente y responsable para que analizara las cantidades de alquitrán y nicotina que entraban en las vías respiratorias a pesar del filtro. Esos informes, que marcaron un nuevo rumbo, demostraron que en algunos casos se estaba dando al fumador un cigarrillo engañosamente largo y con filtro, pero con menos tabaco y más alquitrán y nicotina que los ordinarios sin filtro.

En 1967 un grupo de especialistas demostró ante el Comité de Comercio del Senado de los Estados Unidos que los filtros permitían el paso de grandes cantidades de alquitrán y nicotina. El gobierno ordenó que se analizaran todas las marcas, y en la actualidad se dan a conocer regularmente al público las cifras correspondientes a las dos sustancias.

El Instituto Nacional de Cancerología integró ese mismo año un grupo especial de trabajo con el encargo de desarrollar cigarrillos menos peligrosos para la salud. El grupo, en el que figuran científicos al servicio de las compañías cigarreras y de la Secretaría de Agricultura, ha producido nuevos tipos de tabaco con muy bajo contenido de alquitrán y nicotina. También ha obtenido cigarrillos con menos "gases" tóxicos invisibles, en especial monóxido de carbono, óxidos nitrosos y cianuro de hidrógeno, compuestos que predisponen a los ataques cardiacos, la bronquitis crónica y el enfisema.

Estos nuevos cigarrillos son muy diferentes en su composición química de los que se fumaban antes: el alquitrán varía de 1 a 9 mg por cigarrillo y la nicotina no pasa de 1 mg. (Hace 20 años el contenido de alquitrán llegaba a 43 mg y el de nicotina a 3.) Su producción de gases es también considerablemente menor.

Factor de riesgo. La persona que cambia a las nuevas marcas de menor toxicidad reduce los riesgos inherentes a este vicio, pero hay que

advertir que no los elimina.* Además, el solo hecho de cambiar de marca no libra al fumador del peligro acumulado en su organismo por los miles de cigarrillos que inhaló con mucho alquitrán. Para eso hay que dejar de fumar por completo durante diez años por lo menos. Entonces, siempre y cuando no se hayan producido daños irreversibles en los tejidos, el riesgo de enfermarse del ex fumador será poco más o menos igual al de una persona que nunca ha fumado.

Como se ha dicho, la ventaja de cambiar a marcas de bajo contenido de alquitrán está en que resulta más fácil deshabituarse. Sin embargo, hay que proceder con cuidado. Cada fumador se acostumbra a cierta dosis de nicotina y a determinado sabor de tabaco. Si el cambio a una marca de menor contenido nicotínico se hace con excesiva precipitación, puede resultar contraproducente. En los fumadores que intentan cambiar bruscamente a un tabaco de baja toxicidad se observa a menudo la tendencia de inhalar más profundamente y con mayor frecuencia, lo cual puede traer como resultado un enorme aumento de la cantidad de tóxicos que llegan al pulmón, o bien que el fumador consuma más cigarrillos. En ambos casos el resultado es el mismo.

En opinión de Gio Batta Gori, director del Programa de Tabaquismo y Salud del Instituto Nacional de Cancerología, de los Estados Unidos, la mejor manera de cambiar a una marca de tabaco menos dañina es recurrir a un "autoengaño paulatino". Se aconseja escoger una marca que contenga diez por ciento menos nicotina que la consumida habitualmente y fumarla hasta que el sujeto se acostumbre al tabaco por completo; sólo entonces se intentará un nuevo cambio que resulte en una reducción de diez por ciento.

"La guerra contra el tabaquismo está ganada. Sólo falta limpiar de tropas enemigas el campo de batalla", afirma Daniel Horn, del Centro Norteamericano Distribuidor de Información sobre Tabaquismo y Salud. Reconoce, sin embargo, que para tales operaciones de limpieza se necesitarán quizá varios decenios. Pero ya no se duda de la victoria en la batalla contra el vicio de fumar. Y como acto de justicia en un drama, quizá podamos decir que son precisamente los industriales del tabaco los que están apagando la colilla del último cigarrillo al satisfacer la demanda pública de algo menos dañino y menos esclavizante para fumar.

*"Divulgar que pueden fabricarse cigarrillos menos dañinos para la salud quizá dificulte la tarea de persuadir al fumador a que deje su hábito", opina el Real Colegio de Médicos de Gran Bretaña en su último informe, titulado *Tabaquismo o salud,* "pero hay que correr el riesgo. Si se redujera a la mitad (como es posible) el peligro de los cigarrillos, se combatirían los daños del tabaquismo en igual medida que si se triunfara en la formidable labor de convencer de que dejen su hábito a la mitad de los fumadores".



El perro que viajaba en cochecito

El animal y un viejo cochecito para niños constituían toda la fortuna de aquel hombre... y al parecer perdería al primero

POR JAMES HERRIOT

ENCONTRARSE en la ciudad con un hombre que empuja un cochecito para niños no tiene nada de inusitado, supongo; pero ver tal espectáculo en el solitario camino que atraviesa un brezal sí llama la atención, sobre todo si ocupa el cochecito un perrazo.

Tal fue el cuadro que vi cierta mañana en las colinas de Darrowby.

Al darle yo alcance en el automóvil, el hombre se volvió, sonrió y me saludó levantando la mano. Su sonrisa, de dulzura singular, se dibujaba en un rostro de marcado tinte broncíneo que me pareció de unos 40 años, y que remataba un cuello también muy moreno, sin corbata. Llevaba una descolorida camisa de rayas desabotonada a pesar del frío. Bajé el cristal de la ventanilla y comenté:

—¡Qué frío hace!, ¿eh?

Él se mostró asombrado.

—Sí —repuso al cabo de un momento—. Supongo que sí.

Volví la mirada hacia el cochecito, viejo y herrumbroso, y hacia el enorme animal que iba sentado en él con la cabeza erguida. Era un perro cruzado de galgo que me devolvió la mirada con digno talante.

—Bonito animal —observé.

—Sí; se llama Jake —el hombre sonrió de nuevo y añadió—: Es estupendo.

Moví la mano en señal de despedida y reanudé la marcha. Por el espejo retrovisor estuve viendo la compacta forma que andaba con paso enérgico, la cabeza enhiesta, derechos los hombros; y, erguida como una estatua en medio del cochecito, la gran forma mosqueada de Jake.

JAMES HERRIOT es veterinario en Yorkshire (Inglaterra) desde hace más de 30 años. Su libro *All Creatures Great and Small* ("Todas las criaturas, grandes y pequeñas") se convirtió en un inesperado éxito de librería en 1972. Escribió después otras dos obras, continuación de la primera, que han alcanzado igual acogida.

No tuve que esperar mucho tiempo para toparme una vez más con la extraña pareja. Examinaba yo la dentadura de un caballo de tiro en el patio de una granja, cuando descubrí en la ladera de la colina, detrás del establo, la figura de un hombre arrodillado junto a la pared de piedra. Y a su lado un cochecito para niños y un perro grande que, sentado sobre el césped, aguardaba pacientemente.

—¿Quién es? —pregunté, señalando hacia la colina.

El granjero rió y me dijo:

—Es Roddy Travers. ¿Lo conoce usted?

—No; ¿de dónde es?

—De Yorkshire, pero no sé exactamente de qué pueblo. Aunque sí puedo asegurarle algo: es hombre muy útil para todos los trabajos manuales.

—¡Ah! —asentí mientras observaba la destreza con que Travers colocaba las losas, ocupado en reparar un hueco en la pared— Pocos saben hacer bien eso.

—Cierto. Reparar paredes exige destreza, y ya casi no hay quien lo haga, pero Roddy es muy hábil en eso. La verdad, lo es para todo: plantar setos, abrir zanjas, cuidar del ganado ... Todo lo hace bien.

—Y, ¿cuánto tiempo estará por aquí?

—¡Bah! Se marchará en cuanto acabe de reparar esa pared. Jamás se detiene mucho tiempo en un mismo sitio.

—Pero, ¿no tiene hogar?

El granjero volvió a reír.

—Roddy no tiene nada. Todo lo que posee en el mundo está en ese cochecito.

Aquel verano me encontré con Roddy a menudo, a veces en un camino, en ocasiones blandiendo activamente una azada en las zanjas abiertas por los sembradíos. Jake estaba siempre a su lado, cabeceando junto a él o viéndolo trabajar. Y una noche de principios de octubre, a eso de las 8, tintineó la campanilla de mi puerta. Acudí a abrir y hallé a Roddy en los escalones de la entrada. Detrás de él, visible apenas en la helada oscuridad, divisé el inevitable cochecito.

—Quisiera que viera usted a mi perro, señor Herriot —me pidió el visitante—. Ha tenido una especie de... desmayos.

—¿Desmayos, dice usted? Me parece algo muy raro en Jake. ¿En dónde está?

—En el coche, bajo la capota.

—Bueno —abrí la puerta de par en par—. Tráigalo aquí.

Roddy manipuló diestramente el oxidado vehículo escalones arriba y, entre el crujir y chirriar que producía, lo empujó por el pasillo hasta el consultorio. Allí, bajo las brillantes luces, descapotó el cochecito y me dejó ver a Jake echado dentro.

El animal tenía apoyada la cabeza en la andrajosa gabardina de Roddy y estaba tendido entre los bienes terrenales de su dueño: un lío, atado con cordel, compuesto de una camisa y un par de calcetines de repuesto, un paquetito de té, un termo, cuchillo y cuchara, una mochila.

Me miró el perrazo con ojos aterrorizados; se estremecía de pies a cabeza. Le apliqué al pecho el estetoscopio y agucé el oído, pero sólo percibí los agitados latidos de un animal asustado. No observé nada anormal, ni el termómetro denunció fiebre.

—Ayúdeme a subirlo sobre la mesa, Roddy.

Al levantarlo para tenderlo en la mesa forrada, sentimos que el enorme can estaba desmadejado entre nuestros brazos, pero al cabo de un momento paseó la asustadiza mirada en torno suyo y luego se sentó con un movimiento pausado y cauteloso. Mientras lo observábamos, Jake alargó la cabeza, lamió la cara a su amo y movió la cola entre las patas.

—¡Mire usted eso! —exclamó Roddy— ¡Ya está bien de nuevo! Nadie creería que estuvo enfermo.

Y Jake, en efecto, recobraba rápidamente la confianza en sí mismo. Miró al suelo dos o tres veces, vacilando, y luego saltó de repente, llegó hasta su dueño y le puso en el pecho las patas delanteras.

Yo miraba al perro, que, erguido, movía la cola vigorosamente.

—Bueno, me alegro mucho. Hace poco no me gustaba su aspecto, pero cualquier cosa que haya sido, parece que ya pasó. Voy a...

Pero tuve que interrumpir mi optimista discurso. Jake se había vuelto a dejar caer al suelo sobre las patas delanteras y abría el hocico

desmesuradamente, luchando para respirar. Dio unas boqueadas, vomitó y atravesó la habitación a trompicones, chocó contra las ruedas del cochecito y se desplomó sobre un costado.

—¿Qué le pasó ahora? —exclamé— ¡Pronto! ¡Vamos a subirlo de nuevo a la mesa!

Cogí al animal por la parte media y entre su amo y yo lo alzamos de nuevo.

Desconcertado, me puse a observar la voluminosa forma que yacía inmóvil. Jake había dejado de esforzarse en respirar; en realidad, ya no respiraba; estaba inconsciente. Le metí el dedo bajo el muslo, para tomarle el pulso; todavía se sentía, aunque acelerado y débil, pero el animal no respiraba.

Podría morir en cualquier momento, y yo permanecía inmóvil, impotente; todos mis estudios y mi experiencia resultaban inútiles. Por fin, en un arrebato de mi frustración interior, le di un golpe en las costillas con la palma de la mano.

Como si reaccionara, Jake comenzó en el acto a inspirar profundamente haciendo un silbido, levantó apenas los párpados, volvió en sí y empezó a mirar alrededor. Pero aún estaba mortalmente amedrentado y permaneció tendido mientras yo le acariciaba la cabeza.

Siguió un largo rato de silencio durante el cual el terror del animal fue cediendo poco a poco. Al fin se incorporó sobre la mesa y nos miró plácidamente.

—Mire usted —murmuró Roddy—. Lo mismo que antes. No me lo explico, y creía saber algo de perros.

No contesté. Tampoco me explicaba aquello, y se suponía que yo era cirujano veterinario. Al cabo de un rato dije por fin:

—Roddy, no fue un ataque lo que tuvo Jake. Se estaba asfixiando. Algo le impedía respirar —saqué del bolsillo mi linterna—. Voy a verle la garganta.

Le separé las mandíbulas, con un dedo le bajé la lengua y le dirigí el haz de luz a lo más profundo de la garganta. Era un perro de buena índole y no opuso resistencia mientras lo exploraba, pero por más que yo le veía la faringe a la luz de la linterna, no lograba encontrar nada anormal.

Estaba levantándole un poco más la cabeza cuando sentí que se ponía rígido y oí un grito de Roddy: "¡Ya le repite eso!"

Y así era. Con horror vi que el rayado cuerpo del animal se me escapaba y que otra vez caía postrado en la mesa. Y también entonces abrió el hocico al máximo y arrojó espuma. Trascurrían los segundos, y yo lo golpeaba en el pecho, aunque esta vez en vano. Le abrí el párpado inferior para verle el ojo, que mantenía fijo: la conjuntiva aparecía azul. Ya no le quedaba a Jake mucho tiempo de vida, y eso iba a ser una tragedia para su amo; estaba yo seguro. No era un perro como otro cualquiera: era la familia toda de aquel hombre... y se moría ante mis ojos.

En eso percibí un sonido apagado: una tos que apenas movió los labios del can. "¡Maldita sea!" grité. "¡Se está asfixiando! Debe de tener algo atascado aquí".

Cogí de nuevo la cabeza del animal y le introduje la luz de la linterna por el hocico; nunca dejaré de dar gracias al cielo de que en ese mismo instante volviera a toser, porque así se le abrieron los cartílagos de la laringe y pude descubrir la causa de todo el mal. Allí, más allá de la epiglotis abatida, vislumbré en un fugaz momento un objeto redondo y liso no mayor de medio centímetro.

—Me parece que es un guijarro —exclamé con voz ahogada—. Se le ha metido en la laringe y le obstruye la tráquea de vez en cuando como una válvula—. Sacudí la cabeza del animal y agregué—: Mire, la he desalojado por el momento. Ya se recobra.

En efecto, el can se recuperaba y ya empezaba a respirar con regularidad.

Roddy acarició la cabeza de su perro y bajó la mano por el lomo y los potentes músculos de las patas traseras.

—Pero... esto se repetirá, ¿no?

—Temo que sí.

—Y en una de esas la piedra no se moverá y acabará con Jake...

El amo de Jake se había puesto muy pálido.

—Roddy, tendré que sacarle esa piedra.

—Pero, ¿cómo?

—Le haré una incisión en la laringe, y ahora mismo... Es la única manera...

—Muy bien —tragó saliva con esfuerzo—. Probemos, entonces. No creo poder soportar que a Jake le vuelva eso...

Tomé unas tijeras, corté el pelaje de la región anterior del cuello, a la altura de la laringe, y luego la empapé con un anestésico local antes de limpiarla con antiséptico.

—Sosténgale bien la cabeza —ordené a Roddy con voz ronca a la vez que tomé un escalpelo.

Corté a través de piel y capas de músculo hasta descubrir la superficie de la laringe. Nunca había practicado esta operación en un perro vivo, pero sólo tardé unos segundos más en cortar la delgada membrana y mirar al interior.

Allí estaba. En efecto, era un guijarro gris, lustroso y diminuto, pero lo bastante grande para provocar la muerte.

Llevé sobre la herida unas pinzas anchas. Estoy seguro de que a ningún gran cirujano le temblarán así las manos, y que no jadeará como yo lo hacía. Sin embargo, apreté los dientes, introduje las pinzas y mi mano cobró firmeza como por arte de magia al coger con ellas la piedrecita.

Al mismo tiempo dejé de jadear. Es más, ni siquiera respiré al sacar por la abertura, lenta y delicadamente, el reluciente guijarro y al dejarlo caer sobre la mesa.

—¿Eso es todo? —preguntó Roddy casi en un susurro.

—Sí. Ya pasó todo.

La tarea de coser la herida no me ocupó sino unos cuantos minutos y, al terminar, Jake estaba ya muy alerta, con los ojos chispeantes, agitando impaciente las patas delanteras y pronto a todo. Parecía comprender que sus penas habían terminado.

Roddy lo llevó nuevamente a mi consultorio a los diez días para que le quitara los puntos de sutura. Fue justamente la mañana en que se marcharía del condado de Darrowby; en cuanto quité de la herida limpiamente cicatrizada los pocos nudos de seda, lo acompañé hasta la puerta mientras Jake saltaba de gusto a nuestros pies. Afuera, en la acera, aguardaba el viejo cochecito con toda su grande y herrumbrosa dignidad. Roddy bajó la capota. "¡Arriba muchacho!" ordenó; y el vigoroso animal saltó sin esfuerzo a ocupar su sitio acostumbrado.

—¡Hasta la vista, Roddy! Supongo que regresará usted por estas tierras.

Se volvió a mirarme, y otra vez pude ver su maravillosa sonrisa.

—Sí; creo que volveré.

Empujó el cochecito, y Roddy y Jake partieron acompañados por el chirriar del curioso vehículo, en el que el perro se mecía blandamente al avanzar calle abajo. Me asaltó el recuerdo de lo que vi bajo la capota, la noche de la operación: la mochila (que sin duda contenía la maquinilla de afeitar de Roddy, una toalla, una pastilla de jabón y otros varios bártulos, como el saquito de té y el termo), y algo más: la arrugada fotografía de una joven que escapó de un sobre en la agitación del momento. Esto añadía un poco más de misterio al personaje, aunque también explicaba ciertas cosas.

El granjero estaba en lo cierto. Todos los bienes materiales de Roddy iban con él en su cochecito. Y al parecer no deseaba más, pues, al doblar la esquina y desaparecer de mi vista, oí que iba silbando.



Los CIENTÍFICOS suecos han inventado un método para determinar si los alimentos congelados están aún frescos. En el exterior del paquete hay un indicador, del tamaño de un sello de correos, que contiene enzimas. Este se vuelve color violeta si el contenido se ha echado a perder. —*Stern*, de Alemania

Charlas y parlas

DOÑA HIENA a su consorte: "¡Por Dios, Juan! ¿Es que no puedes tomar nada en serio?" (W.D.) . . . Mamá Coneja a su hija: "A tu edad yo ya me había casado y tenía 138 chiquitines". (N.K.) . . . Un canguro hembra a una amiga: "¡Qué horribles son estos días de lluvia! Los niños no pueden salir a jugar". (L.H.)



GAJES DEL OFICIO

DURANTE su primera semana como conductor de autobús urbano, mi cuñado se equivocó al tomar una curva de su ruta rápida, que iba de los suburbios al centro de la ciudad. Consternado al verse de pronto en el parque principal atravesando entre sus grandes árboles y sus macizos en flor, resolvió seguir adelante como si tal. Por suerte llegó a la estación terminal apenas con unos minutos de retraso.

El primer pasajero en apearse, que era una dama de edad, se detuvo a la puerta y le dijo: "Joven, el viaje fue magnífico. Llevo muchos años tomando este autobús y jamás me habían obsequiado con un paseo turístico por el parque". —K.G.P.

LLEVÓ un señor una paloma mensajera a cierto veterinario amigo mío. El ave tenía una infección en un ojo. Mi amigo dijo al dueño que el tratamiento tardaría un día y que pasara a recoger la paloma después.

"Temo que no será posible, pues mañana saldré de viaje", repuso el otro. "Pero le pago ahora la consulta y, cuando haya curado a la paloma, déjela salir volando por la ventana". —B.L.

HACE ALGÚN tiempo tomé un empleo por horas como cronista de asuntos locales para un diario de una ciudad vecina. Cierta noche, después de una reunión del ayuntamiento en que se discutieron proyectos de desarrollo urbano, me acerqué al ex alcalde del lugar, que había participado en el debate como simple observador. Como yo era un ignorante en cuanto a los asuntos que se habían discutido, esperaba obtener informes de aquel perito para mi periódico, y por tanto lo acosé a preguntas.

—No se preocupe usted por eso —me contestó—.

Uno de estos días aparecerán todos los detalles en los periódicos. —A.G.

Un cliente de nuestra empresa de contadores públicos llevó durante años sus recibos, facturas y documentos de impuestos enrollados y embutidos en un frasco grande. En todo ese tiempo el jefe le había estado insinuando que si archivaba de alguna manera sus papeles, nos aliviaría a todos la carga de ordenarlos.

Este año llegó con una flamante caja metálica de archivo bajo el brazo. Nuestra alegría duró poco, sin embargo. Al abrir la caja hallamos el frasco tradicional, atestado hasta el tope de papeles. —H.L.D.

Después de llevar cuatro días atendiendo a los pasajeros que volaban de Nueva York a Florida, dos azafatas mostraban señales de fatiga. Un viajero entusiasta les pidió:

—Sonrían, por favor.

A pesar del cansancio, una de ellas respondió amablemente:

—Sonría usted.

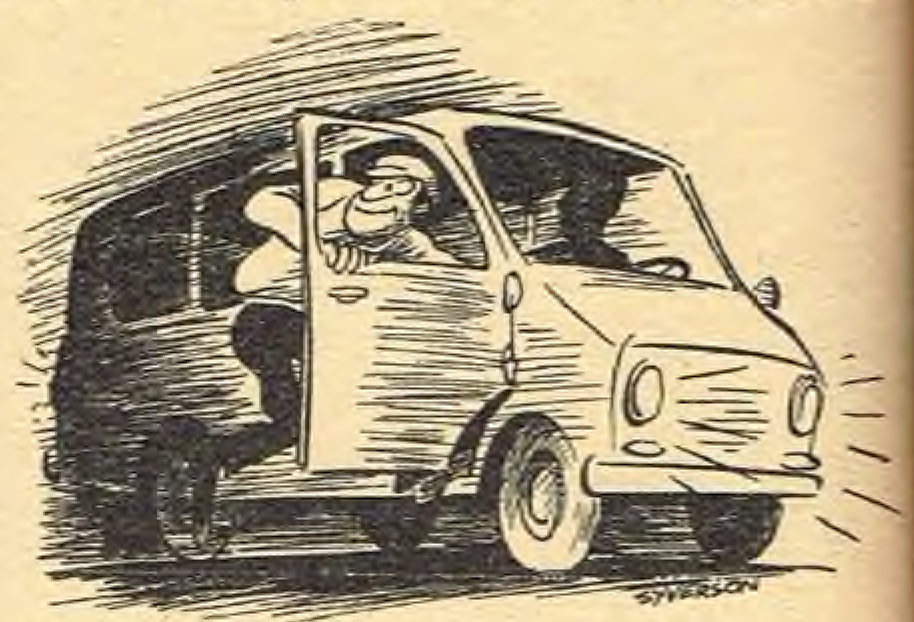
Y el pasajero obedeció, pero su expresión cambió de pronto cuando la joven añadió:

—Ahora, quédese así durante doce horas. —H.A.S.

Trabajo en una comisaría de policía. Una noche atrapamos a un ladrón en el momento de colarse en un almacén. Nos confesó que su cómplice lo aguardaba en los alrededores con una camioneta; pero, aunque hallamos el auto, a él no lo vimos por ninguna parte, así que le encargamos a un agente novato que llevara el vehículo a encerrar, mientras nosotros regresábamos a la comisaría.

A los 15 minutos se presentó el novel policía con una sonrisa de oreja a oreja y con un prisionero esposado: el pillo que faltaba.

—Al detenerme en un cruce de caminos —refirió—, un individuo saltó de entre los arbustos, abrió la portezuela del lado derecho y de un brinco se puso a mi lado. Sin fijarse siquiera en mí, gritó:



"¡Arranca y vámonos a todo escape!" Como la camioneta no se movía, se volvió a mirarme, y gimió desconsolado: "¡Oh, no! ¡Un polizonte!" Trató de escapar, pero ya le había calado las esposas. —G.F.T.

En varias ocasiones, mientras un colega recién casado y yo tomábamos el almuerzo que cada quien había traído de su casa, advertí que todos sus emparedados tenían una esquina mordida, y supuse que le había dado hambre antes del almuerzo. Pero me equivocaba. "Es así", me confesó, "como mi mujer me recuerda que me quiere". —J.H.


La musica mas bella del mundo
al alcance de sus oídos gracias a
Selecciones del Reader's Digest
El Mundo Maravilloso de la Música
Sólo $27.900 la mitad de su valor

De la Mafia a la Supermafia

Con la abierta ayuda del "alto mundo" (abogados, banqueros, hombres de negocios, políticos), la delincuencia organizada no solamente se ha constituido en una de las industrias de más vigoroso crecimiento en los Estados Unidos, sino que también ha logrado una falsa apariencia de legitimidad. La vida actual de Carlos Marcello, patriarca del hampa, es buen ejemplo

POR LESTER VELIE

EL TRIBUTO que los norteamericanos pagan a la Mafia es tan inexorable como la muerte y los impuestos.

En sus diversiones, lo pagan muy probablemente cada vez que visitan el bar de su vecindad, donde el tocadiscos operado con monedas, la cerveza, el licor y los bocadillos es de esperar que procedan de monopolios abastecedores controlados por pandilleros. Y en los clubes nocturnos la cuenta es mayor porque muchos de sus propietarios entregan el diez por ciento de sus ingresos brutos a un *gangster* que les ordena a quiénes deben comprar las provisiones y las pólizas de seguro.

Si de vestimenta se trata, también pagan tributo en casi todas las tiendas de ropa. Los centros de confección de las ciudades de Nueva York, Miami y Los Ángeles están en las garras de pandilleros que exprimen con intereses usurarios a los fabricantes modestos sin crédito en los bancos, o les imponen tarifas monopolísticas de distribución en sus camiones para entrega de ropa.

Hasta el pan de cada día es una fuente de ingresos para los pandilleros. Muchos supermercados norteamericanos —especialmente los de zonas metropolitanas— deben contratar la recogida de basura con las compañías del hampa, so pena de acumulación de residuos en las calles.

En cuanto al trabajo diario, los

afiliados a algún sindicato de obreros, o de empleados de hoteles, restaurantes o bares, o de estibadores o camioneros, pueden verse obligados en alguna sección sindical a trabajar por menos de lo que fija el contrato de su gremio, porque un *gansgter* ha hecho un "arreglo especial" con el patrono. O podría darse el caso de que un trabajador jamás reciba la pensión que esperaba, porque sustraen los fondos de jubilación ciertos dirigentes gremiales dirigidos por el hampa.

Por lo que atañe a impuestos, los norteamericanos soportan una carga mayor de la que debieran. Tan sólo en un reciente período de cuatro años, el Servicio de Rentas Internas sancionó a pandilleros con más de 250 millones de dólares en impuestos y multas, señal de que hay miles de millones de impuestos evadidos por el hampa.

Gran aparato delictivo. Es evidente que las manos de la Mafia están en los bolsillos de todos los norteamericanos. A pesar de los años de esfuerzos hechos por el gobierno federal para someter al hampa (entre otros, el gasto de 800 millones de dólares tan sólo para sufragar a las Fuerzas Federales de Acción contra el Crimen Organizado), las depredaciones y la influencia de la Mafia se siguen propagando por toda la estructura social del país.

Es más, el enemigo tiene un rostro nuevo. La Mafia ya no es aquel Estado pequeño y extraño dentro del Estado (sus 21 "familias" no suman más de 5000 personas) que hacía presa del resto de la sociedad. Ahora hay entre ese "resto" muchos individuos de la clase decente que colaboran con la Mafia y contribuyen así a proteger, perpetuar y ensanchar sus actividades de piratería. Entre ellos figuran abogados que legalizan tratos en representación de organismos presentados falsamente como honorables; contadores que ocultan al fisco los ingresos de la Mafia; dirigentes sindicales que se valen del poder de esta para conquistar y mantener su predominio de líderes; hombres de negocios que ayudan a los *gangsters* en su manejo de grandes mercados negros; banqueros que abren créditos a los personajes del hampa.

Con la aglutinación de toda esa gente el hampa ha dejado de ser tal y es ahora lo que puede calificarse de Supermafia, un gran aparato delictivo, formado por centenares de miles de personas, que genera y protege la delincuencia.

A mediados de 1977, en el curso de una investigación nacional de la delincuencia organizada, tuve dos conversaciones con el patriarca mafioso Carlos Marcello, de Nueva Orleáns, que me proporcionaron un panorama condensado de los caminos que sigue una figura de la Mafia, con la ayuda del "alto mundo", para trasformar una vida de delincuencia en una de riqueza, poder político y privilegios especiales.

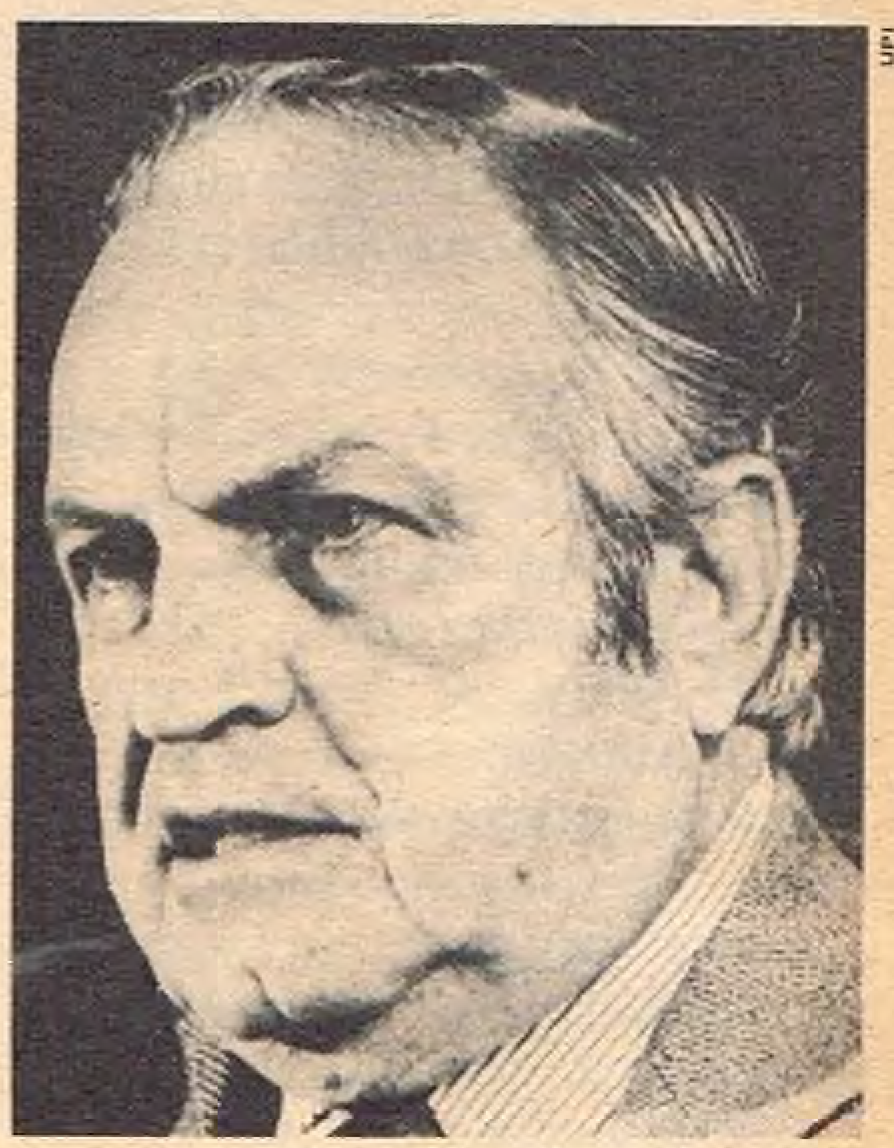
El abuelo. La revista *Life* catalogó en una ocasión a Marcello como "Hampón Rey de Luisiana". Sin embargo, el jefe pandillero es, a los

68 años de edad, la imagen misma del abuelo bondadoso. Por cierto, casi lo primero que me dijo, señalando una fotografía colocada en la pared de su oficina, fue: "Estos son mis nietos. Nada menos que diez". En ese momento me resultaba difícil pensar que aquel personaje regordete y bajito, con su acento rural, tuviera un historial despiadado y un presente secreto.

Difícil, pero no imposible. A los 19 años Marcello ya cumplía una sentencia de 9 a 14 de cárcel por asalto y robo (posteriormente lo indultaron con la ayuda política del poder legislativo de Luisiana). Apenas había pasado los 25 cuando era ya cabecilla de barrio de la Mafia y socio de "negocios" del jefe neoyorquino Frank Costello. A los 28 volvió a la cárcel, esa vez por la venta al mayoreo de marihuana. A los 56, era "hombre de respeto" en la Mafia, con voz y voto para decidir cuestiones nacionales con los jefes de otras familias del hampa.

Pero todo aquello ha quedado en el pasado, según me aseguró Marcello antes de agregar: "No he tenido negocios ilícitos desde hace 35 años". Afirmó que lo hostiga injustamente la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) y lo difaman "los jóvenes reporteros que publican en el diario lo que van recogiendo por la calle".

La nueva imagen del Marcello inocente y hostigado logró en Nueva Orleáns una curiosa aceptación. Cuando lo declararon culpable de asalto contra un agente de la FBI en 1968, las autoridades recibieron 48 cartas con peticiones de clemencia. Entre ellas figuraban las de varios abogados, un ex alguacil, un banquero, un director de seguros, un funcionario de tribunales juveniles y un sacerdote.



Carlos Marcello

Pero es evidente que el público desconoce muchos aspectos de Marcello. Es un hombre que oculta una gran fortuna; una de las mayores fortunas del Estado, según se calcula. Tiene vínculos con la Mafia y está asociado con personajes de mala reputación, actualmente investigados por estafa, fraude y otros delitos. También influye mucho, en secreto, en la política de Luisiana.

—¿Cómo se define usted? —le pregunté—. ¿A qué se dedica?

—Soy inversionista. Negocio con bienes raíces, apartamentos, tierras.

La dimensión de sus bienes, esto es, la magnitud de su fortuna, está simbolizada en un gran mapa que cubre la pared a espaldas de su escritorio y reproduce un terreno de 3000 hectáreas que Marcello espera trasformar algún día en una activa población. Poco antes de mi visita le habían ofrecido por la propiedad 55 millones de dólares.

Esa es sólo una migaja de su fortuna. El *Wall Street Journal* informó en 1970, por ejemplo, que la familia de Marcello dominaba la industria turística de Nueva Orleáns (moteles, autocares de turismo, clubes nocturnos, restaurantes, etcétera), que entonces movía 180 millones de dólares al año. El artículo citaba un informe de crédito de 1961 donde se estimaba que Marcello era "el sostén financiero de, por lo menos, el 50 por ciento de los moteles en las zonas de Nueva Orleáns y el distrito de Jefferson".

Manos que ayudan. ¿Cómo consiguió pasar de ladronzuelo a jerarca poderoso? Ocurre que algunas personas muy respetables lo ayudaron a lo largo del camino.

¿Políticos? El hombre que gestionó mi entrevista con Marcello (un cabildero de Washington muy hábil para conectarse con las fuentes del poder) me contó: "Cuando necesito algo para un cliente en Luisiana, acudo al señor Marcello. Y nunca nos falla".

Algunos meses antes de comenzar las campañas para las elecciones primarias de 1977, Marcello fue invitado de honor en un banquete privado en Nueva Orleáns. Un testigo facilitó después la lista de participantes. Incluía a un concejal que era candidato a la alcaldía, un tasador municipal de impuestos, el aspirante favorito a la gobernación de Luisiana, un juez municipal, un importante personaje del hipódromo y un dirigente sindical. "A usted le llaman el *hombrecito*", declaró un distinguido político a Marcello durante el almuerzo, "pero yo deseo sentarme a su lado, porque es usted el hombre grande". El almuerzo duró desde mediodía hasta las 4 de la tarde. ¿Por qué estuvo allí Marcello? Según él, porque lo había invitado el dueño del restaurante y no quiso parecer huraño.

¿Abogados? "¡He tenido 60!" exclamó con desdén Marcello en respuesta a una pregunta.

Por cierto que tres de ellos formaban un círculo protector en torno a su escritorio cuando llegué para mi segunda entrevista con él. A uno debía Marcello la vida... por lo menos la vida en los Estados Unidos. Durante 25 años el Servicio de Inmigración y Naturalización había tratado de deportarlo como extranjero indeseable (esfuerzo que, según dijeron, costó un millón de dólares). Pero Marcello, que también tenía dinero para gastar, contrató los servicios de Jack Wasserman, graduado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard, ex miembro de la Junta de Apelaciones de Inmigración y autor de gran parte de la actual ley.

Los abogados del Servicio de In-

migración no podían rivalizar con Wasserman. Las actuaciones contra Marcello quedaron sepultadas en un maremágnum de alegatos, suspensiones de sentencias y apelaciones, dos de estas últimas ante la Suprema Corte de los Estados Unidos. La más reciente "sentencia ejecutiva de deportación" fue expedida contra Marcello en 1976, pero un tribunal federal todavía consideraba casi dos años después la apelación interpuesta por Wasserman.

El segundo abogado era Philip Smith, hombre delgado de unos 50 años, que se ocupa en escriturar operaciones de compraventa de tierras y otros quehaceres parecidos. "Yo pagué los estudios de derecho de Smith", me dijo Marcello, "y desde entonces trabaja conmigo".

David Levy, individuo taciturno que usaba gafas oscuras, era el tercer abogado. Convicto algunos meses antes del delito de complicidad en el robo de datos de una compañía de prospección petrolera, estaba en libertad bajo fianza y tenía una apelación pendiente. También era figura principal con un socio de Marcello (el embaucador convicto Saul Siegel) en una compañía de trasporte de carga que, por cierto, arrastró a Marcello ante un gran jurado federal de instrucción.

¿Banqueros? "Oh, sí; es amigo mío", contestó uno de los más importantes banqueros de Luisiana a la Comisión de Valores Bursátiles. "Soy su amigo, y me agradaría que nuestro banco operara más préstamos con clientes como él".

Quien tal declaró era Louis Roussel, multimillonario presidente del National American Bank de Nueva Orleáns. Más adelante, para restar importancia a sus relaciones mutuas, Roussel hizo notar que Marcello trataba también con otros banqueros: "Tiene negocios por lo menos con otros seis bancos".

¿Dirigentes sindicales? El presidente de la asociación de policías de Nueva Orleáns, Vincent Bruno, está emparentado con Marcello (cuya esposa crió a la madre de Bruno). Según los representantes de tres agencias judiciales, Bruno confesó recientemente: "Cuando necesito abrir alguna puerta, llamo a Marcello. Cuando necesito un contacto para la asociación, voy a verlo y se encarga del asunto. Él me ayuda a mí y yo lo ayudo a él".

Hechos que se repiten. ¿Es el de Marcello un caso excepcional? Sólo por su habilidad para dominar su nave con menos violencias. Porque las visitas a otros baluartes del hampa demuestran que la Supermafia de Nueva Orleáns repite por doquiera la misma norma de conducta: el alto mundo ayuda al bajo. Esta norma ciertamente ha convertido a la delincuencia organizada en una de las industrias de más vigoroso crecimiento en los Estados Unidos.

Por ejemplo: El día en que llegué a Chicago, en julio de 1977, habían cometido cinco asesinatos al estilo de los *gangsters* en las 24 horas precedentes. Con ellas se elevaba a 39 el número de víctimas del ham-

pa esparcidas alrededor de Chicago en cuatro años. La matanza era por el control de una nueva y próspera industria: el robo de automóviles de lujo para desarmarlos y vender sus piezas, que los talleres de reparación legítimos y los vendedores de automóviles nuevos aceptan gustosos a precios inferiores a los de fábrica.

Ítem más: Cuando recorrí por primera vez el distrito de los fabricantes de ropa de Nueva York en busca de datos para un artículo del READER'S DIGEST en 1955, pude comprobar que varias familias de la Mafia se atrincheraban, principalmente, en el reparto de ropa en camiones. Pero ahora han ido más allá del negocio de distribución y han trasformado el centro del vestido en una base para "lavar el dinero", es decir, canalizar el mal habido hacia actividades legales, al vender telas robadas y lucrar prestando con interés del 220 por ciento anual a manufactureros en dificultades. La Mafia amplía también sus inversiones en la industria misma del vestido.

¿Como lo logran? Para William Aronwald, ex jefe de la Fuerza de Acción contra el Crimen Organizado en Nueva York, la razón es que "muchos hombres de negocios legítimos, en vez de cooperar con el gobierno, colaboran y fraternizan con los pandilleros". Tras una investigación de cinco meses, el diario *Women's Wear Daily* concluyó recientemente: "Algunos de los principales bancos de Nueva York no tienen al parecer reparos en tratar con firmas controladas por el hampa, y hay tiendas importantes que no ven inconveniente en comprarles su mercancía. Ciertos confeccionistas se reúnen a menudo con hampones y discuten amistosamente con ellos los resultados de las carreras de caballos del día o las últimas entregas de vestidos".

Ítem más: En Nueva Jersey, donde la vieja familia de Vito Genovese domina las actividades del hampa, la Mafia ha descubierto que, para robar un banco, es más eficaz la pluma que la pistola. El procedimiento es este: Un *gangster* con influencia en algún sindicato hace trato con un banco para depositar los fondos sindicales de previsión social en esa institución, siempre que el banquero acepte otorgar préstamos a determinados solicitantes. (Uno de esos prestatarios resultó ser un presunto personaje de la Mafia que obtuvo 2500 dólares prestados el mismo día que huyó de una prisión.) En años recientes los préstamos a individuos designados por la Mafia han obligado a cerrar sus puertas a cuatro bancos de Nueva Jersey.

Ítem más: En Florida, "territorio abierto" para todo individuo de la Mafia, comprobé que los *gangsters* trasplantados de Nueva York, Boston y Búfalo habían establecido versiones de sus fechorías en el centro del vestido, los muelles y el aeropuerto de Miami. El jefe Santos Trafficante fue de Tampa a Miami para renovar viejas cone-

xiones con delincuentes cubanos que inundaban el puerto con marihuana y cocaína. (El abogado de Trafficante, Henry González, también representó a Marcello ante el jurado federal de instrucción, en Miami.)

"Estamos frente a una epidemia delictiva", me aseguró el mayor Steven Bertucelli, director de la Oficina de Lucha contra el Crimen del distrito de Dade, a cuya jurisdicción corresponde la ciudad de Miami. ¿Por qué una epidemia? En parte, al menos, porque algunos funcionarios son remisos en el encausamiento de pandilleros, a la vez que otros fraternizan con ellos. Según se ha informado, al ex alcalde de Miami Beach, Harold Rosen, lo han visto varias veces desayunar en un hotel de esa ciudad con Meyer Lansky, figura muy asociada a la Mafia.

Así andan las cosas. Mientras el bajo mundo reciba cooperación de contadores, banqueros, abogados y funcionarios de cargos electivos del "alto mundo", la epidemia seguirá extendiéndose.

El mariscal de campo lord Montgomery era una de las pocas personas que podían encararse con un taxista londinense. Una tarde detuvo un coche de alquiler que pasaba.

—¡A Waterloo! —ordenó.

—¿La estación? —preguntó impertinentemente el chofer.

—¡Por supuesto! —replicó Monty echando una ojeada a su reloj— Ya es un poco tarde para la batalla. —J.A.

Cierto consejero universitario cuenta que una vez participó con funcionarios docentes en un seminario celebrado en otra ciudad. Cuando el secretario le pidió la relación de sus gastos, él hizo un cálculo aproximado y presentó un papel que decía: "100 dólares". La cuenta le fue rechazada por ser demasiado vaga; era preciso que presentara una cuenta pormenorizada de todos sus desembolsos. Así pues, el consejero sacó los talonarios de los boletos de avión, los recibos del hotel, y calculó lo gastado en comidas, lo cual daba un total de 182,91.

A la semana siguiente recibió por correo un cheque por 100 dólares.

—T.W.H.

Temperamento isleño. En el año de 1827 sir Walter Scott visitó las Cumbraes, Mayor y Menor, dos islitas situadas frente a la costa de Escocia. Un domingo asistió a la iglesia, y consignó en su diario las siguientes frases de una oración que improvisó el ministro: "¡Oh, Señor: en tu gracia y bondad, vela por los habitantes de las Cumbraes, Mayor y Menor, y en tu gran misericordia no olvides a los moradores de las islas vecinas de Gran Bretaña e Irlanda!"

Charlie Chaplin el hombre



Nació en Londres en 1889. Su padre era alcohólico; su madre se estaba volviendo loca. Pasó dos años en asilos para pobres y en orfanatos, donde lo azotaron y humillaron. Empezó a actuar a los cinco años, y a los 28 era uno de los primeros actores millonarios del cine norteamericano.

Como actor, autor, director y productor de películas mudas conquistó la fama con un personaje llamado "El Pequeño Vagabundo" en obras clásicas como Shoulder Arms *("Armas al hombro"),* The Kid *("El muchacho"),* City Lights *("Luces de la ciudad") y* Modern Times *("Tiempos modernos").*

Un crítico escribió de él: "Llevó más alegría y más risas que nadie a mayor número de personas".

CHARLES Spencer Chaplin, el pequeño vagabundo que hacía reír, el paria de profundas y trágicas resonancias, se ganó el aprecio de todo el planeta. Sus 80 películas, incluso las primeras comedias de 1914 a 1917, son las únicas de aquella época que se siguen exhibiendo comercialmente, y no sólo como piezas de filmoteca, sino como espectáculo con valor actual. Se calcula que han visto cada comedia de Chaplin 300 millones de personas. —Theodore Huff, biógrafo

El genio de Chaplin para entretener a la gente se manifestó desde un principio. Él mismo escribe en su autobiografía:

La progresiva pérdida de voz de mi madre fue lo que me llevó a los escenarios a la edad de cinco años. Actuaba entonces en un teatrucho frecuentado por soldados que alborotaban y aprovechaban cualquier pretexto para burlarse de los actores.

Recuerdo que estaba yo entre bastidores cuando se le quebró la voz y se convirtió en un susurro. El público empezó a reír y a rechiflar hasta que la obligó a meterse. El director de escena, que me había visto actuar ante unos amigos de la familia, indicó algo de que yo la remplazara y, entre toda aquella confusión, me tomó de la mano, dijo unas breves palabras al público y me dejó solo en el escenario. Ante aquel espectáculo de candilejas y rostros envueltos en humo, empecé a cantar una canción muy popular.

A media canción comenzaron a lloverme monedas. Interrumpí inmediatamente mi actuación y anuncié que recogería el dinero antes de proseguir, lo cual les cayó muy en gracia. Hablé, bailé y efectué varias imitaciones, entre ellas una de mi madre cuando cantaba su marcha irlandesa. Y al repetir el coro, con toda inocencia remedé su voz en el momento en que se le quebró. El impacto que aquello causó me dejó atónito. Hubo risas, vítores y más dinero; al regresar mi madre al escenario para llevarme, los espectadores le tributaron un aplauso cerrado. Aquella noche fue mi primera aparición en escena y la última de mi madre.

Su creación del Pequeño Vagabundo lanzó a Chaplin a una fenomenal carrera cinematográfica de 52 años. El personaje nació en 1914, cuatro años después de que Chaplin emigrara a Estados Unidos. Según cierta versión, el productor que lo había contratado, Mack Sennett, quería alguna caracterización, un atuendo, un molde que poner a la materia prima del actor inglés y sacar de él un astro de la pantalla. Chaplin fue a buscar algo en el vestuario.

Habían dejado sobre una silla unos pantalones enormes. Charlie, con sus 60 kilos apenas, se los puso y los ciñó con un cordel. También encontró allí cerca, colgada de una percha, una chaqueta demasiado pequeña para él; la añadió a su atavío y acto seguido tomó un som-

brero hongo que no le encajaba por lo pequeño. Se fijó un bigote postizo de manera que se moviera con facilidad, y se puso unos zapatos de punta respingada, tan grandes que necesitó calarse el izquierdo en el pie derecho y viceversa.

—Joe Pollack, en el *Post-Dispatch* de Saint Louis

Chaplin agrega en su autobiografía:

No tenía la menor idea de lo que iba a ser el personaje, pero lo supe en cuanto estuve vestido y maquillado. Fui a ver a Sennett y le expliqué: "Aquí tiene usted un tipo polifacético: vagabundo y caballero, poeta y soñador, un solitario en eterna busca de idilios y aventuras. Le gustaría hacerle creer que es un hombre de ciencia, un músico, un duque, un jugador de polo. Sin embargo, no es más que un pobre diablo y un pillo, capaz de dar un puntapié a una dama en el trasero... ¡pero sólo si se enfada mucho!" Mientras hablaba yo, Sennett se desternillaba de risa. Me pidió que subiera al foro y les diera una demostración.

Ya en el foro, fingí que tropezaba con el pie de una dama. Me volví y me descubrí en señal de disculpa; luego, al darme otra vez la vuelta, tropecé con una escupidera y me quité otra vez el sombrero haciendo una venia a la escupidera. Oí risas detrás de la cámara y comprendí entonces que les había gustado mi actuación.

El vagabundo, estrenada en 1915, se cataloga ahora como el primer filme clásico de Chaplin y uno de los más importantes; el primero en que inyecta una clara nota de patetismo, rasgo que habría de caracterizar sus películas posteriores. Esta comedia tuvo la osadía de "acabar mal", cosa del todo inusitada en aquella época.

En la obra, Charlie salva a una muchacha de manos de una banda de ladrones. El padre de la chica lo premia con un trabajo en su granja, pero un buen día regresan los malhechores al lugar. Charlie los ahuyenta, aunque recibe un balazo en una pierna. Atendido por la joven, se siente inmensamente feliz hasta que se presenta el apuesto prometido. Charlie lía tristemente su fardo y vuelve a su vida de vagabundo. En la última escena, que se va desvaneciendo en la pantalla, aparece de espaldas a la cámara en el acto de echar a andar por un largo camino desolado. De pronto se detiene, se encoje filosóficamente de hombros, salta haciendo chocar los talones y se dirige con su típico paso despreocupado hacia el horizonte. —Theodore Huff

¿A qué obedece la enorme popularidad de Chaplin?

Hay un fuerte elemento de identificación que resulta fundamental para explicarla: Charlie representaba unas cualidades humanas que las mayorías necesitaban ver encarnadas en un personaje: la resistencia ante la adversidad; el deseo —ya que no la capacidad— de desquitarse de la opresión; los senti-

mientos románticos. Su apariencia de desamparo y su delicadeza le granjearon la simpatía de las mujeres, mientras que la agilidad y la destreza con que sabía propinar un buen puntapié a sus rivales deleitaba a los hombres. Y sobre todo, además de encarnar estas cualidades humanas, supo hacer reír a cualquiera. A esto se debe añadir que Charlie, para su público más desvalido, fue ejemplo vivo del triunfo humano sobre la adversidad al haberse convertido en multimillonario, famoso, más que nadie, apreciado y cortejado aun por los ricos de siempre, los aristócratas y los estadistas. —Roger Manvell, biógrafo

En 1916 firmó un contrato por 670.000 dólares al año, aunque su riqueza repentina no le hizo cambiar mucho su estilo de vida.

Jamás ha perdido el miedo a la pobreza. Es pródigo con las personas de su agrado, pero en su vida personal no derrocha. La seguridad, para él, significa el derecho de comer cuando le place y el de tener suficiente espacio para deambular mientras canturrea viejos tangos o toca el acordeón; significa no ser esclavo de un calendario o de los desagradables "personajes" de Hollywood. Las nuevas figuras de cine se resienten a veces por su indiferencia ante su fama o sus fiestas. Si tiene cita para una reunión o un concierto y le llega un libro o un amigo, lo más probable es que no cumpla el compromiso.
—Alistair Cooke, en *The Atlantic Monthly*

Era un amante de la perfección. Dirigía, producía, escribía y hacía el montaje de sus películas, además de componer la música. El director Robert Parrish recuerda que, cuando era niño, ensayaba con un compañero sus papeles para Luces de la ciudad: *Serían dos vendedores callejeros de periódicos que arrojaban piedrecitas a Chaplin con una cerbatana mientras este ayudaba a cruzar la calle a una hermosa muchacha ciega, Virginia Cherrill.*

Nos mostró cómo andaría y agitaría su bastón, cómo se tocaría el sombrero, cómo sonreiría a Virginia, etcétera. Luego representó los papeles de la chica ciega y el vagabundo a un mismo tiempo, pasando de uno a otro, haciendo girar su bastón o extendiendo las manos al frente de sus ojos "invidentes".

Al pasar por la esquina donde estábamos Austin Jewell y yo, levantamos las cerbatanas, pero Chaplin nos ordenó que esperáramos. Y en el acto dejó de ser vagabundo y ciega para encarnar a dos pilluelos. Soplaba un guijarro y luego corría simulando que le había pegado; después volvía en seguida para arrojar otro. Llegó a ser una especie de faquir que tomaba todas las caracterizaciones y usaba todos los atributos del utillaje: el vagabundo que sí ve y hace girar el bastón como una hélice; la joven ciega que expresa gratitud; los traviesos papelerillos que se llevan la cerbatana a la boca. Por fin, cuando todo quedó bien explicado, nos cedió a cada uno nuestro papel,

aunque de mala gana, pues me pareció que le habría gustado representarlos todos.

—*Growing Up in Hollywood*

La vida privada de Chaplin se ventiló abundantemente a la luz pública con motivo de sus tres divorcios y un célebre juicio de paternidad que a la postre perdió. En 1952, cuando estaba de visita en su Inglaterra natal, el gobierno norteamericano le revocó el permiso de entrada en el país. Lo acusaba de inmoralidad personal y simpatías por el comunismo. En su autobiografía escribió: "Mi prodigioso pecado era, y sigue siendo, el inconformismo. Aunque no soy comunista, me niego a formar en las filas de quienes odian por sistema a los comunistas..."

Desde aquel incidente hasta el fin de sus días asentó su hogar en una villa de 15 hectáreas que domina el lago de Ginebra, en Suiza. Allí vivió con su cuarta esposa, Oona O'Neill, hija del dramaturgo norteamericano Eugene O'Neill. Contrajeron matrimonio en 1943, cuando Charles tenía 54 años y Oona 18. Tuvieron ocho hijos.

—J. Y. Smith, en el *Post* de Washington

Como padre de familia, sabe ser muy exigente. Es impaciente con los niños; cree en la obediencia, en el tesón, en la virtud del trabajo y en los buenos modales; en que los hijos deben sentir gratitud hacia los padres y reconocerles que saben lo que les conviene. Su hijo Charles dice con toda franqueza: "Mi padre nunca deja que un niño se salga con la suya".

Vestido humildemente para que no lo reconocieran, solía llevar a sus hijos Charles y Sydney por los barrios bajos de Los Ángeles para que vieran a los abandonados de la sociedad y el ambiente en que vivían. Luego, de regreso a casa, les advertía: "¡Dense cuenta de lo afortunados que son ustedes!"

—Gerold Frank, en *Ladies' Home Journal*

La vida de Chaplin está colmada de cuanto anhelan muchos en su existencia: riqueza, fama, actividad creadora y mujeres hermosas, y sin embargo no sabe disfrutar de ninguna de ellas.

—Max Eastman, en *Ladies' Home Journal*

Conforme avanzaba la edad, progresaban las enfermedades; Chaplin tuvo que reducirse a una silla de ruedas; le fallaban la vista, el habla y el oído.

Pero también en sus últimos años saboreó nuevos honores. En 1975 la reina Isabel II le otorgó un título de caballero. En 1972 regresó triunfalmente a Hollywood, donde recibió un Óscar especial "por su incalculable contribución para hacer del cine el arte de este siglo".

—J. Y. Smith, en el *Post* de Washington

Vevey (Suiza), 25 de diciembre de 1977. Charlie Chaplin, el niño del arroyo londinense convertido en artista inmortal al captar en película la tragicomedia de la lucha huma-

na contra el destino, murió pacíficamente hoy, mientras dormía, en su mansión del lago de Ginebra. Tenía 88 años. "Murió de vejez", comentó su médico de cabecera. "Una muerte pacífica y serena". Expiró a las 4 de la madrugada, poco antes de celebrar la tradicional Navidad con los suyos. —UPI

DESPUÉS de la muerte de Charlie Chaplin, un nutrido grupo de padres, madres y niños atestaron un diminuto cine en la Ciudad de Nueva York para ver al más grande cómico del mundo en tres de sus mejores comedias. Aunque todo había cambiado en el medio siglo trascurrido desde su estreno, estas películas, en realidad, conservaban intactos sus valores.

Hasta los niños más pequeños entendieron y rieron cuando, en *The Kid* ("El muchacho"), Charlie dio varios puntapiés a su pupilo de cinco años, Jackie Coogan, para que el agente de la policía no descubriese que eran dos granujas confabulados. Durante *The Idle Class* ("La clase ociosa"), gritaron de júbilo cuando Charlie dio un puñetazo a la visera de metal de un aristócrata ebrio disfrazado con una armadura de caballero, y luego, tras una mueca de dolor, colocó un cojín sobre la visera y siguió golpeando. Todo el público aplaudió cuando, en *The Gold Rush* ("La fiebre del oro"), celebró un día de fiesta nacional en una cabaña, entre las nieves árticas, cociendo un zapato, sazonándolo con la finura de un gran cocinero, chupándose los clavos y enrollando las agujetas en un tenedor como si fueran los más codiciados espaguetis.

—*Newsweek*

AL TRABAJAR, creaba algo más que películas; creaba la vida que él soñaba. Una vida con risas y amor, sueños y esperanzas, pobreza y crueldad, pero siempre con un desenlace feliz, aunque sólo fuera ponerse en marcha por el camino del mañana. —Denis Gifford, biógrafo

BIBLIOGRAFÍA: *The Atlantic Monthly* (agosto de 1939), © 1939 ® 1967, por The Atlantic Monthly Co., reimpresión autorizada; Charles Chaplin, *My Autobiography*, © 1964 por Charles Chaplin, Simon & Schuster; Denis Gifford, *Chaplin*, © 1974 por MacMillan London Ltd.; Theodore Huff, *Charlie Chaplin*, © 1951 por Henry Schuman, Nueva York; *Ladies' Home Journal* (mayo de 1965), © 1965 por Downe Publishing, Inc.; Roger Manvell, *Chaplin*, © 1974 por Roger Manvell, Little, Brown and Co., reimpresión autorizada por Little, Brown and Co.; *Newsweek* (9-1-1978), © 1978 por Newsweek Inc.; Robert Parrish, *Growing Up in Hollywood*, © 1976 por Robert Parrish, Harcourt Brace Jovanovich, Inc.; *Post-Dispatch* de Saint Louis (1-I-1978), © 1978 por Pulitzer Publishing Co.; noticia de la UPI (26-XII-1977), © 1977 por United Press International; *Post* de Washington (26-XII-1977), © 1977 por The Washington Post Co.

oooooooooooo

LA MARIPOSA ocupa el segundo lugar entre las cosas aladas más bellas. El primero corresponde al dinero. —O.C.C.

¿Pueden matarnos las emociones?

La tensión emocional que nos producen la ira, el temor, el odio, el júbilo y hasta el triunfo, puede ser causa de muerte súbita, señala una autoridad en el campo de la medicina sicosomática

POR EL DR. GEORGE ENGEL

• UN NOTABLE magnate británico, obligado a jubilarse prematuramente por una agria disputa con otros dirigentes de la empresa, murió en el aeropuerto cuando estaba a punto de salir del país para disfrutar de "un bien merecido descanso".

• Cierto individuo, nombrado poco tiempo antes presidente de la Columbia Broadcasting System, falleció de pronto a los 51 años, una noche después que su padre.

• Cuando tomaba parte en un concierto en honor de Louis "Satchmo" Armstrong, su viuda sufrió un fatal ataque al corazón mientras tocaba *Saint Louis Blues*.

¿Coincidencias? Tal vez. Mas no puede uno menos de preguntarse si tales desgracias no fueron consecuencia de un exceso de tensión emocional.

La idea de que la muerte súbita puede tener su origen en traumatismos síquicos es ya de larga historia. Desde las primeras crónicas escritas se habla de personas que fallecieron mientras experimentaban el miedo, la ira, la aflicción, la humillación o el júbilo. Se dice que en el siglo I de nuestra era el emperador romano Nerva murió a causa de un violento acceso de furor por las injurias que le lanzó un senador. Refieren también que el papa Inocencio IV sucumbió repentinamente a consecuencia de "los efectos mórbidos que la aflicción surtió en su organismo" cuando se enteró del descalabro de las tropas pontificias en la guerra contra Manfredo, rey de Sicilia.

Al postularse a fines del siglo XIX la doctrina del origen microbiano de las enfermedades, la idea

CONDENSADO DE "PSYCHOLOGY TODAY" (NOVIEMBRE DE 1977). © 1977 POR ZIFF-DAVIS PUB. CO., ONE PARK AVE., NUEVA YORK (NUEVA YORK) 10016.

de que los traumatismos emocionales pueden acarrear la muerte súbita cayó en descrédito, si bien el interés por tal idea no desapareció del todo. En 1942, por ejemplo, Walter Cannon, eminente fisiólogo de la Universidad de Harvard, presentó una monografía en la que analizaba los mecanismos fisiológicos que posiblemente intervienen en la muerte por hechicería. A fines del decenio pasado, los clínicos comenzaron a informar de casos de enfermos del corazón muertos de pronto en un momento de extremas tensiones.

Mi interés personal por el síndrome de la muerte súbita se intensificó a partir de 1963 ante el inesperado fallecimiento de mi hermano gemelo por una crisis cardiaca. Y justo 11 meses menos un día después (el último día de luto según la fe judaica) también yo sufrí un ataque al corazón, pues estaba bajo los efectos de una tensión emocional excesiva ante la proximidad del aniversario.

Al poco tiempo di en juntar recortes de periódico con noticias de fallecimientos repentinos. Auxiliado por colegas y médicos forenses de todo el mundo, recopilé 275 casos en que la muerte sobrevino casi siempre minutos u horas después de algún acontecimiento trascendental en la vida del finado. La mayoría de las personas no estaban enfermas al ocurrir el deceso, o al menos no había peligro inminente de muerte.

Analizando las circunstancias de cada caso, creímos poder agruparlos en cuatro diferentes categorías. Ciento treinta y cinco muertes acaecieron poco antes o poco después de haberse interrumpido dramáticamente una relación humana muy estrecha, o del aniversario de la pérdida de una persona amada. Cincuenta y siete de estas muertes estuvieron precedidas inmediatamente por la postración o el deceso, a menudo inesperado, de alguien muy querido. Según los informes, algunos de estos deudos declararon a gritos que no podían seguir viviendo sin la persona a quien acababan de perder. Otros sucumbieron mientras se esforzaban en revivir al ser amado, o cuando buscaban ayuda para ese mismo propósito.

Veamos dos ejemplos: Un individuo de 38 años murió de un colapso al ver que no lograba reanimar a su hija de dos años, que había caído en una piscina de niños. Otro, de 49, falleció dos horas después de enterarse que su hija de 22 años había perecido en un accidente automovilístico y que sus dos nietos estaban gravemente heridos.

Cincuenta de los del primer grupo murieron en el curso de las dos primeras semanas siguientes a la pérdida del ser querido, generalmente un cónyuge. En una ocasión se sucedieron tres decesos en un lapso de cuatro días: un anciano

El Dr. George Engel, profesor de siquiatría y medicina en la Facultad de Medicina y Odontología de la Universidad de Rochester, ha dedicado 35 años al estudio de las enfermedades sicosomáticas.

de 83 años estaba hospitalizado por un ataque cardiaco cuando, inesperadamente, murió su esposa. Su hijo de 61 años (hijastro de la difunta), que llegó de otra población para visitar a su padre enfermo y asistir al sepelio de su madrastra, cayó muerto en la casa paterna. El anciano, al saber que había perdido a su esposa y a su hijo, expiró al día siguiente.

La circunstancia que ocupa el segundo lugar en orden de frecuencia como antecedente de las muertes súbitas (se comprobó en 103 casos) son las situaciones personales con peligro de lesiones graves o pérdida de la vida: riñas, conflictos, asaltos, etcétera. Cierto sujeto de edad avanzada quedó encerrado en un excusado público y falleció mientras hacía esfuerzos para salir. Dos amigos íntimos discutieron acaloradamente; no llegaron a las manos, pero uno cayó muerto, y el otro, enfermo del corazón, sintió que le faltaba el aire y falleció poco tiempo después.

Veinticinco personas murieron al poco tiempo de haber pasado un peligro, por ejemplo después de accidentes automovilísticos de los que salieron ilesas. Un quincuagenario escapó indemne de un terremoto fuerte y murió sentado frente a su escritorio pocos meses después al sentir un temblor de tierra, que en realidad fue muy ligero.

Forman una tercera categoría las muertes que sobrevienen como secuela de una gran decepción, fracaso, derrota, pérdida de dignidad o de estimación social. En este grupo clasificamos a 21 de los casos estudiados. Cierto rector de universidad, de 59 años, tuvo que renunciar a su cargo presionado por el consejo directivo y murió durante la ceremonia de investidura de su sucesor. Seis eminentes ciudadanos fallecieron al verse implicados en procesos penales o al ser ellos mismos inculpados.

La muerte en circunstancias de pesadumbre, miedo o fracaso es explicable al fin y al cabo, pero resulta sorprendente en los casos contrarios. Sin embargo, las 16 personas de la cuarta y última categoría murieron en momentos de triunfo, tras conquistar una meta largamente anhelada, o bien a consecuencia de un gozoso reencuentro, o de un "feliz desenlace". Un hombre de 55 años murió al abrazar a su anciano padre después de 20 años de separación. Y el padre, a su vez, quedó sin vida también. Una mujer de 75 falleció después de una semana de dicha al reanudar relaciones con su familia, de la que se había separado 60 años atrás. Otro individuo de la misma edad ganó 1683 dólares en las carreras de caballos por una apuesta de 2, y murió de camino a la ventanilla de cobros.

Todos los casos de muerte súbita analizados parecen tener un denominador común: la víctima se enfrenta a un hecho que no puede pasar por alto, sea por lo inesperado, dramático o intenso o porque ya no tiene remedio. También va implícita la idea de que el individuo

afectado pierde, cree haber perdido o teme perder la capacidad de sobreponerse a la situación o el dominio de sí mismo. Algunos se convencen allá en el fondo de que ya no vale la pena tratar de modificar la situación y, en vez de intentarlo, cuentan con la muerte y la aguardan con serenidad.

Un ejemplo patético de esta especie de parálisis de la voluntad ante una dificultad que se juzga insuperable, es el individuo de 45 años que se encontró en una situación insoportable en la ciudad donde vivía. Y cuando había decidido mudarse a otra población, también allí se le presentaron complicaciones. Angustiado, tomó con un amigo el tren que lo llevaría a su nuevo lugar de residencia, pero a mitad del camino se bajó en una estación y, según cuenta su amigo, el hombre llegó a la conclusión de que no podía ni proseguir ni dar marcha atrás, en vista de lo cual murió allí mismo de una oclusión coronaria.

La muerte repentina en situaciones de tensión síquica no es, en modo alguno, privativa del ser humano. Los tramperos y los guardianes de parques zoológicos saben que los animales pueden morir después de luchar o cuando la huida les es imposible, o si son trasladados a un ambiente extraño o los exponen a una intensa estimulación repentina. En el laboratorio se han observado irregularidades cardiacas fatales en animales expuestos a lances que no pueden superar.

En estos mecanismos fisiológicos pueden entrar en juego dos sistemas básicos de urgencia, tanto en el animal como en el ser humano, para salir avante cuando están en grave peligro. El primero, o *mecanismo de lucha y fuga,* moviliza todos los recursos orgánicos para lograr una actividad motriz rápida y general. El otro, el de *conservación y repliegue,* dispone al organismo para la abstención y la inactividad, que a veces salvan la vida cuando ya nada se puede hacer para superar un ambiente desfavorable.

Existe de ordinario entre ambos sistemas una relación recíproca sutilmente equilibrada, pero en ocasiones el equilibrio se rompe si hay una estimulación extrema o conflictiva; por ejemplo, cuando se sufre una tremenda incertidumbre sicológica. Y si alternan con excesiva rapidez reacciones de uno y otro sistema, pueden resultar gravemente afectadas todas las funciones cardiopulmonares.

A veces mueren los animales de laboratorio cuando los someten a condiciones sicológicas similares a las que suelen acompañar a este tipo de defunciones en el caso del hombre. Por otra parte, la causa inmediata (y la más frecuente entre los humanos) de la muerte es un trastorno del ritmo cardiaco. Se sabe que ciertas sustancias hormonales, secretadas en exceso durante las situaciones de tensión, predisponen el corazón a sufrir ese tipo de arritmias fatales. En el laboratorio pueden evitarse los ataques cardiacos a los animales con fármacos que

bloquean las vías nerviosas al corazón y estabilizan su ritmo.

Quizá en lo futuro la experimentación con animales nos aclare cuál es la secuencia de los procesos que vinculan la tensión emocional excesiva con la muerte súbita, y tal vez nos enseñe la manera de hacerlos reversibles. Por ahora sería bueno que los médicos se prevengan contra los sucesos capaces de desencadenar reacciones emotivas repentinas en sus pacientes de alguna afección cardiaca o enfermedad crónica. Acaso convenga emplear un medicamento antiarrítmico antes de un acontecimiento potencialmente traumático; y, si hay una desgracia en la familia, hay que tener presente que algunos tranquilizantes agravan a veces las arritmias en ciertos pacientes. Quizá también los reconocimientos médicos anuales de rutina deberían efectuarse antes y no después de ocurrir algo que tenga mucha importancia para el individuo, como la jubilación o el aniversario de la desaparición de un ser querido. Por lo pronto, la investigación sistemática y exhaustiva de las muertes repentinas dará sin duda una información valiosa a los médicos y a las personas más expuestas a ser víctimas de tal contingencia.

UNA AMIGA mía que trabajaba en una universidad recibía con frecuencia boletas de infracción por estacionar su auto en sitios reservados o en lugares prohibidos. Un día, perdió los estribos y dijo al inspector de tráfico lo que pensaba del sistema de estacionamiento.

Al volver de visita a la universidad, algún tiempo después, mi amiga estacionó el automóvil en la zona reservada para visitantes, y al salir se enfureció porque encontró una boleta en el parabrisas. Sin embargo, garrapateado en la boleta leyó: "Me alegro de ver este coche otra vez por aquí". —F.B.

¿Cómo dice?

LETRERO en una tienda: "Con el fin de mantener un alto nivel de servicio para nuestra clientela, esta sucursal permanecerá cerrada todos los jueves". —F.C.F.C.

DEL PERIÓDICO *Herald Express*, de Torquay (Inglaterra): "También regalaron al hospital 50 pares de barandas de cama para que los enfermos "no se cayeran de la cama."

EL ORADOR de la ceremonia de graduación de cierta universidad comenzó su discurso así: "Al abandonar ustedes la contienda y el desorden del mundo académico para entrar a la vida tranquila y segura del mundo material..." —O.C.F.

Apuntes de todas partes

HARDY KRUGER, actor alemán, cuenta que, cuando él y David Niven filmaban una película en la Federación de Malasia, se alojaron en el Hotel Hilton de Kuala Lumpur, con vista al hipódromo. Desde el balcón veían a las multitudes y escuchaban vocerío de tiempo en tiempo; sin embargo, no veían caballos por ningún lado. Después de cada gritería la gente consultaba sus programas y apostaba.

Niven telefoneó a la administración del hotel y le explicaron que la temporada de carreras ya había terminado, pero los malasios son tan aficionados al hipódromo que siguen acudiendo allá con sus radios de transistores para apostar en las carreras trasmitidas desde Singapur. —P.I.

ENTRE los maestros cerveceros más jóvenes de Alemania figura una mujer de 29 años de edad, y monja por más señas. La hermana Doris Engelhard, franciscana, tuvo que superar a 26 hombres para ganar su diploma de maestra cervecera en Ulm.

Ayudada por otras dos monjas, fabrica anualmente 150.000 litros de esta bebida con cebada cultivada en la granja del convento. La cerveza, de color claro, se vende en la ciudad y tiene un contenido alcohólico del cuatro por ciento. Para Navidad y Pascua Florida las monjas la hacen más fuerte.

—Reuters

MEDJID AGAEV, de 142 años de edad, ciudadano de la República Soviética de Azerbaiján, es tal vez, en todo el mundo, el más anciano solicitante de un cargo público: busca un nombramiento para el concejo de su aldea como promotor de un programa de sabiduría. —S.R.

DECENAS de millares de embarcaciones pagan año tras año un peaje de cientos de millares de dólares al pasar por el Canal de Panamá. Pero, ¿cuáles son los derechos de travesía más bajos que se han pagado? Los 36 centavos de dólar depositados por el aventurero escritor Richard Halliburton, que en 1928 pasó el canal de un extremo a otro... a nado. —AP

EN LA población irlandesa de Westport (condado de Mayo), donde había pasado ya casi un mes gozando de su maravilloso ambiente de tranquilidad y sosiego, fui una tarde a una lavandería auto-

mática. El anciano encargado me advirtió que mis calcetines y ropa interior tardarían 30 minutos en lavarse y secarse, y luego, al ver que me retiraba y temiendo sin duda que me hubiera contagiado de la calma del país, aclaró: "Señor, esos 30 minutos son tiempo de máquina... no tiempo irlandés". —W.P.S.

Para las mujeres de ciertas comunidades asiáticas, un pelo arrancado del bigote de un león muerto es un amuleto de buena suerte para el momento de dar a luz. Después de varios años de hacerme cargo del museo de Nairobi (donde hay varias colonias de asiáticos), mandé colgar una cabeza de león disecada, sin caja protectora y a baja altura, en una de las paredes del museo. En vista de que le faltaban todos los bigotes originales, arrancados a escondidas por las mujeres



embarazadas, ordené que los remplazaran con bigotes de nailon. Pero estos, al parecer, no eran menos eficaces, pues desaparecían con la misma regularidad que nosotros empleábamos para remplazarlos.

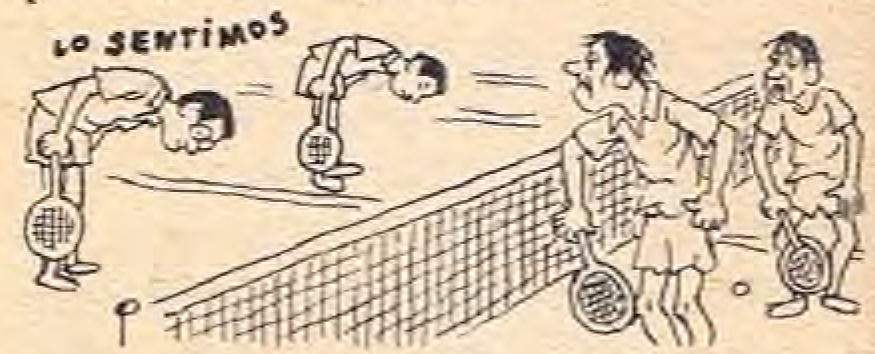
—L.S.B. Leakey,

Pierre Franz Chapou, ex ayudante del Centro Kennedy, tiene un problema. Como a todo caballero educado en Francia, le enseñaron a besar la mano de las damas, o al menos hacer el ademán, sin tocarla con los labios, salvo que se trate, claro está, de una amiga íntima o que pudiera llegar a serlo. La mujer europea, acostumbrada a tal saludo, deja descansar la mano en la del hombre para que este la levante como estime conveniente.



"Pero la mujer norteamericana no está habituada a tal ceremonia", se lamenta Pierre. "Cuando uno se inclina para besarle la mano, ella se empeña en ayudar, así que mientras uno baja la cabeza la señora alza la mano, y la mayor parte de las veces nos da un golpe en las narices". —B.B.

"Los japoneses", observa Gladys Heldman, fundadora de la revista *World Tennis*, "son los deportistas más admirables. No gritan ni se quejan. Si alguien derrota a un japonés, este le dice: *Es usted demasiado bueno;*



si, en cambio, él lo vence, afirma: *Tuve suerte, la próxima vez ganará usted*. Me gustaría condenar a Ilie Nastase a pasar dos años en Tokio". —*Sports Illustrated*

En el discurso de despedida que dirigió a la nación en 1961, el presidente norteamericano Dwight Eisenhower hizo una advertencia contra el creciente peligro al que se enfrentaba la libertad en su país. Llamó a ese peligro "el complejo militar-industrial" e instó a sus compatriotas a que se cuidaran de él, y sin embargo, en los años trascurridos desde entonces no ha hecho más que agravarse.

Este artículo es la historia de dos hombres que trabajaron en el complejo militar-industrial, de las dificultades con que se toparon y del destino que les aguardaba. Sus experiencias, con ser tan diferentes entre sí, resultan asombrosamente reveladoras de la amenaza prevista por Eisenhower.

Compraventa en el Pentágono

POR JAMES NATHAN MILLER

EL 18 de octubre de 1968 A. Ernest Fitzgerald, oscuro analista de costos de la Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos (o Pentágono, como se le llama comúnmente), recibió una invitación del senador William Proxmire para testificar en una audiencia abierta por el Congreso con el fin de investigar las prácticas seguidas en la compra de equipos y armas. El sobre en que iba esa invitación había sido violado, y posteriormente Fitzgerald acusó a sus superiores de la Secretaría de la Defensa (SD) de haber abierto y leído las cartas que recibió de Proxmire. ¿Por qué motivo habían estado vigilando su correspondencia?

Cuando la Fuerza Aérea lo contrató en 1965, Fitzgerald parecía ser la persona ideal para el cargo de analista de costos. Ex presidente de una firma acreditada de consultores de empresas, tenía 39 años, era inteligente, tenaz y partidario decidido de las instituciones militares.

Pero no tardó en preocupar a los funcionarios del Pentágono por recelar de los procedimientos que todos consideraban normales. Se quejó de que algunos generales y empleados civiles encargados de vigilar el cumplimiento de contratos de la Defensa solicitaban cargos, para después de su retiro, a las mismas compañías que vigilaban. Criticó la costumbre del Pentágono

llamada "alimentación de contratos", esto es, el cambio de especificaciones señaladas originalmente para las armas. Como esos cambios se hacían durante el período de producción de las mismas, se libraba a los fabricantes de los precios tope a que se habían comprometido. Declaró abiertamente que, en su opinión, gran parte del despilfarro se evitaría fácilmente si el Pentágono vigilara con interés los costos.

Pero lo que más molestaba a Fitzgerald era la construcción del C-5A, avión de carga de la Fuerza Aérea, contratada con la Lockheed Corporation. Mientras que muchos contratos de armamento del Pentágono habían resultado con un costo enormemente mayor que el previsto, el programa de la Lockheed, de 3400 millones de dólares, era muy diferente según la Fuerza Aérea. Estaba redactado en un lenguaje tan categórico que excluía terminantemente cualquier costo adicional. De producirse alguno por encima del presupuesto, correría a cargo de la compañía, y no de los contribuyentes.

Sin embargo, a principios de 1968 Fitzgerald empezó a sospechar. Cuando pidió a las autoridades de la Fuerza Aérea y a los ejecutivos de la Lockheed que le mostrasen las principales relaciones de costos, unos y otros se negaron. Y cuando trató de comprobar los rumores de que la Lockheed estaba poniendo demasiada "pacotilla" en la construcción del avión, los altos jefes del Pentágono le advirtieron airadamente que no se metiera en asuntos de ingeniería.

Fitzgerald informó a sus superiores que sospechaba un ocultamiento. A mediados de ese mismo año estaba convencido de que conocía ya su alcance: La compañía Lockheed estaba acumulando en el C-5A costos adicionales por 2000 millones de dólares, y la letra menuda del contrato daba pie para reclamar al gobierno la cantidad completa. Por añadidura, según Fitzgerald, la Fuerza Aérea recibirá a cambio de esa suma tan aumentada un avión defectuoso. Sin embargo, la Fuerza Aérea se las arregló para convencer al Congreso de que todo estaba en orden.

Lo anterior explica por qué los jefes de Fitzgerald vigilaban su correspondencia en octubre de 1968, y por qué, cuando recibió la solicitud de Proxmire para que declarara como testigo, le ordenaron "no hablar del C-5A".

Sin embargo, Proxmire no entró por el aro. En una audiencia efectuada el 13 de noviembre preguntó de plano a Fitzgerald si era cierto que el programa C-5A estaba destinado a costar 2000 millones de dólares más. Fitzgerald contestó a la postre que, en efecto, así parecía ser... a menos que se tomasen providencias para evitarlo.

Unas cuantas horas después del testimonio de Fitzgerald se efectuó en el Pentágono una junta de generales y altos funcionarios civiles. Uno de los temas tratados (como

se lee en el acta de dicha junta) fue la estrategia que se debía seguir para contrarrestar "lo que Fitzgerald ha desembuchado". Y el acta concluía así: "Esto pinta mal... debemos mantenernos firmes hasta ver si Proxmire hace una declaración. Entre tanto, prepárense y ténganse a la mano respuestas conciliatorias". Aunque la Fuerza Aérea ocultó durante muchos meses los hechos relacionados con el C-5A, con el tiempo se descubrieron los siguientes:

En un principio la Fuerza Aérea proyectaba comprar 120 aviones C-5A por 3400 millones de dólares (28,3 millones por cada unidad), y en realidad compró solamente 81 por 4500 millones: es decir, pagó 56 millones por avión. Además, contra lo estipulado, esos aparatos no pueden operar en pistas improvisadas, y su vida útil es la cuarta parte del tiempo especificado. Para que estén en condiciones de vuelo, la Fuerza Aérea tendrá que pagar otros 1300 millones de dólares en mejoras.

Los costos sobrepasados son comunes en los contratos del Pentágono. En 1969, año en que el C-5A figuró mucho en los titulares de la prensa, la Oficina de Auditoría General del Congreso informó que en 38 sistemas importantes de armamento el exceso de costos había ascendido a un total de 21.000 millones de dólares.

¿Qué destino corrió Fitzgerald después de deponer como testigo? A fines de 1969, cuando su nombre dejó de aparecer en los periódicos, la Fuerza Aérea lo despidió. Pero eso no fue todo. Fitzgerald ingresó en la lista negra y no pudo obtener nuevo empleo en el terreno de su especialidad. En 1973, tras una serie de apelaciones administrativas y litigios, la Comisión del Servicio Civil ordenó a la Fuerza Aérea que reintegrara a Fitzgerald. Pero su reposición ha sido muy sui géneris, pues ocupa el puesto de su antiguo asistente. Ha acumulado ya gastos jurídicos por medio millón de dólares; sigue demandando indemnización a las personas que le impidieron volver a la Fuerza Aérea con un historial limpio, y continúa su lucha para que lo reincorporen a su antiguo empleo o le den otro equivalente. Rechazado por las más altas autoridades del Pentágono, ahora está encargado de vigilar el funcionamiento de depósitos de mantenimiento.

Y VEAMOS ahora una historia muy diferente: la carrera de Malcolm Currie, ex funcionario ejecutivo de la Hughes Aircraft Company, que ingresó en el Pentágono en 1973.

Como director de Investigación e Ingeniería de la Defensa, Currie vigiló las pruebas y la valoración de armas que, por valor de varios miles de millones de dólares, los fabricantes deseaban vender al gobierno estadounidense. Con semejante cargo, pasó a ser una de las personas más influyentes y solicitadas del complejo militar-industrial. He aquí algunos hechos descubiertos posteriormente, que le atañen:

• Currie, su hija y una amiga de aquel fueron en avión a Bimini (en Bahamas), invitados en septiembre de 1975 por la Rockwell International Company, contratista de la Defensa, y pasaron un fin de semana en un lugar de recreo propiedad de la Rockwell, en compañía del presidente de la empresa, Robert Anderson, y su señora.

En octubre el senador Proxmire inició una investigación de la política de agasajos seguida por las empresas que contrataban con la Defensa, y se enteró de que, cuando Currie hizo el viaje como invitado de la Rockwell, terminaba una serie de pruebas, bajo la vigilancia de aquel, con el proyectil Cóndor, de aire a tierra, que fabricaba la empresa. Muchos técnicos de la SD consideraron que el Cóndor fue dinero tirado a la calle: "Candidato selecto para la cancelación total", como declaró un secretario adjunto de la Defensa. Los gestores de Anderson en Washington andaban entonces con un cabildeo frenético para evitar tal cosa,* y Currie era uno de los funcionarios principales en su lista de objetivos.

• Proxmire citó testigos y les ordenó exhibir documentos. Los memorandos que tuvo así en las manos indicaban que, durante las pruebas del Cóndor, Currie había estado proporcionando informes a los cabilderos de la Rockwell acerca del futuro del proyectil. En uno de esos memorandos se trasmitían los consejos de Currie para gestionar en el Comité de Asignaciones del Senado en favor del proyectil. En otro se describía una carta que Currie había escrito al secretario adjunto de la Defensa para abogar por el Cóndor. Currie insistió en que esos memorandos habían sido obra de los empleados de la compañía para impresionar favorablemente a sus jefes con sus conexiones dentro del gobierno.

En realidad ninguna de esas actividades era inusitada en un comprador de armamento del Pentágono. Los contactos celebrados entre bastidores por los que compran y los que venden armas y equipos militares, sirven desde hace mucho tiempo como argamasa que une los ladrillos del complejo militar-industrial. En efecto, el lugar de recreo de Bimini fue sólo uno de cinco retiros empleados por la Rockwell y descubiertos por Proxmire. Según reveló la investigación del senador, en la costa oriental de Maryland, a dos horas en automóvil de Washington, cinco contratistas de la Defensa (Rockwell, Northrop, Raytheon, Dupont y Martin Marietta) proporcionaban vacaciones, con todos los gastos pagados, a diversos personajes, desde el secretario de la Marina y un antiguo presidente del Estado Mayor Conjunto, hasta veintenas de generales, almirantes y miembros de las comisiones senatoriales para los servicios armados. (Las compañías cerraron los lugares al conocerse las revelaciones de Proxmire.)

*El Congreso vetó el programa Cóndor en septiembre de 1976.

Cuando Donald Rumsfeld, secretario de la Defensa, se enteró del viaje de Currie a Bimini, se encontró en un conflicto. Currie no había hecho nada inusitado al aceptar favores de un contratista de armas, por lo que sería injusto considerarlo excepción y castigarlo. Pero como la investigación de Proxmire en torno a las invitaciones se reflejó en titulares de prensa, políticamente no podía pasar por alto que Currie había violado el código oficial de ética del Pentágono.

El Secretario de la Defensa tomó un camino intermedio. El 16 de marzo de 1976 escribió a Currie diciéndole que, aunque estaba seguro de que no fue culpable de ningún conflicto de intereses al hacer su viaje a Bimini, las autoridades del Pentágono deben evitar cualquier acto "que insinúe, aun remotamente, posiciones ambiguas". Así pues, Currie fue "reprendido severamente" y multado con cuatro semanas de sueldo (alrededor de 3500 dólares). Sin embargo, dos meses después lo ascendieron discretamente y lo facultaron para decidir en todas las compras de armamento de la Defensa. (Cuando se filtró a la prensa la noticia del ascenso, lo revocó el Pentágono.)

¿Cómo influyó ese episodio en la carrera de Currie? En febrero de 1977 se retiró de la Secretaría de la Defensa para volver a la Hughes Aircraft como vicepresidente encargado de los sistemas de proyectiles guiados (y lo sustituyó en el Pentágono un antiguo funcionario de otro contratista de armamentos). Dos de los programas que Currie vigila para la Hughes, con un costo total de 3400 millones de dólares, son de armas cuya aprobación recomendó él cuando trabajaba en la Defensa.

Otra rama de las empresas de la Hughes, Hughes Helicopter, firmó un contrato por 4000 millones de dólares para la construcción de cierto tipo de helicóptero dos meses antes de que Currie saliese del Pentágono, y fue una comisión presidida por él mismo la que recomendó perfeccionar el aparato.

(En su testimonio ante el comité de Proxmire, Currie negó que hubiera solicitado empleo a los contratistas de la Defensa mientras desempeñaba su puesto en el Pentágono. Pero confesó conocer a "centenares" de personas de la Hughes, y que "en un coctel, alguien pudo haber dicho: *¡Malcolm, cuando salgas de Washington, algún día, esperamos verte!* Pero nada más eso".)

Lo que tiene de esencial e imprescindible el programa de compra de armamento para la seguridad de los Estados Unidos no debe cegar a los norteamericanos ante los defectos gravísimos del mismo programa: y el más importante es que los compradores de armas casi no se distinguen de los vendedores, por lo fuertes y entrelazadas que son las relaciones dentro del complejo militar-industrial. Los que compran y los que venden armas

forman una de las más potentes camarillas de cabilderos de Washington, capaz de destruir a los "intrusos" con afanes reformistas.

Por lo que se ha sabido en años recientes a propósito de los peligros del poder irresponsable en Washington, la profética advertencia del presidente Eisenhower contra el complejo militar-industrial cobra proporciones alarmantes. Dijo el Presidente: "Sólo una ciudadanía vigilante y enterada puede obligar a que se concilie como es debido el enorme aparato industrial y militar de la defensa con nuestros métodos y fines pacíficos, de manera que la seguridad y la libertad puedan prosperar juntas".

Y parece que ha llegado ya el momento de que los votantes exijan al Congreso hacer algo para poner bajo control democrático esa fuerza tan vasta y penetrante.

ALGUIEN me regaló un perro con un árbol genealógico tan largo como su cola. Se llama Schultz, y es un perro de muestra inglés. De acuerdo con los libros que tratan de canes, se supone que Schultz vaga por el campo hasta que ventea un ave escondida más allá. Entonces se queda inmóvil como una estatua, con la cola y una pata en el aire y la nariz señalando como una brújula en la dirección de la pieza.

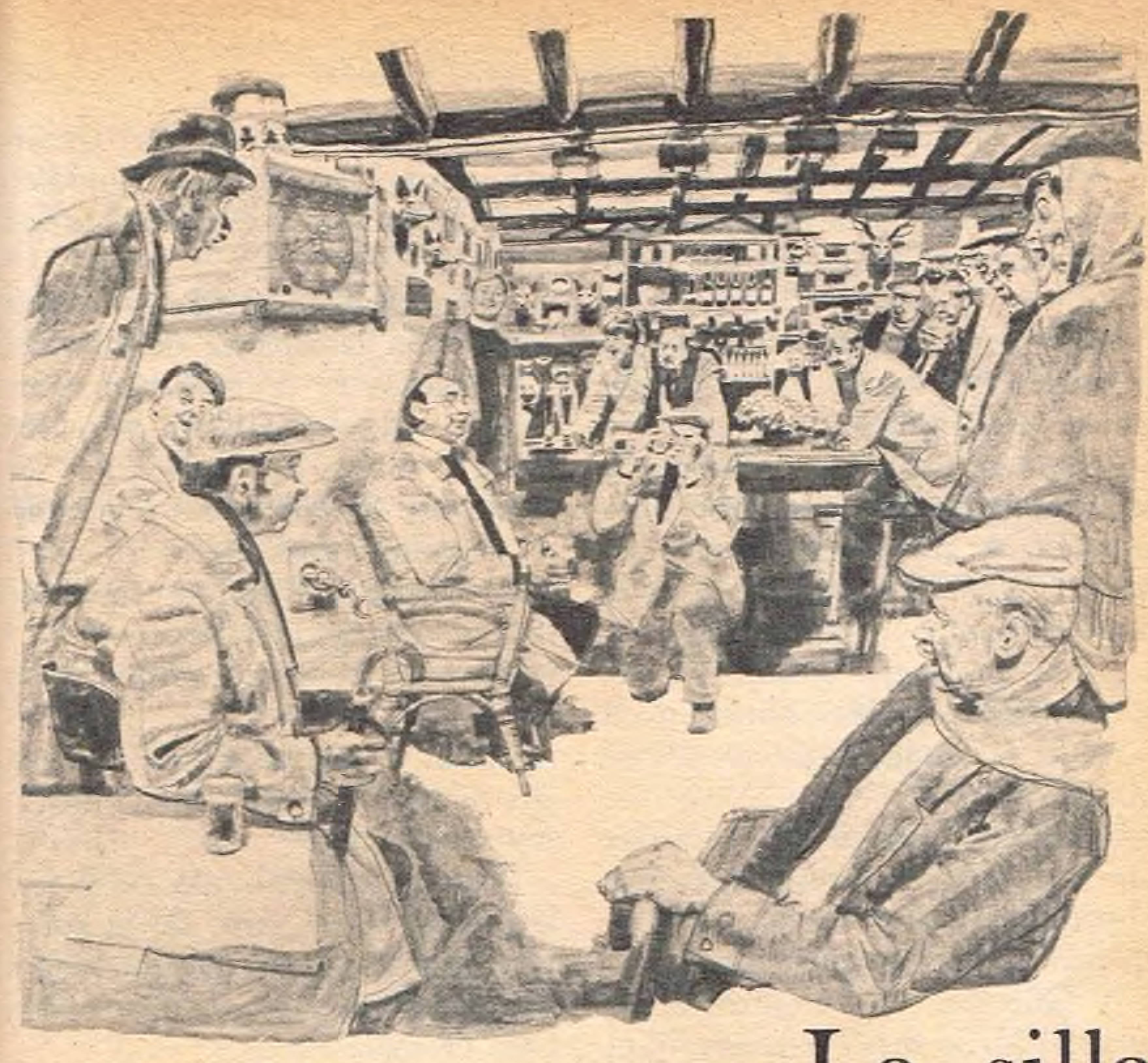
Me regalaron a Schultz porque no parecía interesarse para nada en las aves. Su disgustado amo me dijo: "Si no lo quieres, supongo que tendré que matarlo. Es el animal más estúpido que he conocido".

Una mañana, poco después, íbamos por un henar cuando de pronto el perro comenzó a mostrarse sumamente agitado por algo que vio en la hierba. Vaya, pensé, ¿quién dijo que este animal no puede ventear un ave? En nuestra granja de Quebec abundan las perdices y yo esperaba ver salir una de su escondite repentinamente.

Aguardé durante tanto tiempo que por fin decidí acercarme a Schultz para ayudarlo. No había ningún pájaro. Sin embargo, aparecía tenso de expectación en todos sus músculos.

Y en ese momento, de súbito descubrí lo que el can veía. Era un mosquito. Él no le hacía nada. Se contentaba con mirarlo. Toda la mañana se la pasó estudiando a los mosquitos mientras yo armaba una cerca. El Todopoderoso, al parecer, le había infundido un insaciable interés por los mosquitos.

Ahora bien, si Schultz hubiera sido un hombre, tal anhelo por explorar las cosas más humildes de la vida podría haberlo convertido en un famoso microbiólogo, un segundo Luis Pasteur, o por lo menos en un bien remunerado investigador gubernamental. Sin embargo, como nació perro, estuvo a punto de ser condenado a muerte por haber demostrado que no era nada mejor que un perro de muestra que nada mostraba. —H. Gordon Green, en *Professor, Go Home!*



La silla del juicio final

Al aceptar el desafío que le lanzaban en una taberna de Londres, ¿consiguió realmente el sacerdote irlandés que la fe triunfara sobre la superstición?

POR NEIL BOYD

OÍ HABLAR por primera vez de la silla del juicio final durante un desayuno en la casa rectoral. Mi párroco, el padre Charles Duddleswell, acababa de contar una historia a propósito de lo supersticiosos que son los habitantes del condado de Cork, su distrito natal. En los cuatro meses que llevaba yo de vicario en San Judas había oído muchos de sus relatos y me había enterado de que el regordete irlandés, con sus lentes siempre a caballo sobre la nariz,

era un viejo zorro que conocía a los feligreses de aquel barrio obrero del oeste londinense mucho mejor que yo en todo el tiempo que estuve allí.

—No creo que haya mucha superstición por aquí. ¿No le parece, padre? —le pregunté.

—La habitual entre los pobres de espíritu, padre Neil —me respondió mirando de reojo a su ama, la señora Pring—. La falta de fe conduce siempre a la superstición.

—Desde luego, usted no es supersticioso, padre Duddleswell —terció la mujer haciéndome un guiño.

Comprendí que se iba a iniciar una de aquellas discusiones cuya impetuosidad demostraba el mutuo aprecio que se profesaban.

—¿Qué me dice entonces de la silla del juicio final? —preguntó el ama.

Y me explicó que la tal silla se encontraba en la taberna del barrio, llamada The Pig and Whistle, y que, según la leyenda, quien se sentaba en ella moría en el término de una semana.

—Chifladuras de Fred Bowlby, ese descreído tabernero —sentenció el párroco.

No abandonó la partida la señora Pring:

—El pasado día de San Patricio, Fred Bowlby invitó públicamente a todos los irlandeses que quisieran, entre ellos al padre Duddleswell, a sentarse con entera libertad en su silla.

—¡No consentiría que me viesen muerto en la taberna de Bowlby!

—¿Ya lo ve? ¡Porque temía morirse! —saltó en seguida la señora Pring— Y todo el mundo dijo: "Si el párroco de San Judas tiene miedo, algo debe de haber en esa silla". Los rumores se han multiplicado por su superstición, Reverendo.

El padre dejó caer el tenedor y el cuchillo.

—¡Mujer —gritó dando puñetazos sobre la mesa—, yo... no... soy supersticioso!

Platos y cubiertos saltaron por el aire y un espejo cayó de la pared y se hizo añicos, lo que inquietó e hizo murmurar al párroco: "Siete años de mala suerte".

Más tarde toqué a la puerta de The Pig and Whistle. Me abrió una dama de mediana edad, que me pareció preocupada por algo, y pronto nos sentamos uno frente a otro para tomar una taza de té.

—Fred, mi esposo, está todavía en la cama —explicó disculpándose—. La taberna nos tiene atareados hasta muy tarde. ¿Un poco más de té, padre?

Señalando el cuello de mi traje, le contesté:

—No, gracias. Estoy hasta aquí, señora Bowlby.

—Yo también —repuso mi interlocutora con voz ahogada y, llevándose el pañuelo a los ojos, añadió—: Perdóneme, padre, pero es que yo

"NEIL BOYD" es el seudónimo de un ex sacerdote católico, hoy escritor. Aunque los personajes e incidentes del relato se inspiran en individuos y hechos reales, los nombres son ficticios.

también estoy harta de... de esa silla.

Y señaló entre el piano y el juego de dardos una silla de junco con un cojín dorado, encadenada a una argolla de la pared. En el respaldo, una placa de níquel rezaba: SILLA DEL JUICIO FINAL.

—Cientos de veces he pedido a Fred que se deshaga de ella, pero dice que la silla es un buen negocio. Cada año atrae a muchísimos turistas, norteamericanos especialmente. Vienen a ver las joyas de la Corona y... esa cosa.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunté tratando de consolarla.

—Lo mismo opino yo —terció una voz a mis espaldas.

Me volví al oírla. Era de un hombre corpulento que había entrado sin hacer ruido en la taberna. Comprendí que se trataba de Fred Bowlby, el tabernero.

—Usted debe de ser el nuevo vicario de San Judas —continuó— y ha venido a ver la silla del juicio final. ¿Me equivoco?

La señora Bowlby salió corriendo con los ojos llorosos. El marido se volvió hacia mí:

—Lo toma muy a pecho, padre —apuntó—. Ustedes, los católicos, son muy supersticiosos, ¿no es así? ¡Tantas medallas que se ponen, tantos santos que adoran...!

—No lo crea, señor Bowlby. No somos supersticiosos. Pero hábleme ahora de la silla. ¿Qué secreto tiene?

Me contó que la había encontrado en la bodega tres años antes, cuando se hizo cargo de la taberna.

—Encontré también recortes de periódicos que hablaban de una silla del juicio final, pero jamás pensé que tuvieran nada de cierto y los tiré al fuego. Sin embargo, para animar un poco el negocio, subí la silla de la bodega y la puse ahí. Desde que expliqué a mis parroquianos por qué la llamaba silla del juicio final, nadie se atreve a sentarse en ella... por mucho que he ofrecido una copa gratis al que lo haga.

—¿Y dice usted que tiró los recortes?

—Sí. Esos del tablero son nuevos —y señaló unos recortes de periódico que decían: ¡LA SILLA ASESINA! ¡MUERTE DE LA ÚLTIMA VÍCTIMA DE LA SILLA!— Hace como un año llegó un tipo coloradote, ostentoso y fanfarrón, diciendo que a él no le asustaban esas tonterías. Se sentó en la silla y, a petición de mis clientes, tuve que darle una pinta de la mejor cerveza por cuenta de la casa. Sin embargo, tomó el primer sorbo y cayó muerto en el acto. Precisamente ahí, donde está usted ahora.

—Un ataque al corazón —insinué, y me corrí ligeramente hacia un lado.

—Tal vez. Pero luego sucedió lo de Charlie, uno de mis clientes habituales. Decían que, si llegaran a hacerle la autopsia, no le encontrarían ni una gota de sangre con tanto alcohol como tenía en el cuerpo. El caso es que hace tres meses se estaba bebiendo un whisky tras otro, y quizá se sentó ahí sin darse

cuenta. Después salió a la calle tambaleándose, subió a su coche y fue a caer al río... ¡Se ahogó!

Fred se puso alegre de repente y comenzó a sacarle brillo a la placa con el revés de la manga.

—Esta silla es mi orgullo y mi mayor satisfacción, padre. Le mandé hacer un candado especial, y día y noche llevo la llave guardada en el cinturón.

Cuando le expliqué que estaba comerciando con la credulidad de la gente, lo reconoció:

—Usted y su jefe son especialistas en religión y les toca librar a la gente de la credulidad. Le ofrecí cien libras al padre Duddleswell si se sentaba. ¡Cien libras! La apuesta más segura que he hecho en mi vida. Y dígale que está en pie mi oferta. ¿Le gustaría a usted probar, padre Boyd?

Mientras yo buscaba desesperadamente alguna razón teológica que me excusara, volvió su esposa y me dio así un pretexto para marcharme. Demasiado agitado para continuar mis visitas de costumbre, regresé a la parroquia y, con el tono más natural que pude, conté al padre Duddleswell que Fred Bowlby me había invitado a sentarme en su silla.

—¿Y qué? ¿Se sentó usted?

Un poco avergonzado, negué con la cabeza.

—Por cierto que lo ha desafiado a usted de nuevo, padre —apunté.

El padre Duddleswell juntó las manos como si fuese a rezar.

—Mi paciencia ha llegado al límite —declaró finalmente—. Estoy resuelto a acabar de una vez con estas historias. Es mi deber como párroco.

Días después el padre Duddleswell llegó a desayunar tan fatigado como si hubiese pasado la noche entera rezando.

—No haga ningún compromiso para esta noche, muchacho —me pidió—. Necesito todo su apoyo moral en The Pig and Whistle.

A eso de las 8 abrimos la puerta de la taberna y nos colamos hasta la barra entre el montón de parroquianos que atestaban el local a aquella hora. El padre Duddleswell agarró un taburete, se subió a él casi tambaleándose y se volvió hacia la multitud: "Mis queridos herma... señores y señoras. Un momento de atención, por favor. Estoy preocupado por las prácticas paganas que se desarrollan en esta taberna. Como indigno siervo del Señor, me corresponde hacerme cargo del asunto. Me voy a sentar en lo que llamáis silla del juicio final, a la misma hora todas las noches durante una semana. Luego reclamaré la silla para mí, ¿de acuerdo, Fred?"

Bowlby aceptó a regañadientes. El padre bajó de su púlpito improvisado, hizo un gran signo de la cruz sobre el pecho y se dejó caer en el asiento. Después pidió, como todo un señor: "Si es usted tan amable, señora Bowlby, ¿me daría algo de beber?"

Fiel a su palabra, el padre Duddleswell volvió el domingo y el lu-

nes por la noche. Nada parecía conturbar la paz de su espíritu. Jamás he visto tanta tranquilidad en un hombre que, según la opinión general, estaba destinado a dejarnos pronto. La señora Pring, en cambio, que se reprochaba el haber empujado al párroco a aquella especie de juicio de Dios, estaba intranquilísima. Probaba todos los alimentos que tomaba el sacerdote para que no fueran a envenenarlo y lo acompañaba a todas partes.

Fue una semana memorable. El miércoles la noticia ya había recorrido todo el país, y el sábado por la mañana acudió más gente a misa que si la hubiera celebrado el Sumo Pontífice.

Por la noche el bar estaba hasta los topes. El padre Duddleswell, desde una plataforma preparada especialmente para él, se dirigió al público allí congregado: "Como han podido ver, damas y caballeros, la superstición no me ha matado. Voy a ser yo quien la mate con mi fe ciega en el Altísimo".

El reloj dio las 8 y el padre Duddleswell, con su jarra de cerveza en la mano, se sentó en la silla del juicio final por última vez. Los presentes le tributaron una salva de aplausos.

Horas más tarde, avergonzado de mi cobardía, coloqué con cuidado en el estudio del párroco la silla que se había ganado.

—Soy un miedoso —le confesé—. ¡Usted sí que es un hombre de fe!

El sacerdote tosió azorado.

—No lo crea ni por un momento, padre Neil. No le engañaba a usted su instinto. Debo confesarle un pequeño truco: nunca me he sentado en la silla del juicio final.

Y un poco a la fuerza me contó la verdad. En Portobello Road, mercado de antigüedades de Londres, había visto una silla idéntica a la de la taberna (que no tenía, por otra parte, nada de original). Pagó por ella dos libras y la escondió en su garaje hasta el amanecer del sábado anterior. A las 3 de la madrugada, la señora Bowlby, que le había quitado la llave del candado a su marido mientras dormía, pasó al párroco a la taberna y entre los dos sustituyeron la silla del juicio final por la otra, a la que colocaron la placa en el respaldo y el cojín dorado en el asiento.

Sin que mi admiración hubiese disminuido un ápice, aunque sí alterado su naturaleza, le pregunté qué había hecho con la silla auténtica. Ruborizándose, me contestó:

—No soy supersticioso, pero no podía arriesgarme. Primero la rocié con agua bendita y pronuncié sobre ella unas palabras de exorcismo sacadas del Ritual Romano. Luego me la traje y la enterré en el jardín.

En eso aparecieron el ama del párroco y el tabernero. En cuanto la mujer nos dejó solos, Fred declaró sumamente afligido:

—Esa no es la silla del juicio final. Como usted sabe, padre, yo no soy supersticioso, pero, después de la tragedia de Charlie Skinner, decidí deshacerme de ella.

—¿Y...?

—Pues que encontré otra igual...

—¡En Portobello Road! —aseguró muy convencido el sacerdote.

—Sí; y la puse en lugar de la auténtica. Jamás se lo comuniqué a mi mujer.

—¿Y qué hizo con la verdadera?

—La hubiera enterrado en el jardín, pero mi esposa es demasiado buena jardinera, así que me la llevé otra vez a la tienda de Portobello, donde expliqué que no hacía juego con el resto de la decoración —arrastró un poco los pies—. Sólo he venido a decirle que, aunque se sentó en otra silla, usted creía que era la del juicio final. Es un valiente, padre.

Y le alargó un rollo de billetes de una libra.

Cuando Fred se marchó, el padre Duddleswell, descolorido, se desplomó en su sillón. "Tome una pala, padre Neil, y empiece a cavar otro hoyo en el jardín".

Humorismo militar

El capitán de un portaaviones ligero era un orgulloso aristócrata, nacido en la nobleza y criado con la idea de mandar. Era impaciente y déspota con los oficiales menores, a quienes abiertamente desdeñaba.

Un día, cierto oficial de artillería entró en la cámara diciendo a gritos: "¡Me habló! ¡Me habló por fin!" Sus compañeros sabían que al día siguiente abandonaría la nave, después de servir a bordo dos años, y le preguntaron qué le había dicho el capitán.

—Subía yo por una escala de cuerda cuando él venía bajando por la misma, y me dijo: "¡Quítate de mi camino, imbécil!" —N.W.E.

Aunque los alimentos en la cafetería de nuestro barco eran bastante buenos, los marinos los servían tan mal que presentaban un aspecto repugnante. Para demostrarles cómo hacerlos parecer más apetitosos, el primer cocinero colocó fuera de la cocina una caja con tapa de cristal, en la que exhibía diversos platos con alimentos atractivamente dispuestos.

Después de algunos días, un aviso apareció sobre la caja: EN CASO DE TENER HAMBRE, RÓMPASE EL CRISTAL. —K.C.

Cuando era yo soldado raso, siempre me asignaban los oficios más duros en nuestra compañía de trasporte motorizado. Finalmente, ya desesperado, me quejé al sargento, exigiendo saber por qué invariablemente me encargaban los trabajos más pesados.

—Pues verás —me dijo—: las tareas más arduas se las doy siempre al más perezoso de la compañía. Este siempre halla la manera más fácil de hacerlas. Y luego les digo a los demás que las hagan del mismo modo. —H.C.Y.

Hacia un mundo sonoro

Conjugando algunas innovaciones mecánicas con su habilidad de viejo profesor, un fonetista yugoslavo ha ayudado a libertar a los sordos de su prisión de silencio

POR ALEXANDRE DOROZYNSKI

MAXIM, niño moscovita de cinco años, conoce ya los pasos del tratamiento. Se sube en una vieja silla de madera, agarra con fuerza un objeto brillante y pequeño conectado por alambres a una caja de metal, sonríe y espera. Enfrente, el terapeuta de idioma ruso Mladek Lovric ajusta dos botones en la caja y toma el micrófono: "Ba ... ba ... ba ..."

El chico frunce el ceño, vacila e intenta repetir: "Pa ... pa ... pa ..."



"Ba...ba...ba..." insiste Lovric ajustando los botones.

Y Maxim, aunque algo vacilante, repite bien: "Ba ... ba ... ba".

El terapeuta le hace un ademán de aprobación. Se pone la mano izquierda sobre la cabeza, a manera de penacho de piel roja, y dice: "¡Juuujuuujuuu!" al mismo tiempo que se balancea de atrás adelante.

"¡Juuujuuujuuu!" repite el niño siguiendo el juego.

Ahora Lovric se lleva el dedo a los labios para indicar profundo secreto: "Shshshshshsh . . ."

Maxim imita: "Pshshshsh".

Tras una serie de ajustes a los botones y repeticiones, el pequeño aprende a decir claramente: *Babushka doma,* que en ruso significa: "La abuela está en casa".

Fisiológicamente, Maxim es sordo.* A los siete meses de edad, un ataque de meningitis le lesionó gravemente los nervios del oído interno. Los tratamientos usuales de reeducación no dieron resultado y el niño pudo haber quedado para siempre hundido en el silencio de los sordomudos (la mayor parte de los mudos no aprenden a hablar sencillamente porque no oyen), si sus padres no lo hubieran llevado al Centro de Rehabilitación para la Sordera y el Habla, de Zagreb, donde ocurrió la escena arriba descrita. Allí el profesor Petar Guberina, lingüista y fonetista yugoslavo, perfeccionó el llamado método "verbotonal", de prestigio internacional en la terapia de la sordera.

El supuesto fundamental del método es sencillo. Guberina, académico circunspecto y de voz suave que dirige el Centro a los sesenta y tantos años de edad, explica: "Considero que no existe ninguna persona completamente sorda, es decir, totalmente incapaz de percibir el sonido".

Todos los sonidos naturales son una combinación de vibraciones de distintas frecuencias; las del habla están por lo general dentro de la gama media-baja o superior. Si bien los sordos pierden en diverso grado la facultad de percibir la gama de frecuencias más utilizada, pueden todavía captar algunas, por lo común las más bajas. Sin embargo, estas se confunden con las altas, imperfectamente escuchadas. Guberina pensó que bastaba eliminar dichas interferencias, amplificar las frecuencias audibles y adiestrar al paciente para oír por medio de ellas.

"El método se basa", comenta, "en desarrollar la percepción del habla mediante el cultivo de las frecuencias de sonido que están disponibles. Uno puede aprender a leer un texto aunque tapen la parte superior o la inferior de los renglones impresos; de manera análoga, es posible entender el habla aunque falten la mitad o más de las vibraciones que la componen".

En el Centro de Zagreb los terapeutas averiguan primero la gama

*Cuando se habla de sordera en este artículo nos referimos a una pérdida máxima de 90 decibelios. La mayor de 90 decibelios o pérdida total se llama sordera profunda o completa.

de frecuencias que el minusválido puede percibir. Es curioso que algunos sonidos bajos pueden ser oídos o al menos sentidos. Las lentas vibraciones de un buque en el mar a veces se oyen como un ruido sordo y a veces simplemente se sienten como una ligera sacudida. Guberina y sus colaboradores aprovechan este fenómeno para despertar la conciencia del sonido en casos muy serios. Así, Maxim usaba un vibrador de baja frecuencia para aprender a "oír" a través de las manos. Las pruebas indican que pronto usará audífonos para percibir sonido filtrado, y al cabo de muchos meses de paciente adiestramiento conseguirá oír y hablar.

Hoy utilizan el tratamiento en 25 países de Europa, África, Asia y América. Guberina pasa gran parte de su tiempo dando conferencias en todo el orbe, y los terapeutas adiestrados en Zagreb despliegan sus actividades en muchos de los 200 y tantos centros verbo-tonales establecidos en diferentes países. El profesor René Lehmann, una de las máximas autoridades francesas en acústica y percepción del lenguaje, que conoce el Centro de Zagreb, dice: "El método verbo-tonal no será la última palabra, pero, si lo aplican correctamente, es sin lugar a duda una terapia muy válida".

A Petar Guberina le ha interesado siempre el sonido. Hijo de un viñador dálmata, trabajó para pagar sus estudios en la Universidad de Zagreb, donde se especializó en francés y en fonética. Luego obtuvo un doctorado en la Sorbona. En 1951 lo nombraron profesor asistente en la Facultad de Letras de Zagreb e inició una carrera docente que pudo haber sido muy tranquila.

Sin embargo, sus intereses lo llevaron más lejos.

Al escuchar a estudiantes de distintos países, se preguntaba por qué pronunciaban mal las palabras de un idioma extranjero. Es más: las personas no se dan cuenta de que pronuncian mal las palabras porque las oyen mal también. ¿Por qué? El niño normal nace con una percepción perfecta de los sonidos, pero a los 15 años ya ha ensordecido para algunos que no le son familiares. Esta sordera, pensaba Guberina, no afecta al oído sino a la mente, o sea, el cerebro no reconoce esos sonidos. En cierto modo, un inglés se hace duro de oído en Francia, un francés en Alemania, etcétera.

Mas, ¿qué decir de alguien que es duro de oído en su propio idioma?, se preguntó Guberina.

Pronto se le presentó la oportunidad de averiguarlo. En 1952 la Clínica del Oído de la universidad le pidió compilar una lista de las palabras servocroatas de uso más frecuente para emplearlas en pruebas de audiometría. "Como las palabras enteras contienen muchos sonidos sobrepuestos", recuerda el profesor, "estimé que sería más atinado escoger partes de palabras de una frecuencia predominantemente alta o baja para determinar si los pacientes percibían más de una que de otra".

El investigador y un ayudante pasaron días enteros haciendo sonidos el uno para el otro a través de una serie de filtros de frecuencia ya existentes en la industria. Llamaron a los sonidos logatomos, y cada uno debía ser "rico" sólo en una banda de frecuencia. Por ejemplo, "si-si" era un logatomo típico de alta frecuencia y "buu-buu", de baja. Para probar en forma más precisa la audición de los pacientes con logatomos, hizo construir una máquina que se conoció como la SUVAG (siglas en inglés de Sistema de Audición Verbotonal Universal Guberina).

Las pruebas confirmaron lo que los especialistas sabían desde hacía ya algún tiempo: la mayoría de los sordos pierden la percepción de las frecuencias altas. Por consiguiente, los audífonos comunes se diseñan para amplificar esas frecuencias sin preocuparse por dar ayuda electrónica en las más bajas.

Guberina se propuso "trasmitir" en estas frecuencias más bajas. Sus ingenieros construyeron una nueva máquina, la SUVAG I, capaz de mandar a través de audífonos o mediante un pequeño vibrador frecuencias hasta de un ciclo. El fonetista estrenó la máquina con una anciana sorda desde hacía 40 años a causa de una enfermedad infecciosa. Bastaron unos días de adiestramiento para que entendiera trozos de conversación trasmitida en esa forma, y fue tal su regocijo al oír el habla humana, que volvió día tras día para que le permitieran escuchar más. Otro paciente fue un hombre de edad que, después de varias sesiones con la máquina, empezó a entender algunas palabras.

Con el tiempo, ambos pacientes comenzaron a comprender más y mejor, para sorpresa de los médicos que habían seguido los experimentos. Muy bien sabían los especialistas que no podía tratarse de una mejora fisiológica en la percepción del sonido y, sin embargo, habían mejorado sin duda la comprensión del habla.

La explicación de Guberina es esta: "Inconscientemente, los pacientes volvían a adiestrar la mente para la percepción del habla por medio de los tonos más bajos o de una combinación determinada de tonos bajos y altos. Era como aprender a leer sirviéndose únicamente de la parte inferior de las letras".

Si los adultos llegaban a entender el habla filtrada, era de suponer que los niños, con un cerebro más flexible, lograrían mejores resultados. Así pues, empezó a experimentar con chiquillos. El yugoslavo Gospodnetic, que trabajó con Guberina a mediados del decenio antepasado, recuerda: "Fue la parte más emocionante de la investigación. Con adultos que ya conocen el idioma, a veces bastaba encontrar el mejor campo acústico y explotarlo. Con los pequeños, tratamos todo el proceso de aprendizaje de la lengua y de la educación".

Rápidamente se extendió la fama de la labor que estaba realizando el profesor Guberina, y en el decenio

pasado el gobierno le ofreció un edificio y los fondos necesarios para fundar un Centro de Rehabilitación del Habla y del Oído. En la actualidad hay cada semana un promedio de 800 personas de todas las edades en tratamiento en el Centro de Zagreb, cuyo personal comprende más de 200 técnicos. La reeducación de los adultos es más difícil que la de los niños, a menos que inicien el tratamiento inmediatamente después del accidente que produjo la sordera, o que lo hagan a tiempo si se trata de pérdida progresiva del oído. En la mayor parte de los casos se pueden obtener buenos resultados, pero el profesor Guberina insiste en que todavía falta mucho por hacer: "Los sordomudos no pueden oír ni hablar en seguida con la ayuda de una máquina. De ser posible el tratamiento, se precisa una labor metódica y prolongada".

Cuando visité el Centro, observé a siete chicos de tres a cuatro años sentados en el suelo, en semicírculo, en un cuarto amplio y luminoso. Algunos tenían puestos audífonos y otros agarraban un vibrador, conectados siempre con una máquina SUVAG. Una de las terapeutas, atractiva rubia de poco más de 20 años, levantó los brazos hacia el techo como una bailarina de ballet y dijo ante el micrófono que llevaba pendiente del cuello: "Aaaaaaa . . ." Los chicos intentaban imitarla. "Eeeeeee" continuaba la muchacha estirando los brazos hacia adelante con las palmas de las manos hacia afuera; "Ooooooo . . ." (y llevaba los brazos hacia el techo con un movimiento circular). Los niños trataban de seguirla, encantados con el nuevo juego.

—¿Para qué es la mímica? —pregunté, y el profesor Guberina me explicó:

—Al principio utilizamos movimientos corporales para facilitar la articulación. Es sabido que ciertos gestos ayudan a producir determinados sonidos. Los movimientos también auxilian al ritmo, y posteriormente se usan para ilustrar el sentido de oraciones habladas.

Una vez que un niño ha aprendido a entender el habla valiéndose de frecuencias seleccionadas y es capaz de expresarse en forma inteligible le adaptan un audífono que se acerca lo más posible a su propia gama de frecuencias y lo envían a una escuela pública. (Entre el 20 y el 25 por ciento de estos chiquillos son profundamente sordos.) Si tiene problemas para seguir un plan de estudios normal, le ofrecen en el Centro clases correctivas en varias materias, destinadas principalmente a acostumbrar la mente infantil al sonido de las palabras nuevas, propias de cada materia de estudio.io.

En el curso de sus investigaciones sobre la terapia de la sordera, el profesor Guberina siguió interesándose por las lenguas extranjeras. Con la primera SUVAG que puso en servicio y con la colaboración de estudiantes nativos que hablaban a la máquina, empezó a descubrir las frecuencias predominantes en francés, inglés, alemán, ruso, italiano y

servocroata, que constituirían a su vez las mejores bandas auditivas para los individuos de cada nacionalidad. En cuanto las estableciera, filtraría los sonidos de la lengua extranjera para adaptarlos a la gama del escuchante. En seguida empezó a experimentar con un grupo de estudiantes africanos en Zagreb. "Al cabo de seis meses de adiestramiento, llegaron a ser los primeros africanos que hablaron el servocroata casi sin acento", refiere.

El nuevo descubrimiento llevó a la construcción de una tercera máquina, la SUVALINGUA, para enseñar idiomas. Al mismo tiempo, Guberina trabajó en colaboración con el profesor Paul Rivenc en el Centro de Idiomas CREDIF, del gobierno francés, localizado en las afueras de París, para perfeccionar un nuevo método de enseñanza del francés. Este método se llama Estructuro-Global y enfatiza la percepción de la comunicación oral. El estudiante aprende ante todo el diálogo en situaciones dadas en las que percibe primero las entonaciones y ritmos generales, y luego las palabras que componen las frases. La pronunciación se corrige continuamente con la SUVALINGUA.

El método Guberina-Rivenc del Centro CREDIF se usa actualmente en unos 100 países. Tan sólo en los Estados Unidos lo han adoptado 1000 escuelas superiores y universidades para la enseñanza del francés. Se ha extendido también al aprendizaje de otras 20 lenguas, incluyendo el español. La prestigiosa Escuela Internacional de Intérpretes, de Mons (Bélgica), lo aplicó en 1977 para enseñar el idioma chino.

Con todo, la preocupación principal del Dr. Guberina siguen siendo los sordos. Sus máquinas SUVAG (hoy construye dos modelos: SUVAG I y SUVAG II) se fabrican en Yugoslavia y en Francia, y se ha proyectado una portátil para uso doméstico. Guberina abriga la esperanza de que algún día los fabricantes encuentren una manera económica de producir auxiliares auditivos adaptados precisamente a los requisitos individuales de cada persona. Pero desde ahora se puede anotar a su haber varias realizaciones importantes. "En Zagreb intentamos revisar la definición de sordera profunda", cuenta. "Aunque no queremos dar falsas esperanzas, podemos afirmar que virtualmente cualquier niño sordo, si no ha sufrido lesión cerebral ni tiene serios problemas mentales, puede llegar a hablar y a percibir el habla hasta cierto grado. Por lo que respecta a los mayores, tratamos de ayudarlos a salir del aislamiento de la sordera total. Y eso ya es algo, ¿verdad?"

En Argentina existen dos centros SUVAG: Centro Médico E.I.N.N.O., Vicente López 381, Mendoza; y Universidad de Buenos Aires. Pronto se establecerán centros en Colombia, Cuba, México, Panamá, Perú y Venezuela.

OOOOOOOOOOOO

El problema es eliminar la caspa respetando el pelo.

Antes de buscar una solución a este problema, veamos qué es la caspa. La caspa es una afección exclusiva del cuero cabelludo que se manifiesta como un polvillo blanco pudiendo además, estar acompañada de una intensa picazón.

Sus orígenes son de lo más variados: situaciones nerviosas, diversas enfermedades epidérmicas, trastornos hepáticos, etc.

Estas afecciones provocan una acelerada reproducción de las células del cuero cabelludo que se desprenden del mismo apareciendo como pequeñas partículas blancas.

3 caminos para eliminar la caspa:

• Shampoos anticaspa cosméticos



Este tipo de shampoos en realidad se ocupa más de la belleza del pelo que del problema de la caspa. El resultado es que la caspa permanece o, en el mejor de los casos, solamente disminuye. Puede ser el camino indicado para algunos casos de caspa muy suave.

• Shampoos anticaspa medicados

Incluye los shampoos prescriptos por médicos; es el indicado para ciertos tipos de caspa.

Su uso debe regularse siguiendo las instrucciones de quien lo receta. Una utilización inadecuada puede ocasionar inconvenientes en la misma naturaleza del pelo, dejándolo sin el brillo y elasticidad naturales.

• Selsun Azul, "El Especialista"

¿Y qué pasa cuando los shampoos anticaspa cosméticos no dan resultado, pero la caspa no es tan intensa como para una solución medicada?

Se necesita un especialista.

Y Selsun Azul lo es. Porque ha sido desarrollado



La solución para el problema de la caspa, respetando el pelo.

Cuanto más nuevas sean las bujías, mejores son la economía y el rendimiento.

¿Cómo se sabe que es hora de poner bujías nuevas?
No hay cambio repentino del rendimiento ni de la economía que se lo indiquen.
Pero, entre los 12.000 y los 16.000 Km. las bujías están lo suficientemente gastadas como para afectar seriamente la economía de combustible y el rendimiento.
Por lo tanto, deberían ser reemplazadas por un nuevo juego de bujías Champion.

¿Por qué Champion?
No solamente han participado en más victorias de carreras que ninguna otra marca, sino que se fabrican exactamente para el motor de su automóvil. Son más también, los fabricantes de autos que las eligen para instalar en sus vehículos. Y por supuesto, la mayoría de los automovilistas del mundo las prefieren.

CHAMPION®

La bujía de mayor venta en el mundo.





LA RISA, REMEDIO INFALIBLE

El locutor de cierto noticiario de la televisión fue a ver al siquiatra con la queja de que no podía dormir por la noche, pues se pasaba las horas resolviendo los problemas del mundo.

—¿Y los logra resolver? —le preguntó el facultativo.

—Casi siempre.

—Entonces, ¿qué es lo que le impide dormir?

—¡Esos malditos desfiles y festejos que organizan en mi honor!

—F.F.W.

Furiosa por haber perdido una partida de *bridge*, la esposa dijo a su consorte:

—Tenía cuatro ases y tres reyes. ¿Qué podías tener tú para pujar sin triunfo?

—Dos sotas, dos reinas y cuatro whiskys. —F.F.W

El *caddie* alcanza a todo correr al golfista novato y le grita: "Le tengo una noticia buena y otra mala. Primero le daré la buena: acaba usted de meter la pelota de un golpe en el sexto hoyo. Y ahora va la mala: estamos jugando el quinto".

—M.H.W.

Cierto sacerdote, apasionado predicador, se sentía preocupado por estar llevando el evangelio sólo a los ya creyentes. Pero un día el diácono, al terminar el oficio, corrió hasta el cura para anunciarle:

—Alguien me robó del armario la gabardina nueva.

Levantando los ojos al cielo, el sacerdote exclamó con regocijo:

—¡Alabado sea Dios! ¡Por fin estamos atrayendo a los pecadores!

—M.C.

Cuando se enfermó el actor principal de una representación londinense de *Hamlet*, de Shakespeare, no había nadie que lo remplazara, salvo un artista norteamericano cuya egolatría sobrepasaba su habilidad histriónica. Como era de esperarse, su actuación resultaba fatal, pero siguió adelante, ajeno a las protestas del conocedor público británico.

Al llegar al famoso soliloquio:

"Ser o no ser..." la concurrencia, fuera de sí, empezó a interrumpirlo. En este punto, el ególatra comediante se detuvo y vociferó: "¡Oigan, no me culpen a mí! ¡Yo no escribí esta basura!" —V.H.

UN INSPECTOR bancario que llegó a visitar la sucursal de un pueblecito se encontró a los cuatro empleados jugando al póquer en uno de los despachos traseros. Resuelto a darles una lección, hizo sonar la alarma, pero los jugadores se quedaron como si nada. En cambio, el cantinero de la taberna de enfrente se presentó con cuatro botellas de cerveza. —F.F.W.



DE LA sección de Abigail Van Buren, popular columnista norteamericana que trata problemas personales y familiares:

Estimada Abby: Marvin, el jefe de nuestra oficina, anda por los 45 años de edad, está casado y tiene familia. Sissy, la secretaria del director general, es una chica muy atractiva. Desde hace días ella y Marvin pasan juntos largos ratos en el archivo... ¡a puerta cerrada! Ya me cansé de encubrirlos cuando el director me pregunta por Sissy; y, con todo, no me atrevo a tratar el asunto con la pareja. ¿Qué me aconseja? "Inquieta".

Estimada Inquieta: Haga a un lado la vergüenza y dígale a Sissy que la próxima vez que el director vaya a buscarla, usted le informará que puede localizarla en el archivo, bajo "Marvin". —A.V.B.

CIERTO hombre de negocios norteamericano a un colega: "Por fin logré que mi hijo comprendiera el valor del dólar... y ahora quiere que le dé su asignación semanal en francos suizos". —L.G.

"SEGÚN las estadísticas", comentaba un locutor, "en China nace un niño cada 47 segundos".

—¿No te parece admirable —preguntó una señora a su marido— que hayan logrado espaciarlos con tanta exactitud? —M.A.G.

EN UNA joyería, cierto joven preguntó el precio de unos aretes de perlas.

—Valen mil pesos —le dijo la dependienta; y al ver la cara de desconsuelo del parroquiano, añadió—: Son perlas cultivadas.

—Bueno —declaró el joven—, supongo que tendré que conformarme con algo un poco inculto. —T.M.

Los sencillos goces de la vida

POR MINNIE BAUER

La autora de esta carta, dirigida sencillamente al "Director", tiene 73 años, lleva una existencia apacible con su esposo, jubilado, y hace versos por pasatiempo. Creemos que nuestros lectores hallarán en esta carta deliciosa el mismo encanto, la misma sabiduría práctica y el mismo penetrante discernimiento que a nosotros nos han sorprendido tan gratamente.

—La Dirección

AHORA, a mis años, contemplo con sereno desasimiento el espectáculo que ofrece un mundo convulso, ávido de placeres, diversiones, poder, prestigio y egoístas satisfacciones, y me asalta el deseo de que alguien describa y ensalce los goces sencillos de la vida. Pienso, al desearlo, en las cosas que cada cual puede obtener . . . con tal que las consiga antes que los achaques de la helada vejez lo incapaciten para ello.

Cuanto menos ágil me siento, más pienso en el placer de andar con pie ligero por uno de esos caminitos rurales bordeados de fragantes setos, pisando con planta segura las piedras saltaderas para cruzar un arroyo cristalino, o de quedar atónita a cada vuelta y revuelta de una senda montañera, sorprendiendo a la Naturaleza en todas las fases de su inagotable hermosura. Y también me deleita la satisfacción de hacer bien las humildes tareas diarias o de crear o modelar algo por el puro placer de hacerlo.

A medida que voy perdiendo el oído, pienso en la emoción placentera que despiertan la voz de un ser querido, las risas de los niños que juegan y retozan, la música, el canto de un ministril ambulante, el distante son de las campanas, y hasta el fragoroso retumbo del trueno y el silbido del viento que precede a la benéfica lluvia. Algunas veces, el semisilencio de la nieve al caer blandamente me produce inefable sensación de quietud.

Y al paso que la edad me nubla y debilita la vista, pienso en el placer de la lectura, ya sea de una carta, ya sea de un libro, ya sea de un tema propicio a la honda y sosegada meditación. Portento sin igual es el de ver el cielo de la no-

che tachonado de brillantes estrellas, bañado en el plateado resplandor del plenilunio, los primeros rayos del Sol naciente, o la pompa y la riqueza de matices del ocaso. ¡Y cuánto me solazaba viendo el bien cuidado jardín de mi vecino con sus simétricos arriates llenos de flores, con su orgía de capullos de encendidos colores, o columbrar, de la otra banda del valle, las colinas que lo encuadran en un lindo marco de verdor, y los campos labrados que han de convertirse en un mar ondulante de rubias espigas entreveradas de rojas amapolas!

Y aunque mis comidas son cada vez más frugales, por mor de mi quebrantada salud, pienso en el regalo de una buena mesa, en los manjares bien guisados y sazonados: huevos frescos y jamón serrano antes de principiar los trabajos del día; un apetitoso almuerzo en la cordial compañía de un vecino o un amigo; la comida fuerte de dorada carne y hortalizas para concluir la jornada con toda la familia en torno de la amplia mesa.

¿Quién podría contar los innumerables placeres por ese estilo que el Cielo me ha concedido? Ahora, en la creciente penumbra del inevitable crepúsculo, me gozo en recordarlos. Añadid a la fruición íntima y tierna de esos amables recuerdos, el noble ocio, el "ocio con dignidad", que dijo el latino, y una suma mayor de tiempo para descansar y rezar. Y cifro, por último, mi mayor goce, el más dulce y entrañable de todos, en mi fe ferviente y mi confianza inalterable en un Creador que todo lo sabe, en un Dios de amor, verdad y justicia, que vela eternamente por nosotros.

El tenor Richard Tucker, en una representación de la ópera *Un baile de máscaras,* de Verdi, en el Metropolitan Opera House, de Nueva York, terminó su aria en la forma prescrita por el libreto: con un apasionado abrazo a la soprano Régine Crespin. Pero, quebrantando las reglas de la empresa, se apartó de la Crespin antes de que terminara la ovación del público, para corresponder a los aplausos con una venia.

Más tarde su hijo Barry, agudo crítico de las actuaciones del tenor, le dijo:

—Papá, ¿no te preocupa lo que diga la dirección de la empresa por haber interrumpido la escena?

—Muchacho —repuso Tucker—, ¡por el momento me preocupaba más lo que pudiera decir tu madre si me quedaba abrazando a la Crespin durante un segundo más! — *Bravo*



ESTA TIERRA MALDITA

Condensado del libro
"Mawson's Will" de

Lennard Bickel

ESTA TIERRA MALDITA

Por Lennard Bickel

Después que Peary llegó al polo norte en 1909, el último laurel geográfico por conquistar eran las tierras antárticas, a las cuales volvieron sus ojos los exploradores: por la gloria, por la Corona, por la ciencia. Actualmente sus nombres evocan recuerdos de valentía y sacrificio: Shackleton, Scott, Amundsen. Pero en el panteón de los próceres polares un nombre brilla por su ausencia: el de sir Douglas Mawson. Por un extraño capricho de la historia, hoy escasamente se le recuerda fuera de Australia, donde tenía su hogar. Sin embargo, su lucha contra el cruel sexto continente ("tierra maldita", lo llamaba él) tiene pocos rivales en los anales de las aventuras polares. Presentamos, rescatado de un diario garrapateado pacientemente en las más aterradoras condiciones, el relato completo del terrible aunque espléndido triunfo de Mawson.

Douglas Mawson tenía mucho en que pensar. A mediodía la lectura de los instrumentos le indicó que él y sus dos compañeros se hallaban ya próximos a su objetivo: el punto interior donde la infranqueable barrera de hielo de la Antártida había cerrado el paso, en diciembre anterior, a su pequeña embarcación de roble, la *Aurora*. Así, aquella noche debían de estar directamente al sur de la ciudad de Sydney (Australia), y se proponían completar sus planes para emprender la expedición hacia el este, con objeto de reconocer todo el terreno posible antes de verse obligados a iniciar el regreso al campamento base.

Al principio contaban con tres trineos de madera dura australiana, uno de 3,65 metros de longitud y dos de 3,35, pero uno quedó tan averiado por repetidas caídas en las hendiduras de los glaciares, que el día anterior, 13 de diciembre de

CONDENSADO DE "MAWSON'S WILL". © 1977 POR LENNARD BICKEL. FOTO: CORTESÍA DEL INSTITUTO MAWSON PARA LA INVESTIGACIÓN DE LA ANTÁRTIDA, DE ADELAIDA Y DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS. DIVISIÓN ANTÁRTIDA, DE MELBOURNE (AUSTRALIA).

1912, tuvieron que abandonarlo. Habían cargado los víveres, la tienda y los objetos más esenciales, en el mejor de los otros dos. Este trineo iba detrás, para que cruzara los puentes de nieve tendidos sobre las hendiduras después de haber pasado sobre ellos el explorador delantero y el primer trineo.

Era así, pues, el orden de marcha: al frente, como delantero, iba Xavier Guillaume Mertz, abogado graduado en Suiza y, a los 28 años de edad, campeón de esquí y gran montañero. Después, con el primer trineo, seguía Mawson, ya veterano de la Antártida a los 30 años. En el segundo iba el teniente Belgrave Edward Sutton Ninnis, joven y lozano suboficial de los Reales Fusileros británicos.

Poco quedaba por hacer en preparación para la jornada del día siguiente, fuera de atar de nuevo los dos tiros para enganchar a los perros, de modo que ambos equipos pudieran tirar del trineo de Mawson. Este trineo estaba ya cargado con raciones para una semana, consistentes en carne seca, leche en polvo, bizcochos, azúcar, cacao y té. Por la mañana solamente tendrían que agregar la comida de una semana para los perros, la tienda de campaña, las herramientas y una lona para el piso. Podrían dejar el trineo trasero en la nieve para recogerlo al regreso. Durante unos tres días, si el tiempo lo permitía, avanzarían velozmente: Mawson calculaba llegar a unos 650 kilómetros de su campamento base.

Le agradaba rumiar la idea de que iban a alcanzar el objetivo y a pisar una tierra no hollada por el hombre, y pensaba que hacía una hermosa tarde para proyectar esa última jornada. Escribió: "Era un día espléndido; el mejor de todo el viaje. Temperatura 6° C. bajo cero; soplaba un viento de 10 millas estesudeste".

De pronto vio que Mertz se había detenido más adelante y miraba fijamente hacia el camino recorrido. Algo en su actitud le causó alarma. Mawson detuvo a sus perros y se volvió a mirar sobre el hombro. Una sola huella de trineo se extendía hasta 400 o 500 metros de distancia; de allí corrían dos surcos que iban a perderse en el brumoso horizonte de un paisaje desierto.

Mawson se apresuró a desandar el camino mientras un sentimiento de temor corría por sus venas. ¡Ninnis y los animales que tiraban del otro trineo habían quedado atascados de nuevo en una grieta! Quizá estuvieran colgando de sus correajes, atados al trineo, esperando que los salvaran.

Pero el enorme agujero abierto en el puente de nieve congelada dio al traste con aquella esperanza. Ya cerca del borde de la orilla, peligrosamente agrietada, Mawson miró dentro del profundo hoyo de hielo, y lo embargó una sensación de catástrofe. Se volvió e hizo señales desesperadas a Mertz, gritándole que llevara allí los perros y las cuerdas; luego percibió en las pro-

fundidades el gemir de un perro, mezcla de dolor y de miedo.

Mertz llegó al hueco, y él y Mawson rodearon la fisura para tenderse al borde del hielo macizo, desde donde gritaron repetidas veces hacia el fondo. Sólo el perro les respondía. Mawson halló sus prismáticos y, mientras Mertz lo sostenía de una cuerda atada a la cintura, se inclinó sobre el abismo para mirar abajo. Las duras paredes de hielo caían a pico, perdiendo sus matices verdes y azules hasta confundirse con el negro de las glaciales profundidades. A la brumosa media luz Mawson podía ver, casi 50 metros más abajo, un escabroso saliente de hielo sobre cuya desigual superficie estaba el perro que aullaba. El animal parecía tener rota la columna vertebral; luchaba para incorporarse y gemía de dolor. En el saliente se veían el cadáver de otro perro y los restos destrozados de la carga del trineo de Ninnis; no había más señales de vida.

Ofuscado por su angustia, Mertz pretendía colocar el trineo restante entre las dos orillas de la grieta para descender por las cuerdas que les quedaban. Mawson tuvo que reprimirlo. El hueco era demasiado ancho para el trineo; el saliente, demasiado profundo para las cuerdas. Con todo, no podían abandonar el último rayo de esperanza. Después de tres horas de dar vueltas alrededor de la fisura, Mawson tuvo que reconocer la trágica realidad: aquella era la tumba de su compañero. Estuvieron de pie junto a la hendidura mientras Mawson leía una oración; luego este echó un brazo sobre los hombros encorvados de Mertz y lo condujo hacia el trineo que les quedaba.

Entonces comprendió claramente la abrumadora realidad de su propia situación. "Estamos en grave peligro, Xavier", declaró. "Debemos examinar nuestra posición y decidir lo que convenga".

En su trineo sólo había raciones suficientes para una semana y media cuando mucho. Dentro de su morral llevaba un poco de chocolate y algunas pasas. Todas sus reservas de alimento, incluyendo el de los perros, estaban en el fondo del abismo junto con su tienda de campaña, su lona para el piso, la azada, el pico, el mástil y la percha para armar una vela en tiempo favorable, sus escudillas, platos y cucharas. Y también habían desaparecido seis de sus perros más fuertes.

—Nos hallamos a unas 320 millas de la choza y hemos estado ausentes ya cinco semanas —observó Mawson—. Contamos con recursos mínimos para regresar. Ya sabes lo que tendremos que hacer para conservar la vida.

Xavier Mertz lo sabía, y comprendió. Con mirada ceñuda y solemne asintió:

—Sí: tendremos que comernos a los perros.

Reino de las ventiscas

CORRÍA la gran era de las exploraciones polares: Peary y Henson

en el norte; Shackleton, Scott y Amundsen en el sur; y la imagen heroica de sus audaces expediciones inflamaba la imaginación de muchos jóvenes.

Douglas Mawson había nacido en Yorkshire, en Inglaterra, pero cuando tenía dos años sus padres se trasladaron a Australia. A la edad de 26 era ya un geólogo brillante y Ernest Shackleton lo reclutó para su expedición antártica de 1907 a 1909. Mawson, sin embargo, no lo acompañó en su frustrado intento de llegar al polo. Le dieron dos comisiones: escalar el monte Erebus, único volcán activo conocido en el continente antártico, y localizar el polo sur magnético; en esta sola empresa cubrió la increíble distancia de 2030 kilómetros. Pero lo que más le impresionó fue el monte Erebus.

Mawson y otros dos exploradores lucharon contra unas condiciones pavorosas y llegaron al borde del cráter, a una altura de 3750 metros sobre el valle de hielo. Hallaron un cráter tres veces más profundo que el Vesubio y de unos 1500 metros de diámetro. Estaba hendido por una gran fisura que caía 120 metros hasta un pozo ardiente de lava. De allí el vapor de agua se levantaba 300 metros en el aire, mezclado con polvo ígneo y rocas fundidas que saltaban disparadas a grandes alturas. La furia de aquella pirotecnia terrestre sobre fondo helado fascinó a Mawson.

Al oeste del sur, aserrando el firmamento hacia el polo sur, se alargaba la interminable cordillera de los montes Trasantárticos, paisaje de grandiosidad sin rival en el mundo. Y más allá, extendiéndose hacia el oeste por muchos millares de kilómetros, se veía una tierra blanca no hollada todavía por el hombre.

En tan etéreo escenario Mawson se sintió invadido del deseo de recorrer aquellas tierras, más allá de las montañas, de explorar sus yermos nevados, sus costas y tierras altas, y gustar de su soledad milenaria.

Así, en 1910, cuando el capitán Robert Falcon Scott le ofreció una plaza en su equipo de exploradores antárticos, pudo rehusar. Una aureola rodeaba la inminente expedición de Scott; quienes la integrasen llegarían, ciertamente, al fondo mismo del mundo. No obstante, Mawson ya sabía que tras la puerta posterior de Australia existía una costa desconocida.

"He visto la gran cordillera que se prolonga hacia el sur por la Tierra de Victoria", decía. "He andado por esas montañas de hielo, he visto extensiones rocosas, que podrían ser de gran interés económico y científico. Ningún hombre ha estado allí. Quizá contengan tanta riqueza mineral como otras cordilleras de esta gran cadena andina que se prolonga América adentro. Toda observación que hagamos de esa región desconocida aumentará nuestros conocimientos del mundo. Quiero hacer nuevas aportaciones al saber humano".

Mawson organizó su propia expedición con el proyecto de tocar tierra en una zona al sur de Sydney, pero los hielos le cerraron el paso. Cuando la *Aurora* encontró por fin un lugar conveniente para desembarcar, fue en un cabo rocoso que se proyecta sobre una extensión de mar abierto a la que llamó bahía de la Commonwealth. Conocida como Tierra de Adélie, estaba muy al occidente de donde el explorador había pensado establecer su base.

Detrás de la pequeña bahía vio una inmensa extensión de hielo firme que ondulaba levantándose a varios centenares de metros para perderse en la bruma y que se prolongaba indefinidamente hasta una distancia a la que no alcanzaba la vista. Por su aspecto resultaba absolutamente infranqueable. Aquella formación glaciar era la peor conocida en la Antártida o, lo que es igual, en el mundo.

Ya el 19 de enero de 1912 habían depositado en el cabo rocoso la madera para dos cabañas, tres mástiles de 18 metros para antena de radio, trasformadores, motores eléctricos, acumuladores, estufas, hornillos, equipo para trineo, 19 perros de Groenlandia, instrumentos científicos, víveres para alimentar a 18 hombres durante dos años, colchones, mantas, herramientas, clavos, combustibles (incluyendo 23 toneladas de carbón prensado en sacos, bidones de aceite y queroseno), además de libros, papeles y efectos personales.

Tras seis días de trabajo los expedicionarios tenían levantadas las paredes de su vivienda, y una semana después habían colocado el techo y atornillado a las paredes los camastros de madera. Después de eso comenzaron a adiestrarse para la exploración en la primavera siguiente.

Mas antes del equinoccio, que ocurriría el 20 de marzo, Mawson tuvo que reconocer que había llevado al grueso de su gente "al rincón más ventoso del mundo". Los sufrimientos que les aguardaban en los meses venideros confirmarían su opinión. La víspera del equinoccio, el viento sur azotó su vivienda con una serie de ráfagas tan violentas que la sacudieron hasta sus cimientos; tan grande era su fuerza que hacía penetrar la nieve en polvo a través de las uniones de la madera machihembrada. En los días siguientes sintieron embates aun más violentos; el 22 el huracán sopló continuamente durante más de una hora y a más de 130 k.p.h., acompañado de una fuerte nevada.

Fue heroísmo rayano en imprudencia el atender a sus instrumentos exteriores durante tales tormentas. Sólo con crampones de acero de largas púas en las botas se podían mantener en pie. Más a menudo debían andar a gatas para resistir las súbitas ráfagas.

"Los vientos tienen una fuerza tan tremenda", escribió Mawson, "que eclipsa cualquier cosa antes vista en el mundo. Hemos descubierto el reino de las ventiscas. He-



Modos y medios de transporte que unen Buenos Aires... y Buenos Aires con el país y el mundo

Toda la información sobre medios de transporte: alternativas, combinaciones, posibilidades para desplazarse de un punto a otro de la ciudad o de ésta al interior o exterior del país, llamando al teléfono 38-8911.

Este servicio que brinda la Oficina de "Atención al Usuario" del Centro de Información del Transporte, apoyando el Mundial de Fútbol 78, ampliará su horario de atención —durante el mes de junio— de 9 a 21 hs.

¿Qué medio tomar?

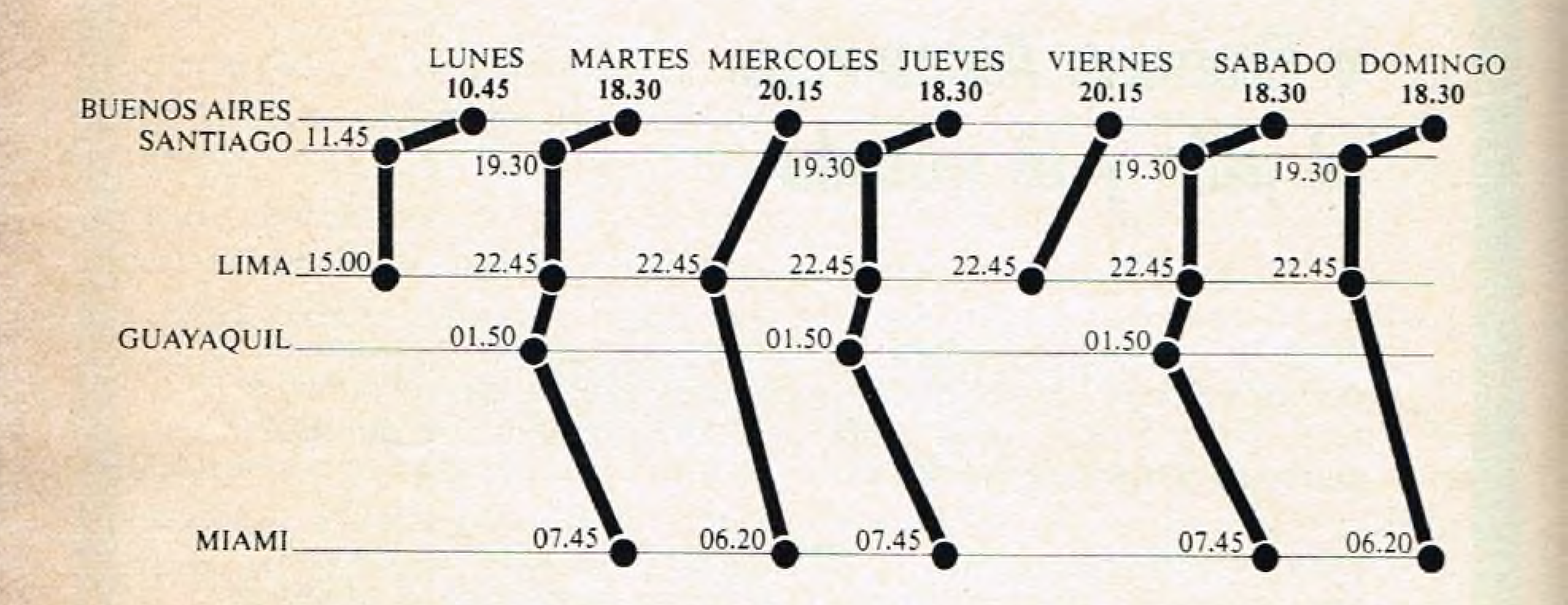
38-8911 o personalmente en Avda. 9 de Julio 1925 (esq. Belgrano) pta. baja.

Ministerio de Economía
Secretaria de Estado de Transporte y Obras Públicas

SUBSECRETARIA DE TRANSPORTE

Télam

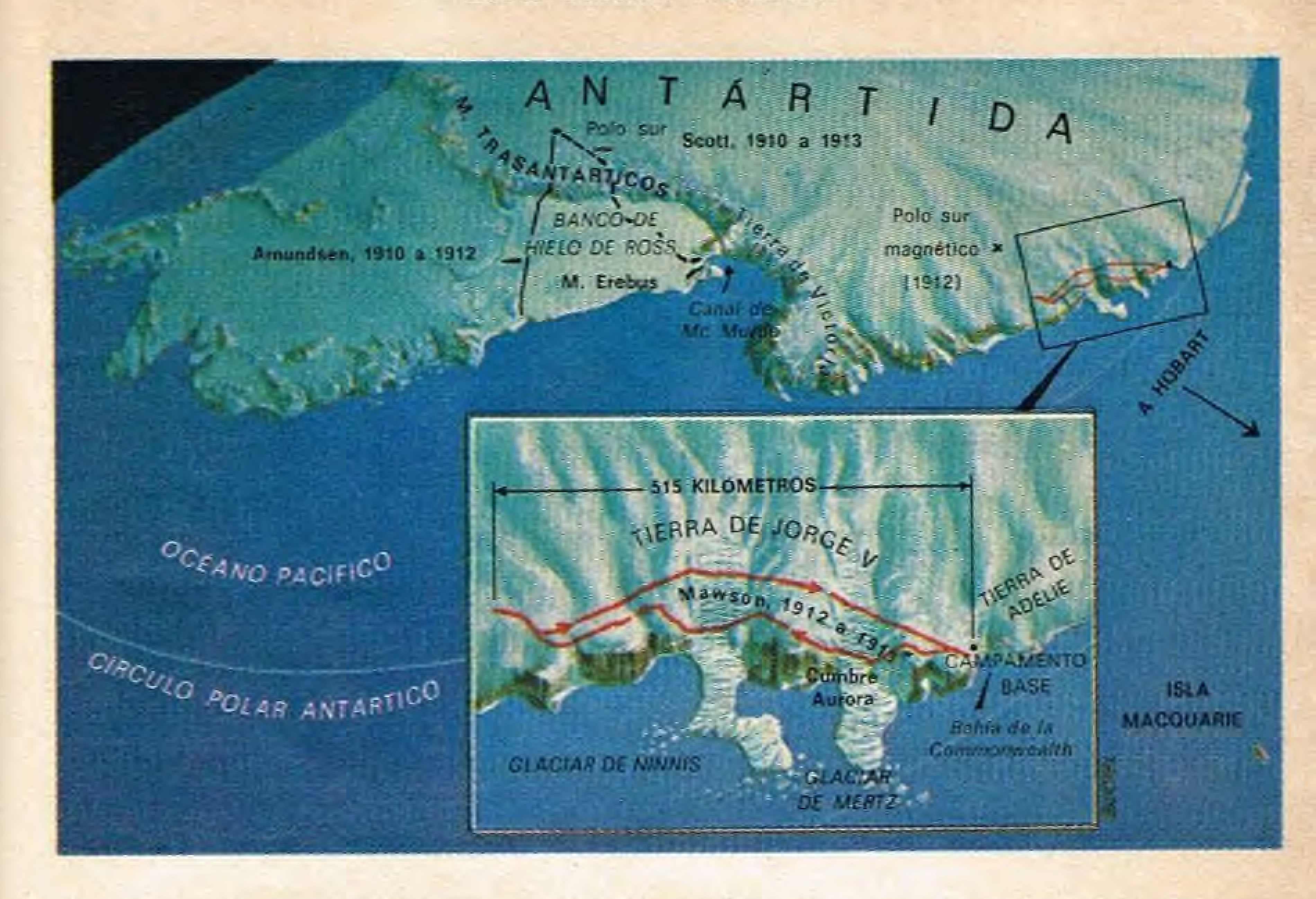
Con AeroPerú, ahora puede volar mañana, tarde o noche.



A partir del 30 de abril, **AeroPerú** le propone nuevos horarios.
Para que usted disfrute del viaje que más le conviene.
A Santiago de Chile, Lima, Guayaquil y Miami.
Con la tradicional atención peruana, todos los días. En primera clase y turista.
A la hora que señalen sus exigencias.



Santa Fe 840. Conmutador 31-6431, Reservas: 31-4115/4158, Aeropuerto Internacional de Ezeiza: 620-0181.
Agentes Generales en: La Plata, Córdoba, Mendoza, Mar del Plata, Bahia Blanca, Santa Rosa (La Pampa).
Su agente de viajes lo asesorará eficazmente. Visítelo.



mos llegado a una tierra maldita".

Otra cuadrilla había permanecido a bordo de la *Aurora,* la cual navegaba 2300 km al occidente de allí, donde también explorarían. Mas aquí, en el oriente, era donde Mawson pensaba concentrar sus esfuerzos. Un grupo reconocería la costa cercana; otro se adelantaría al primero, recorriendo más allá el litoral, mientras que Mawson mismo encabezaría la más ardua de las jornadas: una exploración a fondo por la región. Tenía la esperanza de completar un viaje que lo llevara 500 millas (800 kilómetros) adentro en aquella tierra desconocida.

Hacia el mes de noviembre todo estaba listo, pero se interpuso el mal tiempo. Hasta el día 10 no alcanzaron Mawson, Ninnis y Mertz la parte superior de la plataforma de hielo. Esa noche se refugiaron en la cueva de Aladino, abrigo del tamaño de un cuarto, cavado precisamente en el hielo.

Al siguiente día se lanzaron a su malograda aventura, que terminaría en incomparable batalla para sobrevivir en uno de los ambientes más despiadados de la Tierra.

Triste comida

DESAPARECIDO Ninnis y perdida la mayor parte de las provisiones, Mawson pensó al momento en el trineo roto y los otros materiales usados que habían descartado en el campamento la noche del 13 de diciembre. Debían volver por sus huellas a aquel lugar, 25 kilómetros atrás, y buscar algún refugio, siquiera fuese rudimentario. La única protección con que contaban con-

tra el viento y el frío era una ligera lona de dril usada hasta entonces para tapar la carga del trineo de Mawson. Había que ponerle armazón, pero él juzgaba que podrían cortarse palos del trineo desechado. Esto significaría desandar camino sobre el hielo, marchando sin parar durante muchas horas, pero tal esfuerzo aminoraría sus sufrimientos.

Con los esquís de Mertz armaron una pequeña cubierta sobre su hornillo. Mawson halló dos viejas bolsas de comida, con rastros de la carne seca y la leche en polvo que habían contenido. Encendió el hornillo con algún trabajo y, cuando la nieve se derritió y comenzó a echar vapor, puso en ella las bolsas para que hirvieran. Entonces los dos exploradores cenaron aprovechando el turbio líquido, con lo que recibieron en el cuerpo algún calor por primera vez después de ocho horas. Los seis perros que les quedaban estaban hambrientos; levantaban el hocico hacia el firmamento y juntos lanzaban largos y melancólicos aullidos de lobo. Mawson se acercó y les acarició la cabeza. Era preciso darles algo.

Con su navaja cortó dos gastados guantes de piel de lobo, un par de botas viejas y un trozo corto de correa en seis porciones iguales. Gruñendo, aullando, los canes se tragaron los mendrugos en un santiamén y lamieron la nieve buscando los



últimos rastros, las últimas cerdas.

Unas nueve horas después de que Ninnis encontró la muerte (el 14 de diciembre, a las 9 de la noche) Mawson y Mertz se dirigieron con los perros a lo largo de los rastros que dejaron al venir, hasta llegar a un promontorio que ocultaría la fatal hendidura a su vista. Se detuvieron unos momentos a mirar por última vez, en muda despedida. No volvieron a detenerse más hasta que, a las 2:30 de la madrugada, divisaron una mancha oscura entre la blanca bruma. Perros y hombres se abalanzaron hacia el lugar; luego, vacilando sobre sus piernas agotadas, rendidos por el prolongado esfuerzo, todos se desplomaron sobre la nieve. Los animales se tendieron con la cabeza metida entre las patas delanteras, gimiendo de hambre y de cansancio. Mawson los contemplaba con lástima: el viejo George, vencido, incapacitado para volver a andar; Mary, Haldane y Johnson, el anciano batallador, que cierta vez se había enfrentado a un elefante marino de tres toneladas; la leal y valiente Ginger y, al extremo de la fila, la querida Pavlova. Los perros se enterraron en la nieve para dormir el tiempo que el hambre les permitiera.

Con el cuchillo Bonzer que Mawson llevaba, al cual pudieron fijar una pequeña sierra, un martillito y una lima, cortaron un patín del viejo trineo. Mertz aserró este en dos y luego, con los dedos congelados, amarró los palos a los dos esquís, para hacer un armazón a su tienda improvisada. Sobre él echaron la ligera cubierta de dril y aseguraron con nieve la falda, rogando que no soplara mucho viento.

Encendieron el hornillo, pero no comieron. La nieve se derritió dentro del tarro. Mertz agregó al agua unas gotas de alcohol y ambos aliviaron la sed y sintieron el grato calor de la bebida.

El nuevo día los recibió seis horas después, entre ladridos, gruñidos y rechinar de dientes. Al salir, Mawson encontró a Haldane y a Johnson tirando al extremo de sus ataduras y royendo la madera del viejo trineo; una correa de cuero que encontraron a su alcance estaba comida hasta la mitad. Otros tres perros saltaban y se esforzaban en obtener su parte del hallazgo. El pobre George permanecía echado, apático, demasiado débil para incorporarse. Su lastimosa condición decidió su suerte.

Mawson, tomando la carabina .22, llevó a George tras la pequeña tienda y lo mató de un tiro. Reservando los músculos más gruesos de las piernas y también el hígado, cortó en pedazos la mitad del perro muerto y se los echó, con los despojos y la cabeza, a los cinco hambrientos animales. A los pocos minutos nada quedaba sobre la nieve.

Los dos exploradores tuvieron bastante que hacer antes de comer su parte. Mertz cortó un puntal del viejo trineo y, con el cuchillo, pacientemente, dio forma a dos cucharas de madera; en seguida reparó una azada que habían abandonado

por tener el mango roto. Remedió la rotura con astillas de madera y todo lo ató con mecha de lámpara. Entre tanto Mawson improvisó, con dos latas vacías, sendos utensilios de comer y beber.

Había pensado que la nieve estaba demasiado blanda para viajar de día y que de noche adelantarían más kilómetros. Así pues, se desayunaron a media tarde. Mawson observó: "Hemos tardado cinco semanas en llegar hasta aquí. Los dos tardaremos por lo menos otro tanto en regresar. Nos quedan raciones para aproximadamente diez días de marcha normal en trineo. Por consiguiente, debemos reducir nuestro consumo acostumbrado, de 34 onzas (965 gramos) al día a 8 (225), y confiar en que los perros nos proporcionen alimento bastante para marchar a un paso lo suficientemente rápido para permitirnos llegar a nuestro destino".

Usó la tapa de la cocinilla Nansen como cacerola. Allí se frieron los músculos de las patas traseras de George, pero les quedaba tan poca grasa que apenas se tostaron por uno y otro lado. Cada cual tomó un trozo e intentó masticarlo. En un momento de tristeza, se miraron uno a otro recordando al fiel animal.

Ya listos para ponerse en marcha, asaltó a Mawson un pensamiento: "No marcamos ayer el punto más oriental que alcanzamos, como había pensado hacer", dijo. "Se me olvidó con la impresión de la muerte de Ninnis". En seguida cortó del trineo roto otro trozo de madera, aseguró en él la bandera que había llevado y lo clavó en la nieve.

Se irguió en actitud de firmes, con la cabeza descubierta, y proclamó: "Formalmente tomo posesión, en nombre de la Corona, de esta nueva tierra, nunca hollada antes, y la designo, sujeto a la aprobación real, Tierra de Jorge V".

Se alejaron tras haber dejado el pabellón de Inglaterra ondeando al soplo de un viento de unos 35 k.p.h. Era para ellos el único color que veían en todo el mundo.

Dosis tóxicas

Durante diez horas anduvieron trabajosamente hacia el occidente, sin parar, en un notable recorrido de 30 kilómetros. La temperatura había descendido entonces a 13° C. bajo cero, así que acamparon. Echaron a los perros los restos de George y pasaron dos horas de tormento levantando su tienda y cortando bloques de nieve para sujetar lo poco que quedaba de falda. En cuanto se acomodaron dentro, comenzó a hacer efecto en Mawson el resplandor de la nieve del camino. Sufría mucho en ambos ojos de un fuerte acceso de ceguera temporal. Mertz le hacía curaciones poniéndole bajo los párpados una mezcla de cocaína y sulfato de zinc. Pasada una hora, pudo ver con un ojo lo suficiente para observar a Mertz, ocupado en preparar la cena.

La *hoosh* (sopa espesa de carne seca, mantequilla, bizcochos y agua) parecía apenas un té cargado. Y el

hígado del perro, como el resto de su carne, se tostaba pero no se freía; lo comieron con los dedos y encontraron su gusto "indeseable y repugnante", aunque complacidos de que fuera fácil de masticar.

Caminaban de noche, estimando su derrotero hacia el oeste por la alineación de norte a sur de los *sastrugi,* o sea las ondas del hielo. Por la influencia de las fuerzas magnéticas que obraban encima de ellos y la proximidad del polo sur magnético, la brújula les era inútil.

Mertz encabezaba la procesión, cubierta la cabeza con un gorro de lana que llevaba envuelto en una vieja camiseta. Marchaba atado con seis metros de cuerda alpina al tirante delantero del trineo. Usó esquís en un principio para ir husmeando el paso entre montecillos de hielo y el posible peligro de grietas, pero finalmente los descartó por estorbarle entre los *sastrugi.* Con los palos de esquí hurgaba los caballones sospechosos y los blancos montículos, saltaba sobre los bancos de nieve, andaba entre las depresiones, adelantando cautelosamente. Mawson iba enganchado a los tirantes del trineo, supliendo a George, con la cabeza inclinada y un ojo aún vendado.

Les servía de apoyo la ilusión de un almuerzo especial cada siete días: una delgada lonja de mantequilla congelada, una pastilla de chocolate y la infusión de una bolsita de té.

En cuatro noches anduvieron casi 100 kilómetros, pero poco consuelo sacaba Mawson de ello. El esfuerzo era excesivo, tanto para los hombres como para los perros, tan mal alimentados. A todos les iban faltando rápidamente las fuerzas; y a medida que fueran muriendo los perros uno por uno, la marcha sería más lenta.

Johnson fue el siguiente perro que sucumbió. En vida había despedido un olor muy marcado; los expedicionarios descubrieron que, en la muerte, el tufo penetraba en todos los tejidos del animal. Mawson intentó disimularlo cortando en minúsculas porciones la fibra muscular e hirviéndola en la delgada *hoosh* que ahora comían. Aun así, a Mertz le pareció repugnante.

Los perros restantes no se mostraron tan melindrosos. Hicieron jirones el pellejo, trituraron los huesos y engulleron los despojos cual chacales hambrientos, incluso devoraron los dientes.

Al descuartizar al perro muerto, Mawson y Mertz observaron el gran "alivio" que les causó ver el hígado y saborear de antemano su relativa blandura. Lo tostaron rápidamente por ambos lados y pudieron tragar buenos trozos; les parecía un alimento nutritivo.

No era de esperar que pensaran de otra manera. Aunque conociesen por casualidad la creencia de los esquimales de las regiones árticas, que consideran peligroso el hígado del oso polar y el de la foca barbada, o hubiesen leído los escritos del gran explorador Nansen, que contaba de excursionistas muertos

por comer tales vísceras, no habrían obrado de otro modo, pues no podían ver ese peligro en sus propios y fieles perros.

Tuvieron que trascurrir ocho años más para que los sabios aislaran la sustancia conocida como vitamina A, y otros veinte para que la ciencia médica determinara los estragos que una dosis excesiva de esta vitamina causa en el organismo humano. Sus síntomas son vértigo, tropiezos, náuseas, descamación y rajaduras de la piel, caída del pelo, agrietamiento de las comisuras labiales y de la epidermis junto a la nariz y los ojos, agrietamientos que más tarde se convierten en fisuras abiertas y dolorosas; resecamiento de las mucosas nasal y bucal; después, irritabilidad, dolores del esqueleto y del estómago, pérdida del apetito, disentería, lasitud, y luego sensibilidad morbosa, irracionalidad, seguidas por delirio, demencia y, finalmente, convulsiones y probable muerte por hemorragia cerebral.

Por último se estableció la relación de estos síntomas con el hígado del perro esquimal de Groenlandia: en 1971 los bioquímicos demostraron que cada 100 gramos de esta víscera contienen una dosis de vitamina A tóxica para la persona adulta. El hígado de un perro esquimal pesa aproximadamente un kilo y no se reduce mucho con el hambre padecida por el perro. Con seis hígados que comer, Mawson y Mertz ingerirían, entre ambos, 60 dosis tóxicas de vitamina A.

"Para el resto de la vida"

El día 23 de diciembre sólo les quedaba un animal, la perra Ginger, y los exploradores adelantaban cada vez menos. Estaban sobre el Glaciar de Ninnis, el segundo de dos grandes ventisqueros, salpicados de grietas profundas, que habían cruzado en su jornada al interior. Por no arrastrar todo el peso de los perros muertos, Mawson había comenzado a hervir su carne en trozos haciendo una especie de cocido. A pesar de todo, la víspera de Navidad sólo avanzaron menos de cinco kilómetros desde las 8 de la mañana hasta el mediodía.

Mawson resolvió acampar y estudiar la cuestión que le embargaba el ánimo: ¿qué podían descartar sin peligro? Colocaron sobre la nieve toda la carga del trineo. Decidió eliminar la cámara fotográfica de cajón y todas las pesadas placas de vidrio. Y, ¿para qué llevar el rifle y las balas? También podía prescindir de otros instrumentos: el hipsómetro, que usaba religiosamente para calcular la altura sobre el nivel del mar; los termómetros, los almanaques ya inservibles, los libros de apuntes (fuera de sus diarios). Las piezas de patines de trineo que usaban como soporte para su tienda, también las desecharían. Podrían remplazarlas con el trípode telescópico del teodolito.

Los exploradores durmieron hasta las 11 de la noche, hora en que Mawson se despertó por una débil luz verdosa que se filtraba en la

tienda. Mientras el caldo de perro hervía, hurgó dentro de un rincón de su morral y extrajo medio bizcocho que había guardado para aquella ocasión. Despertando a Mertz, le dio su ración y luego partió en dos el medio bizcocho, diciéndole sonriente: "Una reliquia de mejores días, Xavier". Sorbieron su sopa y saborearon hasta la última migaja del precioso manjar. Los dos hombres solitarios, de cuyos ojos corría un líquido acuoso, sonreían dolorosamente, con el rostro desencajado, al desearse mutuamente mejores Pascuas en lo futuro.

Después atravesaron penosamente un panorama navideño de continuas nevadas durante siete horas, y finalmente acamparon a las 9:30 de la mañana. El cálculo hecho por Mawson con el teodolito los situaba a la mitad del camino de regreso a la base. Pero aún había otro extenso glaciar que atravesar, y luego la ventosa ladera de hielo propiamente dicha. Y ya no volverían a hacer jornadas largas como las primeras noches. Pero era día de Navidad. Mawson dijo a Mertz: "Demos gracias a Dios, Xavier, que todavía estamos vivos. Recordaremos este día para el resto de la vida. Tenemos que proponernos celebrar juntos esta fecha cuando estemos en mejor situación".

Antes de ponerse en marcha de nuevo, Mawson abrió otra bolsa de alimentos y preparó un cacao delgado con leche en polvo. Comieron algo de hígado de perro. En seguida, Mawson sostuvo su húmedo gorro de lana sobre la llama de la cocinilla para secarlo un poco. Oyó que Mertz exclamaba: "¡Un momento Douglas, por favor!" Al mismo tiempo le tiró de la oreja izquierda, que le quedó completamente despellejada.

Alarmado, Mawson tocó a su vez la oreja descubierta de su compañero y también le desprendió la piel. Mertz se quitó el gorro húmedo y vio pegados dentro del tejido de lana trozos de piel y mechones de pelo; en la sien se le veían algunos puntos calvos; la línea del cabello parecía haber retrocedido. Mawson observó que el antes frondoso bigote negro de su compañero estaba ralo, que mostraba grietas en torno a los labios, los ojos y la nariz; y esas grietas, que él había atribuido antes al frío y al viento, se le estaban abriendo en fisuras rojas y vivas, profundas como cortadas con navaja, y ya le supuraban.

¿Sería la cabeza la única parte afectada? Se soltaron la parte baja del pantalón por encima de las botas y cayeron al suelo nevado trozos de piel y pelos sueltos.

—Me parece que se nos está comenzando a pudrir el cuerpo. Será por desnutrición —comentó Mawson.

La mirada de Mertz reflejaba una sombría inquietud.

—Todo este tiempo he tenido la sensación de que la dieta de perro no me sienta bien —observó lúgubremente.

Días de locura

Las noches que siguieron a la Navidad estuvieron dedicadas a la tarea de salir del glaciar de Ninnis. La lucha para llegar a la altiplanicie occidental de hielo, de 900 metros de altura, consumió gran parte de sus reservas de energía y, a la tercera noche, lamentaron la pérdida de su último perro esquimal.

La muerte de Ginger llegó cuando Mertz mostraba las primeras señales claras de abatimiento. Mawson notó casi súbitamente que su compañero de trineo, siempre alegre y nunca quejumbroso, estaba malhumorado, triste y deprimido.

Agotado por su terrible dolencia, Mertz buscó una fatal alternativa a aquella interminable y penosa marcha: quedarse tendido en su saco de dormir esperando que mejorara el tiempo. Por la tarde del primer día del año, ya estaba empeñado en ese plan de inactividad. Se quedó dentro del saco durante tres días, hundiéndose más en la desesperación, la pesadumbre y una irritación periódica. Mawson trataba de restablecer las fuerzas perdidas de su compañero y, con la mejor intención, le dio de comer la mitad de su propia ración del hígado de Ginger. Pero Mertz se hundió rápidamente en una lasitud cada vez mayor.

En la tercera tarde del nuevo año, Mawson le ayudó a salir del saco y lo vistió con sus avíos de trineo. Pero sólo lograron hacer una breve jornada vacilante y sinuosa, y a los seis kilómetros y medio Mertz se detuvo.

Se negó a marchar durante los dos días siguientes, pero Mawson logró que le prometiera reanudar el viaje el día 6, si el tiempo era bueno. A las 7 de la mañana Mawson salió de la tienda y comenzó los preparativos de marcha. Fue una lucha de tres horas. Tuvo que vestir a Mertz, darle su cacao con bizcocho y ayudarle con los avíos para el trineo. Pero Mertz adelantó sólo tres kilómetros, con largas detenciones.

—Mi mente sigue adelante —se quejaba—, pero las piernas se quedan aquí.

Mawson lo ayudó a incorporarse.

—Monta en el trineo, Xaxier —le pidió—. De aquí seguiremos cuesta abajo y podremos adelantar un poco más, y quizá después te sientas con ánimo de andar otra vez.

Mertz se resistió. Para él era una afrenta ocupar el trineo; pero Mawson insistió; empujándolo sobre la carga, lo obligó a tenderse y lo tapó con los talegos de dormir.

El tirante de lona cortaba los hombros a Mawson, quien se tambaleaba al resbalar en las superficies pulidas por el viento. Una caída repentina, una pierna fracturada, y todo habría terminado allí. A pesar de las frecuentes caídas sobre el hielo acerado que le desgarraba la carne debilitada, continuó tirando de aquel gran peso sobre la nieve, concentrándose exclusivamente en ganar la mayor distancia posible.

Así cubrió cuatro kilómetros an-

tes de que Mertz empezara a gritar de dolor. Mawson logró montar la tienda y meterlo dentro en menos de una hora. Luego calentó un espeso cocido de chocolate y carne de perro, y se lo ofreció a su compañero diciéndole que era "caldo de carne". Engañado por el nombre, Mertz tomó el líquido caliente, pero casi en seguida su estómago lo rechazó y vomitó en la nieve. En su diario, Douglas Mawson expresaba su angustia:

"La situación es sumamente grave para ambos. Si Mertz no puede seguir y andar de ocho a diez millas al día, estamos perdidos. Quizá yo podría sobrevivir, con las provivisiones disponibles, pero no puedo abandonarlo. Parece haber perdido todo el ánimo. Es muy duro para mí: estar a menos de 100 millas de la cabaña y en tal situación, es horrible".

Mawson despertó trastornado después de soñar con comida y cayó en que la esperanza de seguir era vana ilusión. Mertz se ensució los pantalones por un ataque de disentería, tenía la mirada desorbitada y balbucía palabras incoherentes. Mawson se puso a limpiar la ropa de su compañero y se horrorizó al ver que había perdido por completo la piel de las piernas y las ingles.

Fue un día de locura, de desvaríos y constantes irritaciones. Mertz deliraba: "¿Soy hombre o perro? Crees que no tengo valor porque no puedo andar... pero voy a demostrarte... te lo demostraré..." Levantó la mano izquierda y, metiéndose en la boca el meñique amarillento por la congelación, se lo mordió por la falangina. Después, ante la mirada horrorizada y estupefacta de Mawson, escupió con desdén el dedo cercenado sobre el piso de la tienda.

Por la noche su desvarío se tornó en violencia. Agitando los brazos en aquel espacio reducido, Mertz rompió uno de los soportes de la tienda y hubiera causado más daños de no ser porque Mawson se le sentó sobre el pecho y le estuvo sujetando los brazos y luchando para calmar su demencia. La disentería atacó de nuevo al desdichado, que perdió el conocimiento. Mawson lo aseó otra vez. Nuevamente Mertz comenzó a desvariar; cubriéndose un lado de la cabeza con las manos, se echó sobre su talego de dormir y gritó, una y otra vez: *"Ohren, Ohren! Ohrenweh!"* (¡Oídos, oídos! ¡Dolor de oídos!)

El día terrible al fin había terminado. A medianoche Xavier Mertz estaba en coma; suavemente, Mawson le acomodó el cuero del saco de dormir debajo de la barbilla y le envolvió la cara desollada. Agotado física y emocionalmente, se metió dentro de su propio saco, que estaba húmedo, buscando alivio en el sueño.

Su descanso se vio perturbado por cierto desasosiego y a las 2 de la madrugada despertó. Aturdido y sin saber qué pasaba, buscó la razón de haber despertado; no notó ningún movimiento, ni otro sonido

que el incesante batir de la tienda con el viento. Alargó la mano para tocar a su compañero: Xavier Mertz estaba rígido, frío, sin vida.

Oración silenciosa

ERA HORA de hacer algo. Esa mañana Mawson permaneció sentado dentro de la tienda con las piernas cruzadas durante varias horas, ocupado con la aguja y el hilo de su caja de reparaciones. Cortó, ajustó y cosió la chaqueta impermeable de Mertz para hacer una vela. Afuera, desafiando el viento y las torvas de nieve, y valiéndose de su sierra de mano, cortó el trineo por la mitad de su longitud y empleó partes del armazón descartado para armar un mástil y una verga.

Luego asumió su deber postrero para con Xavier Mertz. Sacó de la tienda el cadáver y comenzó a cortar bloques de nieve para hacer un túmulo. Dos patines partidos por la mitad, que tomó del trineo, yacían junto a la tienda. Mawson los clavó en el túmulo, que ya cubría el cuerpo helado de Mertz, para formar una sencilla cruz en la nieve.

Llevaba nueve semanas a campo raso y durante las cuatro últimas había estado a dieta de hambre: ocho onzas de alimentos secos al día, además de la carne de perro. ¿Hasta dónde podría llegar con tan miserable ración? Calculó la distancia por recorrer, y juzgó que tal dieta le permitiría 20 días para la lucha que debería reñir en su caminata sobre el hielo. Después de ese tiempo ya no tendría esperanza. Mas si pudiera cubrir un promedio de cinco millas (ocho kilómetros) diarias, llegaría cerca del lugar donde podría encontrar auxilio.

Se despertó ante el regalo de una mañana de sol, apacible, casi en calma. Se puso de pie y estuvo un rato al lado del montículo, murmuró una breve oración por el alma del difunto y rogó por su propia salvación. Después se volvió, se ajustó el tirante del trineo y tiró lentamente de su carga por una cuesta abajo.

Resbaló y se tambaleó, y con la sacudida de las piernas sintió en los pies un nuevo e inquietante dolor que se le extendía por los tobillos a las piernas. Resuelto a andar 10 millas (16 kilómetros) ese día, continuó adelante con dificultad, y pronto experimentó una sensación de hinchazón y de pegajosa humedad en los pies, como si fuera pisando una masa viscosa. Se sentó en la orilla del trineo para quitarse las botas y los calcetines.

El verse los pies fue un golpe tremendo para su ánimo. Se le había desprendido la piel de las plantas, que estaban en carne viva. Una abundante supuración acuosa le llenaba los calcetines, y eso era lo que le causaba la sensación de humedad pegajosa. Ante tal situación, muy poco podía hacer. Se untó la carne viva con lanolina y volvió a su sitio la piel desprendida de las plantas, sujetándola con vendajes. Sacó los calcetines que llevaba en el morral (seis pares en total), se



VINOS FINOS
ETIQUETA NEGRA
CARTA
DE PLATA.

DE CEPAS CLASICAS
VINOS PERFECTOS.



De la Pequeña Bodega Viñas Lihué



los calzó sobre los vendajes y luego se metió a la fuerza las botas blandas.

En seguida reanudó la caminata, apoyando cuidadosamente el pie, evitando el hielo duro donde podía pisar sobre nieve blanda. A veces caminaba sobre el filo exterior de las botas, en ocasiones sobre la punta de los pies; de cuando en cuando gateaba para descansar las extremidades.

Al anochecer, aunque el aire estaba despejado y aún había sol, se dio por vencido y acampó. Había recorrido poco más de 6 millas (10 kilómetros). Estaba físicamente agotado. Escribió en su diario: "Estoy exhausto de los nervios a causa del dolor en los pies. Si no fuera porque la tarde es tan hermosa, no habría tenido fuerzas para armar mi tienda de campaña". Levantó la cara hacia el Sol, y rezó una oración silenciosa:

"¡Oh! Si la Providencia me concediera 20 días con un tiempo como este y me curara los pies, podría llegar hasta un lugar donde me socorran".

"¡Esto es el fin!"

A PESAR de su plegaria, en las 30 horas siguientes un viento furioso azotó la tienda de campaña. El 13 de enero asomó el Sol poco después de mediodía.

De pie al lado de la tienda, Mawson contemplaba el deslumbrante panorama nevado y la tierra que descendía a lo lejos hasta un valle de hielo. De pronto advirtió que se hallaba al borde mismo del caos helado, en la corriente principal del vasto glaciar al que dio el nombre de Mertz: el segundo que debería atravesar en su viaje de regreso. Allí, unos 50 kilómetros más lejos, podía divisar la oscura cima rocosa de la cumbre Aurora. Más allá, bien lo sabía, se elevaba la gran meseta de hielo que descendía ondulando hasta la cueva de Aladino y la cabaña.

Levantó apresuradamente el campamento. Poco después de las 2 de la tarde se ató detrás del tirante la cuerda de montañismo de seis metros con un nudo a cada metro, se ajustó las gafas sobre el gorro y, echándose hacia adelante para aguantar la tensión de los patines sobre los hombros y la cintura, penetró en el escabroso valle del glaciar para encararse a muchos días de luz deslumbrante y de nevadas, y a cada paso al oculto peligro de las grietas profundas cubiertas por la nieve y de los precipicios abiertos inesperadamente en el duro hielo azul.

A las 8 de la noche había andado durante seis horas, salvando una distancia de casi nueve kilómetros. Al quitarse las botas y los calcetines, se sintió nuevamente descorazonado. Tras seis horas de esfuerzo continuo y de tirar del trineo sobre el endurecido hielo, se había ido al traste todo el descanso que estuvo dando a los pies. En su diario consignó así su preocupación:

"Tengo los pies peor que nunca y muy adoloridos. Las perspectivas

son adversas... pero continuaré luchando".

En las primeras horas de la madrugada las ráfagas, de 70 k.p.h., trajeron nubes de nieve, que pusieron fin a sus esperanzas de partir temprano, y el viento lo mantuvo inactivo hasta mediodía. Por fin amainó, pero en el aire inmóvil la luz solar daba a la nieve una consistencia de lodo espeso. El explorador agotado tras seis horas de trabajo, había andado escasamente ocho kilómetros, y no pudo adelantar más ese día.

Al despertar encontró una mañana nublada, y al momento le asaltó un angustioso pensamiento: "En esta fecha ya debíamos estar todos de regreso en la cabaña". Era el último día del plazo: 15 de enero. Para entonces la *Aurora* ya debía de haber levado anclas en la bahía de la Commonwealth para zarpar con rumbo a Australia.

La conciencia y la preocupación obligaron a Mawson a entrar en acción, temeraria aunque urgentemente. Era jefe, promotor y organizador de esta expedición. ¡Había traído a todos aquellos hombres magníficos a una tierra terrible...! ¡Dios mío, permite que todos hayan regresado salvos! Levantó el campamento y trató de internarse en el nevado cenagal; el piso blando y el viento frustraron su resolución de adelantar otros ocho kilómetros ese día. Tuvo que detener la marcha después de un kilómetro y medio de arrastrar su carga, entres indicios de grietas ocultas por la nieve. Pero se lanzó de nuevo a las 5 de la mañana. El cielo estaba muy nublado, el aire lleno de copos de nieve. En circunstancias normales, hubiera permanecido en ese lugar. Mas en aquella ocasión se echó encima el tirante y avanzó por la nieve recién caída, ansioso de cubrir más terreno, hurgando y sondeando sin cesar con el palo de armar la tienda de campaña, buscando a tientas, como un ciego, la salida de aquella pesadilla.

El 17 de enero por la mañana se obligó penosamente a salir otra vez de la tienda y, haciendo caso omiso de la nevada y la casi inexistente visibilidad, se puso en marcha ceñudamente decidido a recorrer siquiera otros ocho kilómetros. Forzaba la vista para hallar el camino más seguro en el engañoso resplandor. Varias veces se detuvo a la orilla de hondonadas abiertas; en dos ocasiones llegó a pasar junto al borde de profundas grietas que no había visto. Por fin llegó a nieve lisa, y el trineo corría bien cuando, sin que nada se lo hubiese advertido, Mawson se hundió hasta los muslos. Salió de allí con algún trabajo. Mirando por debajo de los anteojos, distinguió la línea de la fisura cuyo borde había tocado. La grieta seguía hacia el sur hasta perderse de vista. El explorador viró hacia el norte; 50 metros más adelante, los últimos vestigios de la fisura se desvanecían en el campo llano de nieve por donde podía tomar de nuevo su derrotero hacia occidente.

Mas acto seguido se hundió el mundo bajo sus pies, y el cerebro se le estremeció de miedo al sentir que se desplomaba. De pronto la cuerda le dio un tirón tan violento que la correa le cortó la carne. Quedó suspendido sobre un abismo negro y sin fondo, pero sentía que el trineo iba deslizándose sobre la nieve hacia el borde de aquel helado pozo... por momentos más y más cerca. En pocos segundos la mole del trineo se precipitaría sobre el puente de nieve roto y entonces el explorador sobreviviente caería al profundo abismo. Le cruzó por la mente un pensamiento: "¡Esto es el fin!"

El movimiento se detuvo. El trineo chocó contra algún caballón oculto a la vista o contra algún banco de nieve, y Douglas Mawson quedó suspendido a más de cuatro metros debajo, entre dos paredes de hielo azul de acero, cortadas a pico y separadas casi dos metros una de otra.

Mawson se bamboleaba lentamente en la hendidura, al extremo de la cuerda. Arriba, el cielo nublado aparecía como una estrecha faja de luz; abajo se extendían negras profundidades invisibles. Levantó cautelosamente los brazos y logró tocar las paredes lisas y frías de la fisura, que no ofrecían el menor apoyo para los dedos. A la luz que entraba por la parte de arriba se veía la cuerda enterrada profundamente en el puente derrumbado de nieve, y Mawson temía que cualquier movimiento brusco arrastrara nuevamente el trineo hacia el borde.

Hizo un recuento mental de los bienes que venían en el trineo y al instante se imaginó el saco de víveres. ¿Cómo iba a dejar que aquellos alimentos quedaran allí enterrados eternamente por la nieve sin provecho de nadie?

Tal pensamiento le infundió ánimos instantáneamente. Levantó el brazo largo y flaco sobre la cabeza y asió con los dedos el primer nudo de la cuerda, haciendo caso omiso del dolor. Extendió hacia arriba la otra mano y se izó al nivel de la barbilla. Repitió así la operación y se acercó dos metros al borde; otra vez, y se encontró al nivel del puente roto de nieve. Varias veces procuró en vano arrastrarse a un lugar seguro, y cuando ya estaba a punto de alcanzar el hielo macizo, el borde entero se quebró de nuevo y Mawson volvió a caer hasta el extremo de la cuerda.

Una vez más el trineo aguantó firme en la nieve. De nuevo Mawson quedó supendido, inerte y exhausto, balanceándose en la glacial penumbra. Las palmas de las manos le habían quedado totalmente desolladas, tenía la punta de los dedos ennegrecida por el frío y sentía que el cuerpo entero se le congelaba. Se preguntó entonces: ¿Por qué no acabar todo de una vez? Más tarde escribiría: "Fue una singular tentación, la oportunidad de renunciar a las pequeñeces por algo grande, de pasar de la mezquina exploración de un pla-

Continúa en la pág. 155



BANCO DE INTERCAMBIO REGIONAL

DEPARTAMENTO DE PROMOCION DE LA JUVENTUD



Para asegurar el porvenir de los nuevos argentinos - los dueños y responsables del mañana - sus hijos o los niños cuyo futuro Ud. quiera proteger



BABY BANK

El **BIR** convoca a todos los padres que estén interesados en lograr las **mejores posibilidades para el futuro de su hijos** menores de edad - también a los familiares y amigos suyos - a participar de este **nuevo sistema de ahorro indexado.**

- Ud. efectúa un depósito inicial, a nombre del niño o joven que desee beneficiar, por cualquier suma, por el tiempo que le falta hasta llegar a la mayoría de edad. Este capital queda **indexado** - es decir actualizado según los índices de la inflación - y recibirá el **7% de interés anual** compensatorio, acumulativo, hasta que cumpla los veintiún años.
- Al cumplir esa edad, el titular de la cuenta, en una importantísima etapa de su vida, tendrá la libre disponibilidad del monto resultante: el depósito indexado más los intereses capitalizados anualmente.
- Durante el tiempo que dure la operación se puede **aumentar el monto del depósito inicial** cuantas veces desee, y sobre todo en tantas ocasiones propicias: como el día del santo y del cumpleaños, por buen comportamiento, Navidad, Reyes, etc.
- Los niños y jóvenes a cuyo nombre se haya abierto la cuenta serán **premiados** anualmente con el pago de un **interés extraordinario,** de acuerdo con sus buenas calificaciones en sus estudios primarios o secundarios.

El joven o la joven al llegar a la mayoría de edad se encontrará así con un verdadero capital que no ha perdido su valor en el tiempo, porque al ser indexado mantuvo su poder de compra y ganado, además un interés real, que al capitalizarse anualmente fue incrementando los depósitos efectuados.

Si Ud. está radicado en una localidad donde el **BIR** no tiene instalada una sucursal y desea concretar la apertura de una cuenta para menores de edad, recorte el cupón adjunto, complete los datos requeridos en él y envielo por correo a **Córdoba 669** - 1er. Subsuelo - N° 1054 Capital Federal, adjuntando giro o cheque "no a la orden" a nombre del **BANCO DE INTERCAMBIO REGIONAL S.A.,** por el importe con que Ud. desee iniciar el ahorro. A vuelta de correo le remitiremos los formularios pertinentes.

BIR

DEPARTAMENTO DE PROMOCION DE LA JUVENTUD
Solicitamos la apertura de una cuenta de ahorro para menores de edad, en las siguientes condiciones:

A NOMBRE DE (Datos del menor)
Apellido y nombres ....
Fecha de nacimiento .../.../... D.N.I./C.I. N° .... Otorgado por ....
Dom. .... Localidad .... Pcia. ....

A LA ORDEN DE (Datos de los solicitantes)
Apellido y nombres ....
1 D.N.I./L.C./L.E./C.I.* N° .... Otorgado por .... Tel. ....
Dom. .... Localidad .... Pcia. ....

Apellido y nombres ....
2 D.N.I./L.C./L.E./C.I.* N° .... Otorgado por .... Tel. ....
Dom. .... Localidad .... Pcia. ....

* Testar lo que no corresponda.
Adjuntamos giro/cheque N° .... cargo Banco .... por $ ....
Aceptamos que el depósito solicitado tendrá efecto a partir de que el Banco de Intercambio Regional S.A. pueda hacer efectivo el valor que enviamos.
Aceptamos las cláusulas que rigen este sistema.

....
Firmas de los solicitantes



BIR

DEPARTAMENTO DE PROMOCION DE LA JUVENTUD

CORDOBA 669 - Capital Federal

También pueden efectuarse estos depósitos en todas las casas del BIR

CAPITAL FEDERAL: Sucursal Buenos Aires, Bartolomé Mitre 343. **AGENCIAS:** Alvear, Callao 1902/20. Cerrito, Marcelo T. de Alvear 1101 - Deán Funes, Córdoba 669 - de Mayo, Av. de Mayo 102 - General Güemes, San Martín 150 - General Urquiza, Triunvirato 5201 - Independencia, Independencia 2238 Juana de Arco, Azcuénaga 1083 - Mariano Moreno, Moreno 437 - Palermo, Av. Santa Fe 4018/20 Sáenz Peña, Av. Pte. Roque Sáenz Peña 938 - Uriburu, Santa Fe 2150/56 y Villa Lugano, Larrazábal 4168/80. **Gran Buenos Aires:** Avellaneda, Av. Mitre 683/85 - Martínez, Av. Santa Fe 2122/24 - Monte Grande, Recondo 418 - San Miguel, León Gallardo esq. Rodríguez Peña 1210 y en el resto de sus 72 casas en las Provincias de Buenos Aires, Córdoba, Corrientes, Chaco, Chubut, Formosa, Mendoza, Misiones, Río Negro, Santa Cruz y Santa Fe. **Representación en Nueva York.**

Lo mejor de siempre.

Hay quienes dicen
que todo tiempo pasado fue mejor...
Y en algunos casos tienen razón.
Se acuerda de esas puertas amplias?
De esos interiores a todo espacio?
De aquellos asientos dignos de un living?
Claro que aun habia mucho para mejorar.
Pero Ingenieria Chrysler
supo traer al presente el respeto por la
comodidad de aquellos autos.
Asi nació el Dodge Coronado.

Dodge Coronado





Precio al 18.4.78, con equipo completo, sin Imp. Fondo Aut., sin flete: $ 8.697.623.-

neta a la contemplación de mundos inmensos en el más allá". ¡Sería tan sencillo soltarse del tirante! El momento fugaz de una caída precipitada, y luego la paz... y nadie se enteraría jamás de cómo había terminado su empresa.

Pero la Providencia aún lo tenía al extremo de una cuerda que era un medio de volver a la superficie. Por lo que él mismo calificaría posteriormente de "esfuerzo supremo", trepó por la soga, nudo tras nudo, y con un impulso desesperado que se dio con los pies consiguió arrojarse sobre la nieve encima del hielo macizo. El hombre cayó desmayado y permaneció allí sin sentido, con la cara vuelta hacia el firmamento y las manos desangrándose en la nieve.

Durante el resto de su vida Mawson no lograría recordar cómo efectuó aquella escalada final para salir de la fisura; tampoco pudo saber a ciencia cierta cuánto tiempo permaneció sin sentido, aunque supuso que bastante más de una hora. El volver en sí, fue en respuesta al ojo del Sol, que lo miraba desde un cielo ya casi despejado.

Creyó entonces, y continuó creyéndolo toda su vida, que sin la inspiración divina el relato de su exploración se hubiera cerrado con la muerte de Ninnis, el eterno descanso de Xavier en su tumba de hielo y él mismo convertido en un cadáver congelado pendiente de una cuerda en una profunda grieta abierta en el corazón del despiadado glaciar de Mertz.

Ataúd en la nieve

Sus ESPERANZAS decayeron hasta casi extinguirse aquella noche. Día tras día había estado contando con que el mañana sería mejor... siempre un mañana. Pero al ir acercándose a la cabaña del campamento base, el viento azotaba su tienda para recordarle que se hallaba en el reino de las ventiscas.

Sentado sobre su saco de piel de reno, se quitó los vendajes y en la semioscuridad se contempló los dedos de las manos, hinchados y adoloridos. Colocó una palma sobre la otra... y con el cruzar de los dedos concibió la idea que habría de salvarle la vida: ¡hacerse una escala de cuerdas! Con los cabos sobrantes de la soga de montañismo y las viejas cuerdas de arrastre de Xavier Mertz, podría elaborar un aparejo de seguridad que, si volviese a caer en otra grieta, le permitiría regresar a la superficie trepando por la escala. Estaba seguro que sería eficaz, con tal que el trineo se aferrara a la nieve y sostuviera su peso. Puso manos a la obra en seguida.

A las 10 de la mañana estaba listo y, cuando un rayo de luz penetró por el resplandor plomizo del cielo, Mawson levantó el campamento, empacó sus haberes y valientemente se puso en marcha por el hielo agrietado. No fue muy lejos. Había dado apenas algunos pasos cuando el suelo cedió bajo sus pies y una vez más sacudió todo su ser la aterradora sensación


Schaar

de caer al vacío. Se había desplomado por una hondonada oculta en la nieve, y nuevamente la cuerda, dura como el acero, le oprimió el pecho violentamente quitándole la respiración. Durante algunos minutos quedó suspendido de la soga, mientras se recobraba del golpe súbito; luego se agarró de su escala de cuerda y, lleno de aprensión, tiró para comprobar si resistía su peso. Sentía que la punta del trineo se hundía en la nieve blanda, y que este se mantenía firme. Poco a poco, a paso lento, salió del abismo trepando por la cuerda.

Tras unos pasos más, volvió a caer entre dos paredes de hielo y una lluvia de fragmentos de nieve, nuevamente trepó hasta el borde. ¡Su aparejo de seguridad, se dijo, era la escala de la vida! No obstante, se hallaba exhausto. No pudo seguir más ese día.

Al siguiente, lo que él llamaba la Providencia le dio el valor de seguir adelante. No era temerario, pero corría riesgos. Tanteaba la boca de las grietas llenas de nieve golpeándola con los pies. La luz era engañosa, no le señalaba los contornos, disimulaba las insondables hendiduras abiertas en el hielo. A pesar de eso, él seguía adelante, ganando 20 metros, retrocediendo 10, avanzando en una dirección diferente... siempre hacia el oeste.

Como una hora después del mediodía el pálido sol rompió a través de las nubes. Cuatro o cinco kilómetros adelante se levantaba la nevada barrera de hielo, la capa helada extendida sobre la tierra que llevaba a la bahía de la Commonwealth. Mawson no se hacía ilusiones acerca del trabajo que costaría escalar esas cuestas de 900 metros de altura, pero al fin vislumbraba el límite de aquel infierno de hielo que él había bautizado como glaciar de Mertz, y su corazón se colmó de esperanza.

El tiempo le seguía siendo desfavorable. La mañana del 20 de enero estaba en su tienda matando las horas mientras enormes copos de nieve giraban locamente en torno de él. "A las 2 de la tarde me puse en marcha, ya desesperado, sin poder ver nada del suelo que pisaba", anotó en su diario. Su arrojo se vio recompensado: las condiciones atmosféricas mejoraron un tanto, el trineo se deslizaba satisfactoriamente y el explorador pudo adelantar cuatro kilómetros antes de que la creciente violencia del viento lo obligara a hacer alto. Tal fue la regla de los días siguientes: una lucha tenaz cuesta arriba, el viento que arreciaba en las alturas. Al ganar niveles superiores, las fuertes ráfagas le volcaban a menudo el trineo y, al llegar al hielo liso, él mismo resbalaba sin cesar, cayendo y estremeciéndose toda su maltrecha humanidad.

El 24 de enero se encontraba al borde de la extensión de hielo, y las corrientes huracanadas azotaron durante toda la noche su frágil abrigo. Describió el suceso como "una violenta tempestad de nieve con vientos de más de 60 millas".

La esperanza de seguir adelante se desvanecía en la ululante ventisca; trozos de nieve endurecida, arrojados por las ráfagas de las crudas zonas altas, golpeaban la lona de la tienda cual balas congeladas; su armazón se estremecía hasta que la nieve fue amontonándose alrededor y puso fin a su movimiento.

"Con la nieve acumulada, la tienda ha tomado la forma de un ataúd", escribió. Si hubieran sido dos hombres, decía, aquel viento se hubiera podido aprovechar para impulsar el trineo con una vela. "Pero siendo uno solo, no hay ni que pensar en ello". Durante todo el día el viento estuvo soplando desde las tierras altas. Mawson no podía hacer otra cosa que descansar dentro de su saco mientras el ataúd de nieve se cerraba a su alrededor.

A aquella misma hora, a unos 80 kilómetros al occidente, tres hombres que arrastraban un trineo por una empinada cuesta de hielo y que llevaban crampones de acero en las botas de cuero, luchaban contra el viento para llegar a la cueva de Aladino, en la primera etapa de su expedición en busca de Douglas Mawson y sus dos compañeros.

Milagro en las soledades

El capitán John King Davis, patrón de la *Aurora,* convocó a una reunión de urgencia en la cabaña del cuartel de invierno el 24 de enero por la tarde. Preocupado, Davis dijo a su gente: "No puedo retrasar la partida del buque más allá del día 30. Una cuadrilla deberá salir en busca del profesor Mawson; rastreará lo más lejos posible y volverá aquí para esa fecha. ¡No podrá tardar más tiempo! Si la busca no produce resultados positivos, dejaré un grupo pequeño aquí en la cabaña, que será relevado en diciembre próximo, y me haré a la mar. Demorarse más pondrá a la *Aurora* en peligro de quedar atrapada en los hielos".

La cuadrilla, en su primera etapa, el 25 de enero, debió luchar contra el viento para llegar a la cueva de Aladino (la excavación practicada en el hielo), siguiendo una empinada subida de unos nueve kilómetros, en lo que tardó más de seis horas. Una ventisca mantuvo a la cuadrilla atrapada allí durante 24 horas; luego, después de mediodía del 26 de enero, siguieron ocho kilómetros hacia el este y se vieron obligados a acampar por un viento de 80 k.p.h. Allí pasaron 36 negras horas; sus sacos de dormir y la tienda se saturaron de nieve húmeda.

Salieron del lugar el 28 por la mañana y cubrieron 26 kilómetros antes de acampar, lo que hicieron nuevamente en medio de una fuerte nevada, para pasar allí la noche y luego emprender el regreso en carrera de dos días hacia el vapor.

Escudriñando el horizonte el 29, nada vieron. Así pues, erigieron un montículo de nieve y pusieron encima una bolsa con víveres envuelta en tela impermeable, con una lata que contenía un mensaje. Sobre esto amontonaron más bloques de

nieve envueltos en lanilla negra, de modo que la torre destacara en medio del blanco desierto. Por última vez escrutaron el brumoso horizonte: no había señales de vida.

La mañana del 26 de enero Mawson se despertó con un viento de 105 k.p.h., pero a mediodía resolvió levantar el campamento a pesar de la ventisca. El viento le daba mucho que hacer, pero se aventuró por el cerrado mundo de nieve arremolinada, avanzando kilómetro tras kilómetro. Había consumido buena parte de su provisión de alimentos para estar en condiciones de ascender a la terrible meseta y ya le quedaban sólo dos kilos. No obstante, ese día recorrió 14 kilómetros y medio.

El viento y la nieve continuaron hasta la tarde siguiente. Dentro de la tienda, Mawson empleó el tiempo en hacerse curaciones por todo el cuerpo. Nuevamente se asustó de su estado: era un esqueleto, con grandes desolladuras por el roce de la ropa y los tirantes, con las ingles inflamadas y las uñas negras y desprendidas por las heladas. Y en cuanto al pelo: "He perdido tanto que rivalizo con mi saco de dormir de piel de reno, que también está soltando rápidamente el pelo. Es una competencia entre los dos, para ver cuál quedará calvo primero".

Pasó el 28 de enero acurrucado en su tienda, impaciente por su inactividad, inquieto y angustiado; soplaba una ventisca terrible. Mawson cayó de rodillas e imploró que mejorase el tiempo. El Sol apareció de repente, y al momento se sintió mejor. Pero luego sufrió un amargo desencanto. Por toda la desértica extensión, un viento de 70 k.p.h. arremolinaba la nieve en montones que limitaban la visibilidad a unos cuantos metros. Desafiando el viento y la nieve, trabajó empeñosamente en levantar el campamento; pronto sintió que la cabeza le daba vueltas; tenía los ojos inyectados y agotamiento general. Descansó un rato entre los copos volantes y luego arrastró su carga bajo la copiosa nevada, inclinando el cuerpo por el esfuerzo y el dolor.

Poco después de las 2 de la tarde, sus ojos cansados divisaron una mancha oscura, un borrón negro e informe. No conocía ninguna prominencia rocosa en aquella región y recorrió pesadamente los 300 metros que lo separaban de ella para investigar. Así dio con su emocionante descubrimiento. Fue un momento que él llamó su "milagrosa, estupenda buena fortuna".

Era un montículo evidentemente recién construido; sólo un poco de nieve cubría su parte superior. Derrumbó los bloques de nieve superiores con prisa desesperada . . . y encontró una bolsa impermeable con víveres y una lata con un mensaje dentro. Mawson se dijo lleno de alegría: "¡La Providencia me ha guiado hasta aquí! ¡Bien pude haber pasado a 100 millas de este punto! ¡Y sin embargo, aquí estoy!"

Abrió la lata y leyó el recado que contenía. El montículo, decía la

nota, estaba a 21 millas (unos 34 kilómetros), 60 grados al este del sur de la cueva de Aladino; el *Aurora* permanecía anclado en la bahía de la Commonwealth. Todas las demás cuadrillas habían regresado sin novedad y el vapor esperaba. Y por último, la sorprendente información que en seguida le hizo volver la cabeza y escudriñar con ojos húmedos el horizonte hacia el oeste... en vano. ¡El montículo había sido erigido esa misma mañana!

La cueva de Aladino

Con sólo que la cuadrilla de salvamento se hubiera internado un poco más... que la tormenta de nieve no lo hubiera retrasado a él tanto tiempo... que aquella mañana hubiese sido clara y de sol, seguramente lo hubieran visto. Pero se había interpuesto aquel tiempo atroz, y Mawson sentía todo el peso del desencanto.

Las millas pasaban lentamente bajo el dificultoso andar de Mawson. El terreno en declive se convirtió en duro hielo liso. Pronto estaba resbalando y cayendo a cada paso, lo que sacudía su cuerpo adolorido. Con cada violenta sacudida le acometía el temor de fracturarse una pierna o un brazo.

Anduvo a gatas sobre la nieve, arrastrando tras de sí el trineo, hasta que encontró un espacio de nieve medio helada. Calculó haber andado ocho millas (unos trece kilómetros) desde el montículo. Todavía no había señal de la cueva de Aladino. El pulso se le había acelerado, la cabeza le daba vueltas por el debilitamiento y tuvo que acampar. Pero al menos esa noche pudo tomar un *hoosh* caliente, espeso, con mantequilla y bizcochos, y no más carne de perro; ¡nunca jamás!

Por la mañana la emprendió contra el estuche de caoba en que guardaba su precioso teodolito. Cortó dos tablas a la medida de sus pies y arrancó clavos y tornillos de la caja para fijarlos en aquellas sandalias de madera de forma que sobresalieran por su parte inferior. Fue una obra lenta y penosa para sus manos desolladas y le ocupó hasta ya entrada la tarde. Afuera, sentado al borde de su cargado trineo, se ató a los pies, con mecha de lámpara, las sandalias tipo culi. Mas la dura superficie del hielo no tardó en empujar tornillos y clavos a través de la madera, y algunos le atravesaron las botas para herirlo en la carne viva. Martilló los clavos en su sitio, y luego, antes de reanudar la marcha, se envolvió los pies en trozos de cáñamo.

Cerca de medianoche, cuando hizo alto, el viento soplaba ascendiendo hacia el firmamento. Poco más o menos a kilómetro y medio de distancia creyó distinguir una línea oscura y recta que se alzaba de la nieve acumulada. ¡Dios! ¿Sería el mástil que habían erigido a modo de guía, cuando cavaron la cueva de hielo? ¿Estaba ya tan próximo?

La ventisca cobró gran intensidad por la mañana. Mawson no podía moverse. En todo caso, sus

improvisadas sandalias con crampones se habían partido en dos. Se fabricó un nuevo par, compuesto de dos capas de madera en cada una. Extrajo más clavos y tornillos y los introdujo en la capa inferior.

Al día siguiente, sábado primero de febrero, no amainó la tempestad antes de entrar la noche; entonces disminuyó la intensidad del viento, y el grueso de los copos de nieve pasó a las capas superiores. Saliendo de la tienda, el solitario explorador fijó la vista hacia el occidente. Y, efectivamente, el mástil de Aladino estaba allí, aún erecto gracias a sus tirantes de alambre.

El improvisado calzado de crampones no le duró mucho tiempo; no tardaron las tablas en partirse nuevamente bajo sus pies, pero Mawson siguió adelante cuatro kilómetros más para llegar por fin al cañón que descendía verticalmente a la cueva de hielo bautizada por Ninnis como cueva de Aladino.

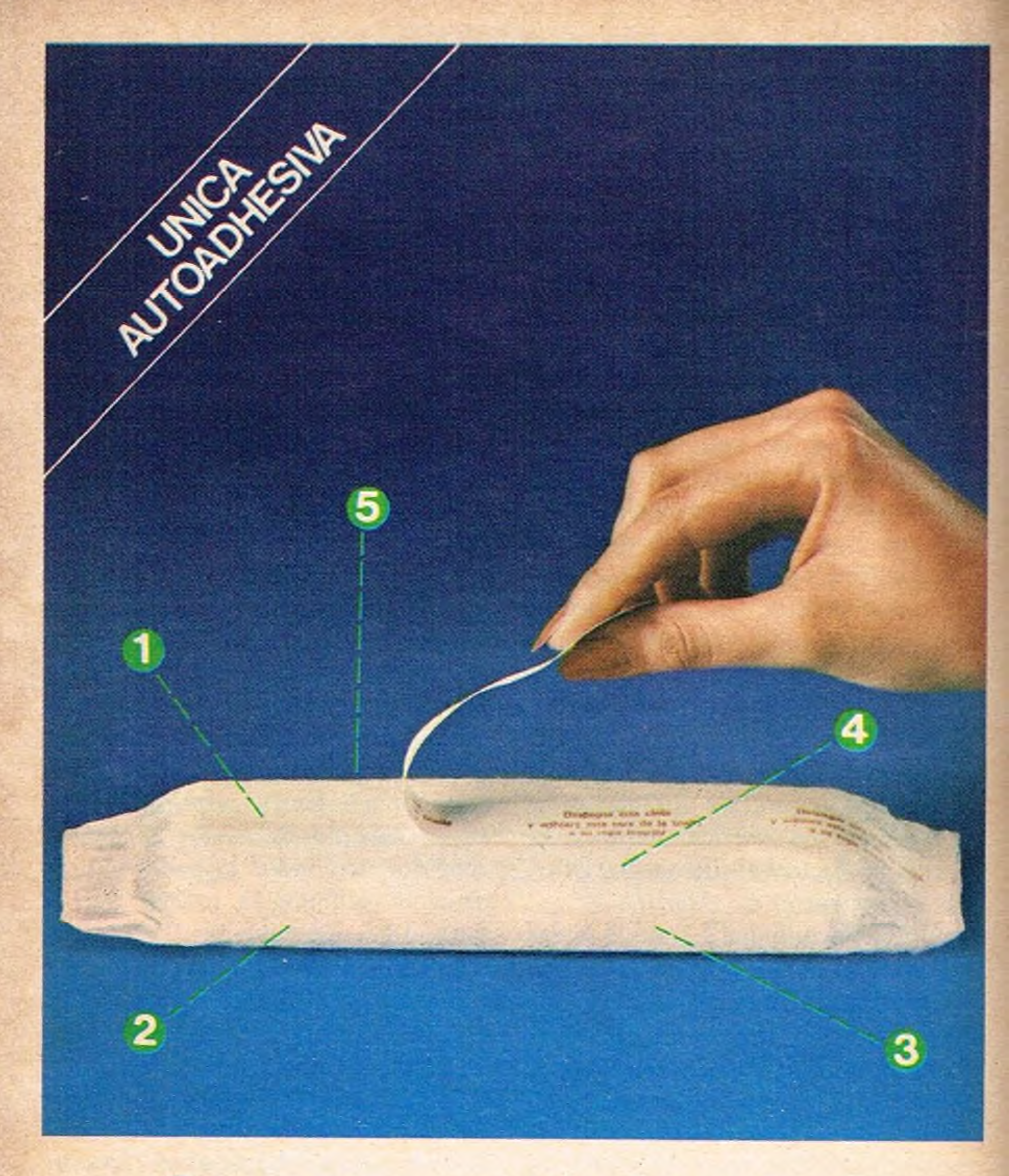
No había nadie allí, pero el lugar fue para él como estar en la gloria. Durante más de 80 días había dormido bajo la lona de la tienda, azotada por la ventisca, y ahora tenía paredes sólidas y un techo que lo protegían del viento y el ruido. Alentado, escarbó entre los materiales regados por el piso de hielo en busca del calzado con crampones que había dejado sobre una repisa casi tres meses atrás. Se lo habían llevado. Esencial a sus esperanzas de bajar andando por la pendiente helada hasta la cabaña, lo habían privado de él, con lo que sólo le quedaban sus suelas de madera ya rotas.

En un instante de desesperación estuvo tentado de obrar temerariamente; de lanzarse afuera, desafiando al viento huracanado, y bajar por el peligroso camino de hielo. Pero tenía los brazos desfallecidos, las piernas débiles; su improvisado calzado claveteado sería casi inútil en las pendientes expuestas a los vientos. Así pues, tendió en el piso su talego de piel de reno, ya sin pelo, e impacientemente esperó el paso de las horas.

Ya el viernes siguiente estaba demasiado deprimido para escribir en su diario más de siete palabras: el apunte más breve que había hecho desde que emprendió la jornada al oriente tres meses antes: "Continúa el viento; demasiado fuerte para crampones". Era su séptima noche en la caverna de hielo. Se sentía vencido, atrapado, impedido para bajar de allí por la fuerza aterradora de los vientos de la meseta polar. A las 8 de la mañana, sin embargo, tuvo el primer indicio de que la interminable espera llegaba a su fin. Al disminuir el ruido de la tormenta, despertó sobresaltado de un sueño inquieto. El viento había amainado hasta unos 55 k.p.h. y Mawson se sintió seguro de que aquel sería su día de suerte.

Pero aun así esperó, para estar cierto, y eran más de la una de la tarde cuando se puso en marcha. El nuevo par de zapatos claveteados de fabricación casera parecía quedarle firme en los pies, pero le

Continúa en la pág. 167



Con este sencillo sistema *Siempre Libre* supera al algodón. Para que el confort y la seguridad no se separen de usted.

Los médicos ginecólogos de Johnson & Johnson crearon a Siempre Libre, el único sistema autoadhesivo, luego de estudiar las virtudes del algodón. Luego de mejorarlas una por una. Por eso Siempre Libre es el sistema externo de protección femenina más cómodo y seguro. Por eso las Toallas Femeninas Autoadhesivas Siempre Libre son así.

1 Unicas con **banda autoadhesiva**. Se fijan en la ropa interio se adaptan perfectamente al cuerpo. No se corren. Brindando mayor confort y seguridad.

2 El **interior** de Siempre Libre ofrece una absorción óptim Además su **protector impermeable** 3 evita eventuales filtraciones. Garantizando de este modo más confort, más seguridad y más higiene.

4 Con **desodorante.** Suave y femenino para neutralizar e olor característico del flujo menstrual. Para brindarle mayor conf y mayor seguridad frente a usted misma y frente a los demás.

5 Con **suave tela envolvente** que cubre todos los elementos que componen a Siempre Libre. Una tela especialmente tratada para n deshilacharse ni despelusarse. Su gran suavidad previene posibles molestias e irritaciones, brindando mayor higiene.

El algodón jamás podrá darle tanto. Porque la naturaleza lo creó para múltiples usos. Y Johnson & Johnson creó a Siempre Libre para su confort y su seguridad, exclusivamente.

Siempre libre de Johnson & Johnson
10 Toallas femeninas AUTOADHESIVAS
Más Protección
Más Seguridad
porque son
EXTRA ABSORBENTES

EN ENVASES DE 10 Y 20 UNIDADE

Toallas Femeninas

Siempre Libre

Su firme protección.

Johnson & Johnson

Precio sugerido al público $ 800

Dpto. Servicios Johnson & Johnson de Argentina S.A.C.e I.
Cód. Postal 1430 Capital Federal – C. C. 63 Suc. 30 (
Sírvanse enviarme una muestra gratis e información
la toalla femenina autoadhesiva Siempre Libre.

Nombre: ....

Dirección: ....

Ciudad: .... Nº Postal ....



COLONIA PARA HOMBRES

COLBERT

Une fragrance qui parle de vous.

flaqueaban las rodillas y avanzaba con suma cautela remolcando su trineo. No dudó ni un momento de la necesidad de tirar de su mísera carga por aquella última y tortuosa senda descendente; era parte de su ser, el símbolo de su supervivencia.

El primero de los postes que encontró, fijados allí tanto tiempo atrás, se le antojó una bendición; ya había descendido 300 metros y el viento iba amainando. Pasó el hito de las dos millas, meciéndose en esperanzas y conjeturas: "¿Se habrá ido el vapor? De ser así... ¿dejarían a alguien en la cabaña?"

Cerca ya del poste de las tres millas, el terreno iba en declive, y por primera vez Mawson pudo ver el fondeadero. A lo lejos, en el horizonte, más allá de boca de la bahía de la Commonwealth, se veía un punto negro con un penacho de humo oscuro: un vapor que navegaba en dirección a occidente. Y, en aquellas aguas, sólo podía tratarse de un buque. ¿Se hallaba entonces abandonado en la terrible Antártida?

Varios centenares de metros más adelante se detuvo bruscamente encima de un promontorio de hielo: todos los alrededores de la base aparecieron de pronto a su vista. Sintió como si sus últimas fuerzas lo abandonaran para disolverse en la nieve. Lentamente escudriñó la circundante extensión del litoral; sintiendo que el pulso se le aceleraba, alcanzó a ver tres figuras humanas que trabajaban juntas, do-

bladas sobre algún objeto que había en el suelo.

En pocos segundos, que le parecieron una eternidad, se quitó un guante y lo agitó por encima de la cabeza. No lo vieron; intentó gritar, pero su voz era un graznido ronco. Nuevamente agitó el guante. Pasaron los segundos... luego, como en un sueño, observó que una de las figuras se erguía y miraba hacia el lugar donde él se encontraba. ¡Sus buenos, sus entrañables compañeros todavía lo buscaban! En seguida llegaron hasta sus oídos voces emocionadas de gente que subía por la lisa pendiente de hielo. No había nada más que hacer; ya no era necesaria ninguna acción de su parte.

Pareció trascurrir un milenio antes de que apareciera la primera cabeza humana sobre el borde de la colina helada. Fue un rostro impreciso al principio, cubierto con una balaclava de lana, pero pronto pudo reconocer a Frank Bickerton... ¡el excelente Bick!

Frank llegó hasta Mawson y se inclinó sobre él; la angustia y la compasión se dibujaron en sus facciones al ver a aquel desventurado, que aparecía extenuado bajo sus ropas andrajosas. Metió las manos bajo las descarnadas axilas y levantó fácilmente la esquelética forma, que escasamente pesaba más de 45 kilos, y la recostó contra el trineo. Bickerton rompió el hielo formado en torno a la abertura del gorro impermeable, observó los ojos hundidos, la cara agrietada, arrugada y desollada como una nuez revenida,



y quedó horrorizado. "¡Dios mío!" exclamó. "¿Cuál de todos eras tú?"

"Con dolor de nuestros huesos"

Lo AYUDARON a descender la última cuesta de hielo y, medio dormido, pronto se encontró en la cabaña. Pero antes que consintiera en descansar, hizo enviar un radiograma al *Aurora,* relatando la suerte corrida por la expedición y pidiendo que el vapor regresara. Efectivamente, el barco viró en redondo, y al día siguiente Mawson y compañeros pudieron verlo desde la cabaña. Pero no tardó en salirle al paso un ventarrón que rugía en el mar abierto con velocidad de unos 150 k.p.h. Con un tiempo tal, no había esperanza de embarcar al grupo.

Así pues, los dos jefes, en mar y tierra, se encaraban al mismo conflicto angustioso: ¿Cuánto tiempo más podría el capitán Davis seguir luchando contra el viento y quemando combustible en la bahía de la Commonwealth? Aún tenía que recoger a la cuadrilla de occidente, a 2300 km de allí, y alejarse luego de los hielos flotantes con suficiente carbón para cruzar el océano hasta Hobart. Por fin, Davis resolvió dejar atrás a Mawson.

En tierra, el grupo que quedaba se aplicó a hacer de la cabaña un lugar más seguro y más impenetrable al viento, y a almacenar los víveres en un pórtico cubierto de nieve, para los largos y oscuros meses de ventisca incesante. Tendrían que esperar otro invierno en aquella tierra maldita.

EL DÍA 10 de febrero de 1913 por la mañana, 3000 km al nordeste, una nave polar salió en la noche estival del sur cual barco fantasma y arribó al puertecito neozelandés de Oamaru. Dos marineros remaron hasta la orilla en un bote y el vigía los recibió en el embarcadero. Después de una tranquila explicación, despertaron al capitán del puerto, quien a su vez hizo levantar al telegrafista. Eran las 3 de la madrugada cuando, al dictado de uno de los dos marinos, el sistema Morse de la oficina de telégrafos comenzó a trasmitir el mensaje en que se informaba de la muerte del capitán Scott y sus cuatro compañeros cuando regresaban del polo sur.

Los periodistas de Londres y Nueva York se conmovieron al recibir la noticia del hallazgo de los cadáveres congelados en una tienda de campaña cubierta de nieve, y al conocer los diarios que revelaban los escalofriantes detalles de la heroica marcha al polo antártico. En ellos se relataba la enorme desazón de los exploradores al enterarse de que el veloz equipo de Roald Amundsen se les había adelantado por varias semanas, así como la posterior pérdida de cinco vidas, una tras otra, a consecuencia del frío inmisericorde.

Nadie, claro está, sabía del hombre esquelético y debilitado que languidecía en una choza cubierta de nieve, 3000 kilómetros al sudoeste de Oamaru, que a aquella misma hora estaba relatando a un radiotelegrafista otra historia de muerte

MENSAJE
ARA PREVISORE

SI UD. ESTA COMENZANDO A PERDER EL PELO ESTE AVISO LLEGO A TIEMPO.

¿Por qué perdemos el pelo?

La caída del pelo, tanto en el hombre como en la mujer, es un hecho normal y fisiológico. Cada cabello tiene un ciclo de vida que varía de los 4 a los 6 años, al cabo del cual cae y es reemplazado por otro igual.

Cuando ese ciclo natural se interrumpe, el nuevo cabello nace más débil, es más fino y vive menos tiempo. El número de cabellos que cae diariamente aumenta. Ha comenzado la calvicie.

La Gimnasia Capilar*

El debilitamiento capilar comienza en la zona superior de la cabeza, coincidiendo con una disminución de la irrigación sanguínea en esa región, lo que provoca una deficiente nutrición de la raíz pilosa.

La Gimnasia Capilar, partiendo de los mismos principios fisiológicos que la gimnasia muscular, logra en forma natural y efectiva restablecer la normal irrigación del cuero cabelludo, permitiendo la óptima nutrición de la raíz pilosa, lo que hace que el pelo vuelva a crecer sano y fuerte.

Un método sencillo, natural y accesible

Los resultados obtenidos con la Gimnasia Capilar, aun en casos avanzados y el hecho de ser un método absolutamente natural, facilitaron su rápida difusión, haciéndolo realmente accesible.

Los Centros de Recuperación Capilar

El método desarrollado por Schwanek se ofrece hoy en los modernos gabinetes instalados especialmente, con todo el confort y el equipo técnico más avanzado, que para comodidad de todos funciona de lunes a viernes, de 8 a 21 horas. Usted puede dirigirse personal o telefónicamente a cualquiera de los Centros que figuran al pie del aviso, para solicitar una entrevista sin compromiso alguno.

Gratis

Si piensa iniciar el tratamiento en los próximos meses, pero igualmente desea informarse ahora más en detalle sobre la Gimnasia Capilar, envíe este cupón a Esmeralda 1075, 3er. piso, y recibirá a vuelta de correo, absolutamente gratis, un folleto sobre el método y sus resultados.

SR./SRA. ....

....

CALLE ....

Nº .... DTO. ....

LOC. ....

* Depósito legal Nº 1349617.



Buenos Aires	Ramos Mejía	Martínez	Lomas de Zamora
Esmeralda 1075 - P. 3/39	Moreno 203	Albarellos 1979	Loria 85
32-6916 - 31-1779/1961/2272	4º P. - 658-7934	1º A - 792-0964	4º/25


MACLIN
RESERVA de WHISKY
WHISKY
MACLIN
RESERVA DE WHISKY
MACLIN
MACLIN
FRATELLI BRANCA DESTILERIAS
INDUSTRIA ARGENTINA

y de lucha espantosa para sobrevivir. Durante toda la noche del 10 de febrero el hombre siguió hablando con voz susurrante mientras el manipulador telegráfico funcionaba sin cesar hasta la madrugada. Pero no pasó ni una palabra, ni una letra, ni una sola pulsación.

Por las erupciones solares que afectaron a todo el yermo antártico, una potente perturbación eléctrica invadió el firmamento, ahogando y extinguiendo las débiles pulsaciones del telégrafo Morse emitidas por la antena próxima a la cabaña de la bahía de la Commonwealth. Sin darse por vencido, Mawson escribió su historia al día siguiente y de nuevo el telegrafista intentó comunicarla al exterior esa noche, y en otras noches sucesivas. Y siempre, su única respuesta era el chasquido de la tempestad magnética en la atmósfera superior.

Al ir pasando noches desesperantes de silencio descorazonador en respuesta a todas aquellas trasmisiones, Mawson empezó a sentirse enfermo, con dolores que no venían del hambre y la desnutrición. No lo mencionó a nadie, pero escribió en su diario:

"¡Mis nervios! Tengo muy mal los nervios. Por lo que siento en la base del cráneo, sospecho que pueda volverme loco de un momento a otro". Finalmente, 14 días después del regreso de Mawson, el radiotelegrafista pudo comunicarse con una estación retrasmisora de la isla Macquarie, en el Pacífico. Nuevamente se pasó en puntos y rayas la relación de la empresa de Mawson. Pero de la isla Macquarie respondieron que tan sólo la mitad de la trasmisión era inteligible. Poco después llegó una noticia que trastornó por completo la tranquila convalecencia de Mawson: el primer informe recibido por él de la muerte de Scott.

Recordaba la voz de Scott instándole a que lo acompañase en su marcha al polo: "¡Venga usted conmigo! Quiero que comparta un momento así". Ahora Scott había desaparecido: no era más que un cadáver congelado y atrapado en el frígido continente. Los que acompañaban a Mawson en la choza vieron el dolor que reflejaban sus facciones, observaron sus ojos llenos de recuerdos. Mawson les dijo:

"Lo lamento profundamente. Sé lo que habrán sufrido. Yo mismo estuve cerca de ese fin".

Su historia fue por fin trasmitida, pero en contraste con el dramático desenlace de la misión de Scott, casi todos la pasaron por alto.

Poco a poco el invierno antártico fue cerrándose en torno a los exploradores. Durante las tormentas interminables y los días sin luz, Mawson anhelaba la primavera para escuchar el grito de saludo cuando el barco apareciera de nuevo en el horizonte con su fino penacho de humo. "¿Cómo podremos expresar jamás tal sentimiento?"

Cuando ocurrió aquel gran acontecimiento, a mediados de diciembre de 1913, Mawson se hallaba todavía débil, flaco, demacrado y

calvo. Pero, por fin, un día de sol pálido, la *Aurora* zarpó por última vez de la bahía de la Commonwealth; Mawson, sentado junto a la baranda de popa, veía alejarse la meseta de hielo. Conmovido por su regreso al hogar, llena el alma de recuerdos, trajo a la memoria unos versos de Rudyard Kipling, su poeta predilecto, y los copió en su libro de apuntes:

No traemos cargamento
de lingotes,
ni de especias ni piedras
preciosas,
sino lo que hemos recogido
con sudor y el dolor de nuestros
huesos.

Fue aquella la última anotación que hizo en el diario de su viaje a la Antártida.

A pesar de su trágico final, la expedición de Mawson fue más completa científicamente que la de Scott, con ser esta más numerosa y disponer de mayores fondos. Douglas Mawson añadió más territorios a los mapas del sexto continente de la Tierra que ningún otro explorador de su época.

La Corona británica lo nombró caballero en 1914, y murió en 1958 a los 76 años de edad, sin conocer la verdadera naturaleza de la afección que sufrió en su jornada de regreso. —N. de la R.



Chiquilladas

CARLITOS, de seis años de edad, miraba a su abuela, interesado, mientras ella cortaba un pedazo de budín de ciruelas y lo colocaba en un plato.

—Abuelita, ¿es ese pedazote para Ricardo? —le preguntó.

—No, es para ti.

El rostro del niño reflejó su contrariedad.

—¿Quieres decir que ese pedacito es para mí? —H.V.H.

UNA MAESTRA amiga mía asignó recientemente a su clase una composición sobre este tema: "Si yo fuera gerente". Muy pronto todos los alumnos empezaron a escribir diligentemente, con excepción de uno. Sentado muy tranquilo, con los brazos cruzados, el niño explicó: "Estoy esperando a mi secretaria". —C.S.

CUANDO Roberto, mi hijo, tenía unos cuatro años, le gustaba que lo llamáramos con el nombre de los personajes de sus cuentos favoritos. Un día, en el hipódromo, se separó de nosotros y se perdió entre la muchedumbre. Lo buscamos por todas partes, sin dar con él. Luego oímos anunciar por el sistema de altavoces:

"Los padres de un niño extraviado pueden pasar por él al puesto de primeros auxilios. Dice llamarse Chapulín Colorado. —R.P.

Julio de 1978

Selecciones del Reader's Digest

Más de 30 millones de ejemplares vendidos mensualmente en 32 países y 13 idiomas

Sección de libros